



UNIVERSIDAD DE EDUCACIÓN A DISTANCIA  
FACULTAD DE FILOSOFÍA

Máster Universitario en Filosofía Teórica y Práctica  
Especialidad de Historia de la Filosofía y Pensamiento Contemporáneo

Trabajo Fin de Máster

## Filosofía y exilio en María Zambrano

Un camino intelectual en el drama de España

Autor: Joaquim Gamero Herrera

Tutor: Antonio García-Santesmases Martín-Tesorero

Madrid, septiembre 2018

## ÍNDICE ANALÍTICO

<b>RESUMEN</b>	<b>3</b>
<b>1. INTRODUCCIÓN</b>	<b>4</b>
<b>2. LOS INTELLECTUALES EN EL DRAMA DE ESPAÑA</b>	<b>11</b>
2.1. María Zambrano: los años de formación	11
2.2. En tiempos de la República	16
2.3. En contra del fascismo	24
2.4. Escritos de la guerra civil	31
2.5. Tres cartas a Ortega y Gasset	44
<b>3. EL HUMANO EXILIO EN MARÍA ZAMBRANO</b>	<b>58</b>
3.1. La conciencia del exilio	58
3.2. Origen y significado del exilio	65
3.3. El sujeto en el exilio	69
3.4. La guerra civil como fondo	72
3.5. Autobiografía del exilio	76
3.6. Metafísica del exilio	78
<b>4. CONCLUSIÓN</b>	<b>85</b>
<b>5. ANEXOS</b>	<b>91</b>
Anexo 1. Breve cronología (1928-1939)	91
Anexo 2. La soledad de María Zambrano	96
<b>BIBLIOGRAFÍA</b>	<b>103</b>

## RESUMEN

La trayectoria filosófica e intelectual de María Zambrano es una de las más genuinas y sólidas en el panorama del pensamiento español. Su empresa filosófica puede entenderse como un esfuerzo por dar claridad a la propia filosofía, de modo que aquello que se le ocultaba a lo largo de su historia pueda ser desvelado mediante un método por el cual la reflexión se somete a una verdadera experiencia de vida en el que caben argumentos en apariencia contradictorios como la crítica político-sociológica y la inclusión de una tradición «espiritual», motivos por los que María Zambrano intenta su tan personal filosofar. En este su empeño nuestra autora intenta dar respuesta, en resumidas cuentas, a una supuesta crisis permanente de Occidente y, en consecuencia, del «ser de España» como temas nucleares por los que se ven relacionadas vida y obra. Dentro de este ámbito, su filiación con respecto a Ortega es de interés por aclarar las mismas problemáticas; así como su posterior exilio nos permitirá ver la trascendencia de tal fenómeno que opera en Zambrano como orden para un conocimiento filosófico-político de la crisis y difícil contexto para España y Europa que intenta reflejar desde una sentida responsabilidad intelectual en sus escritos.

## ABSTRACT

The philosophical and intellectual trajectory of María Zambrano is one of the most genuine and solid in the panorama of Spanish thought. His philosophical enterprise can be understood as an effort to clarify one's own philosophy, so that what was hidden throughout its history can be revealed through a method by which reflection is subjected to a true life experience in which fit seemingly contradictory arguments such as political-sociological criticism and the inclusion of a "spiritual" tradition, reasons why María Zambrano tries her personal philosophizing. In this effort, our author tries to answer, in short, a supposed permanent crisis of the West and, consequently, the "being of Spain" as nuclear issues for which life and work are related. Within this scope, its affiliation with respect to Ortega is of interest to clarify the same problems; as well as its subsequent exile will allow us to see the transcendence of such phenomenon that operates in Zambrano as an order for a philosophical-political knowledge of the crisis and difficult context for Spain and Europe that tries to reflect from a felt intellectual responsibility in his writings.

## 1. INTRODUCCIÓN

La línea progresiva que se opera en la reflexión en María Zambrano no transcurre de forma lineal, sino que es más bien producto de una evolución de estados circunstanciales que se van produciendo a lo largo de su vida, no se producen cortes claros en su pensamiento, ni tampoco saltos impulsados con anteriores raíces de su mismo filosofar, ni tampoco podemos apreciar regresiones. Siguiendo a Jesús Moreno, es un pensamiento progresivo más bien en forma de espiral en el cual permanecen las ideas primarias, un desarrollo y crecimiento de las mismas ideas que desde sus inicios germina posteriormente, va trabajando y perfilando a lo largo de todo su trabajo. No obstante, desde sus inicios hasta su madurez creadora y reflexiva, podemos distinguir ciertas etapas que componen finalmente su pensar, sus concepciones iniciales sobre el liberalismo, la democracia, la sociedad, la problemática española con toda una reflexión fruto del testimonio de los terribles acontecimientos que en el siglo XX tuvieron lugar en España y Europa, y el exilio propiamente dicho que abarca prácticamente hasta el final de sus días. Precisamente será la situación española y la suya propia como exiliada a la que Zambrano trata de dar sentido y clarividencia reflexionando sobre sus raíces históricas, las esperanzas puestas por una sociedad mejor, y la contradicción de una tragedia en la que se mezcla como resultado filosofía, política, historia y poesía. Y, a través de sus análisis, asume la tarea histórica de objetivar una verdadera política que haga posible una sociedad más justa atendiendo a sus demandas, desde una conciencia a la que a su juicio deben tener los intelectuales en la lucha contra el fascismo y al servicio de una causa popular desde una cierta militancia, a veces a distancia de sus maestros como la ocurrida con respecto a José Ortega y Gasset, distanciamiento al que daremos oportunos análisis dentro de un contexto de fondo en el que la tragedia y la esperanza son elementos claves para comprender la razón histórica en Zambrano que parte hacia una reflexión sobre la historia y poesía en la que resurge el hombre como lo más importante. Nuestra finalidad parte de esta premisa para posteriormente focalizar problemáticas o temas que por su propio interés nos orienta hacia la consecuencia final de su largo «exilio», producto de su posición comprometida en tareas culturales con la República, que hace destacar a María Zambrano por su importancia y originalidad con su pensamiento filosófico que hace de éste un concepto de gran calado humano. Por tanto, haremos un recorrido gradual en apartados, mas o menos diferenciados, del tema que aquí presentamos, siendo nuestro objetivo final la de ofrecer una mera

introducción filosófica-política en una trayectoria culta como la que nos ofrece la figura de nuestra filósofa en su inicial discurrir intelectual.

En primer lugar, y en una primera parte, los escritos de la guerra civil por María Zambrano y en síntesis su pensar sobre España, su relación intelectual, magisterio y herencia con Ortega y Gasset desde ese mismo pensar. Aunque ambos asuntos problemáticos pueden ser relacionados el uno con el otro, son dos acontecimientos que pueden ser estudiados por separado. Es bien sabido que el momento de la guerra civil marca sin duda una acción determinante en Zambrano, tan es así, que tras la derrota en la guerra civil sufrida por el bando por el que ella se identifica desde su inicio, nada será igual que antes, pues desde 1939 le sobreviene la experiencia del exilio y condiciona también su vida y pensamiento en cuanto a una metodología y teoría del conocimiento, tema que será tratado en apartado siguiente. Intentaremos en este estudio dar claridad a este proceso a fin de determinar cómo en Zambrano los escritos de la guerra marcan un claro límite entre una etapa que podríamos interpretar de cierto ocaso hacia el final de ella y otra nueva que comienza, que con sus incertidumbres, desemboca en su proceso intelectual y creativo en su celebrada «razón poética» en contraposición con la otrora «razón vital» orteguiana y que de alguna forma señala el punto de inflexión y diferencia filosófica con respecto a su maestro Ortega, además de reprochar a éste su posición y silencio ante los acontecimientos políticos del momento, exhortación que se refleja en una de las cartas.

No es fácil abordar una cuestión como la anunciada, ya que la reflexión filosófica de Zambrano, como hemos ya aludido más arriba, no se produce de forma progresiva en toda su obra. Si hemos de recurrir a las fuentes escritas para un tema como es el pensar sobre España en Zambrano, tendremos que hacer un esfuerzo en su lectura, ya que abarca gran parte de toda su obra escrita, prácticamente desde su primera obra de 1930, *Horizonte del liberalismo* hasta últimos artículos, éstos recopilados en edición al cuidado de Mercedes Gómez Blesa como *Las palabras del regreso* (Madrid, Cátedra, 2009), y siempre podremos encontrar alguna que otra preocupación por el tema español en la filósofa veleña. Para acometer tal asunto era necesario, pues, acotar debidamente nuestro interés lo que nos llevó a interesarnos por lo acontecido en la guerra civil, espacio temporal en el que esa preocupación por España es determinante por el mismo drama vivido por la autora. El mismo término tan frecuente posteriormente en su obra como es el de «tragedia», marca la importancia del período. Además, podemos considerar los artículos de 1936 a 1939 como la primera evidencia en los primeros escritos sobre la temática sobre

España en Zambrano, recopilados en el volumen *Los intelectuales en el drama de España. Ensayos y notas (1936-1939)*, publicada en primera edición en 1937 en Santiago de Chile. Posteriormente, Zambrano, se ocupa de una edición en 1977, libro publicado por la editorial Hispamerca en Madrid, en la cual se incorpora una quincena de artículos. Jesús Moreno Sanz, siguiendo los criterios de esta última edición, reeditó este libro incorporando en él nuevos artículos y tres cartas bajo el título esta vez de *Los intelectuales en el drama de España y escritos de la guerra civil* (Madrid, Trotta, 1998), libro que hemos seleccionado como fuente principal para nuestro estudio.

El tema de España aparece después y por orden en siguientes y diversos volúmenes en la obra de María Zambrano: *Pensamiento y poesía en la vida española*, de 1939, en la que podemos encontrar lo que la autora denomina las «categorías» de la vida española, sentimientos y pasiones que persisten en el tiempo como carácter de nuestro pueblo y que son agentes de la historia; *Delirio y destino*, escrito en 1950, libro autobiográfico en forma de novela, fundamental para la comprensión del compromiso intelectual y vital de Zambrano con España desde 1928 a 1939; *La España de Galdós*, de 1960; y finalmente, *España, sueño y verdad*, de 1965. Cinco libros en su totalidad que conforman una unidad que viene dada por el temática española, y a la vez la forma de confrontarla desde un pensamiento y método originario en Zambrano, en el cual aparece la razón mediadora que nos lleva finalmente a su «razón poética», a través de *Delirio y destino* y *La España de Galdós*, con la culminación como libro en *España: sueño y verdad*, por los cuales Zambrano profundiza en su investigación y da forma a su metodología y gnoseología sobre *Los sueños y el tiempo* y su manifiesto en *El sueño creador*.

No obstante, nos hemos centrado en la considerada primera obra sobre el tema, *Los intelectuales en el drama de España y escritos de la guerra civil*, además de otros escritos que a lo largo de este estudio tendremos oportunidad de revisar. No hay que olvidar que Zambrano, iniciada ya la guerra civil, regresa a España el 19 de junio de 1937, se incorpora a una gran actividad y ante las expectativas de que el resultado de la guerra era cada vez más contrario. Participa en el *II Congreso Internacional de escritores en Defensa de la Cultura*, y colabora en diversos medios, como en *Hora de España*, *El Mono Azul*, ofrece conferencias, publica además en *La Vanguardia* de Barcelona, textos que irá ella recopilando y escritos bajo la presión emocional de la guerra, circunstancias que algunos han pretendido de alguna manera encasillar su carácter militante y propagandístico en aras de unas ideas políticas identificables con el partido comunista —el grupo más activo

y mejor organizado por lo demás—, algo que demuestra una ausencia de estudios críticos con cierta atención y detenimiento. En efecto, es de señalar que la estudiosa como lo es la doctora Ana Bundgaard de la obra de Zambrano se muestre en sus análisis sobre los escritos de la guerra tan consistente en sentenciar la visión de nuestra autora como de una extrema militancia combativa en defensa de la violencia por resistir a una de las dos Españas, la del fascismo (Bundgaard, 2009: 233-271)<sup>1</sup>. Tampoco escapa que la citada edición *Los intelectuales*, revisada y aumentada por Moreno Sanz, no tuviera una continuidad en estudios posteriores. Por tanto, y tal como señala Antolín Sánchez Cuervo, en su presentación de la misma obra de Zambrano en la edición de sus *Obras Completas*, hay un vacío en el estudio sobre los escritos de la guerra de Zambrano, algún «estudio sistemático que termine de deshacer prejuicios y estereotipos al respecto» (2015, I: 116).

En segundo lugar, y en la misma parte de este trabajo, un tema tratado con mayor o menor intensidad por una mayoría de estudiosos de la obra de María Zambrano, es su relación con la persona y obra de Ortega y Gasset. A tener en cuenta es a la propia autora, ya que a lo largo de toda su obra es responsable del tratamiento que ella misma da al asunto, no dejando nunca de sentirse discípula del gran maestro. Para muchos la relación entre ambos se articula en tres momentos o etapas que podemos llamarlas de presencia, ausencia y distanciamiento. Ambos juegan un papel importante de buena parte del pensamiento filosófico elaborado en España a lo largo del siglo XX; no obstante, algunos renombrados pensadores poco o nada tienen en cuenta la presencia de Zambrano. José Carlos Rodríguez Álvarez señala en un artículo que Julián Marías, al estudiar la Escuela de Madrid, ni tan siquiera la nombra como discípula. El mismo José Gaos en sus *Confesiones profesionales* no la nombra y tampoco su vinculación con Ortega, dato que parece extraño por ser un libro que puede ser considerado como su «autobiografía filosófica» (Rodríguez Álvarez, 2012: 65). Para otros, el pensamiento de Zambrano es bien distante al de su maestro Ortega. José Luis Abellán señala una diferencia palpable entre dos formas distintas de concebir la misma filosofía, dos visiones del mundo antitéticos y bien diferenciados (1998: 257-284).

Si estudiamos los escritos que Zambrano dejara sobre su maestro, podemos hacer-nos una idea sobre el carácter que se formó en la relación desde el punto de vista de ésta.

---

<sup>1</sup> En la obra citada, Ana Bundgaard cuestiona hacia el final del libro en qué medida la radicalidad de ese compromiso por parte de María Zambrano obedece a la relatividad del absoluto que Zambrano indaga posteriormente en su pensar por el cual llega a la conclusión de que es el «absolutismo» el pecado original de la historia de Occidente. Véase: ZAMBRANO, M., *Persona y democracia*, Madrid: Siruela, 1996.

Para ello contamos con el inapreciable libro en edición de Ricardo Tejada bajo el título *Escritos sobre Ortega* (Madrid, Trotta, 2011a), al que hemos acudido como fuente principal para nuestra elaboración. Según refleja Tejada de forma general en su citado libro la filiación tuvo un carácter problemático, en un sentido de no reconocimiento por parte del maestro hacia la discípula que era Zambrano, ni ésta pudo ser reconocida como tal. Sin embargo, la influencia del maestro en el pensamiento reflexivo de Zambrano fue considerable. Para su análisis contamos tanto con las tres cartas dirigidas por Zambrano a Ortega, escritas de 1930 y 1932, como con los distintos artículos en referencia a su maestro, lo que podemos apreciar de antemano la admiración que profesaba siempre nuestra filósofa hacia su maestro. Las cartas son un perfecto reflejo de las auténticas divergencias entre ella y Ortega, sentimientos encontrados y contradictorios reflejados que provocan un estado a veces de pesadumbre intelectual. Su lectura nos clarifica su compromiso político de entonces.

En tercer lugar, en el siguiente apartado, la vida de María Zambrano que está marcada por su propio destino, el del «exilio». Un exilio que da comienzo una fría tarde de finales de enero de 1939. A partir de ese momento María Zambrano comienza su andadura hacia una nueva etapa vivencial y creadora en la que desarrolla la mayor parte de su obra, quizá la más original de su actividad filosófica, contribuyendo con su pensamiento a un nuevo discurso en la filosofía occidental; un exilio que durará cuarenta y cinco años hasta su regreso en 1984 a su patria, una vez ya consolidada la transición hacia la democracia política en España. Sin embargo, Zambrano convierte esa andadura en un camino que será encontrarse consigo como destino; pues, para nuestra pensadora, el hombre es un ser oscuro para sí mismo en el cual su condición radica en recorrer el camino escondido de sí mismo e inmerso en el desconocimiento (cf. Zambrano, 2011b: 70). Esa conciencia sobre su propio exilio posibilita en Zambrano, como en otros filósofos como Heidegger, Kierkegaard o Benjamin, a preguntarse por el «ser» en una época la suya plena de temblores, angustia y barbarie, que se materializan en pleno siglo XX. Por tanto, su filosofía no emerge sólo de problemas importantes que la filosofía contemporánea abre en la conciencia humana por los hechos históricos acaecidos, sino que se suma a la cuestión que define la filosofía clásica que se inicia ya en Parménides sobre la cuestión del «ser» como presencia de lo ente.

Nuestro propósito, pues, será dar claridad a un período de nuestra historia convulsa en acontecimientos, mediante un estudio sobre las fuentes de las que disponemos,



principales citadas y otras que se sumarán a fin de contrastar y enriquecer el objetivo nuestro que no es más que el de ofrecer un panorama conjunto de lo vivido en un cierto período de la historia de España por nuestra principal figura que aquí es María Zambrano, mediante su relación también con Ortega y Gasset a fin de llegar a una comprensión esclarecedora de su posición intelectual y apasionado compromiso político. Por lo extenso de la problemática que desarrollamos aquí, y la brevedad que supone de antemano un trabajo como el que aquí presentamos, será obvio algunas omisiones que efectuaremos, sin querer dejar en nuestro ánimo en olvido alguno. Por extensión, pues, nos vemos obligado a dejar de lado a otras figuras importantes que de la misma forma tuvieron igualmente una influencia, parcial o total, en María Zambrano, como la de Machado, principalmente, Unamuno, al que siempre consideró Zambrano de una gran talla intelectual e irremplazable en nuestro panorama filosófico, y Zubiri, compañero en la cátedra de Metafísica de Ortega y con influencia también en la filosofía zambraniana por ser también su discípula.

Con respecto al «exilio», son pocos los textos que nuestra autora dedica acerca de ello, pese a la profunda conciencia e importancia de la reflexión que tiene en la obra de Zambrano. No obstante, la autora malagueña se presenta como una auténtica teórica del «exilio», siendo pocos los autores que han dedicado estudio tan profundamente como lo hiciera ella, estudiosa de ese dramático acontecer histórico en la que se vio forzada a vivir durante más de cuarenta años de su existencia y sobre el que pudo realizar profundas y lúcidas reflexiones en sus análisis como tendremos oportunidad de ver. Por otra parte, existe una bibliografía amplia sobre el concepto de «exilio» que la autora fue desarrollando hasta prácticamente su regreso a nuestro país, además de disponer de artículos en revistas especializadas, ediciones de sus obras, actas de Congresos y seminarios que han tratado el tema en su concreción. Será oportuno aquí hacer un somero análisis de la cuestión que esperamos puedan despejar dudas y razones de un fenómeno tan vital en Zambrano que conceptualizó el «exilio» como un ejercicio de experiencia filosófica que la hace ser autora singular en la historia de la filosofía.

Para finalizar, todo el pensamiento y vida de María Zambrano, que nace en 1904 en Vélez-Málaga y fallece en Madrid, en 1991, se corresponden y relacionan bajo un complejo lienzo que resulta a veces imposible diferenciar entre ambos. Su vida longeva, que pasa por una Monarquía, la II República, la guerra civil, el exilio y el regreso a la España de Juan Carlos I, impide acotar verdaderamente un núcleo central de su

pensamiento. No obstante, la guerra civil (1936-1939) y el posterior exilio de cuarenta y cinco años marcan una circunstancia definitoria para llegar a comprender tanto su biografía como la importancia de su pensamiento filosófico en la historia intelectual española del siglo XX y traza así un recorrido en su visión del ser humano.<sup>2</sup> Aunque es el fragmento la estructura que presenta su pensamiento que aparece de forma no lineal, diseminado éste en varias de sus obras, artículos, escritos autobiográficos y cartas, son parte de un «itinerario vital» que puede ser seguido como una crítica a la metafísica occidental surgida del mundo griego, origen en la filosofía griega a la cual Zambrano se muestra amante y en gran parte conocedora.

En resumen, en dos partes, pues, está dividido nuestro trabajo sobre María Zambrano que presentamos por correspondencia y en este orden: la preocupación política acerca de los acontecimientos en el drama de España, con su consiguiente distanciamiento con respecto a Ortega y Gasset mostrado de forma algo breve; y, posteriormente, el consecuente exilio que en la autora marca una circunstancia definitoria y de importancia por una «experiencia de vida» y su carácter irreversible; y, en conjunto, se muestra el afán en la filósofa española por un nuevo pensamiento, vital y humanista que permita al ser humano vivir como «persona» en una sociedad mejorada y democrática. De esta trayectoria intelectual y filosófica surge en Zambrano su posterior y célebre «razón poética» como resultado final, a la cual no haremos aquí incursión alguna, sino que la anunciamos en su parte final cerrando así una trayectoria intelectual en el drama de España que es parte de nuestra historia.

Para acabar, a fin de dar claridad sobre la figura de Zambrano, hemos considerado oportuno adjuntar en forma de Anexo, la cuestión sobre el conocimiento tanto de la obra como de la figura de María Zambrano, que como es sabido fue considerada tardíamente. Su reconocimiento será a partir de la mano de José Luis L. Aranguren, quien denuncia el aislamiento y silencio al que estuvo de forma incomprensible inmerso la figura de Zambrano. En este Anexo dejamos ciertas posibilidades de indagación por conocer tales causas, abiertas ya por ciertas investigaciones en las que nos hemos apoyado como fuente.

---

<sup>2</sup> Véase: RAMÍREZ, Goretti, Presentación de los *Escritos autobiográficos. Delirios. Poemas (1928-1990)*, en *Obras Completas*, VI, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2014.

## 2. LOS INTELLECTUALES EN EL DRAMA DE ESPAÑA

### 2.1. María Zambrano: los años de formación

María Zambrano sigue estudios en filosofía; y, una vez licenciada, se pone a trabajar una tesis sobre Spinoza. En Madrid vive «un tiempo feliz» y de agitación política, de ideas creativas y de reflexiones sobre el ser, el hombre, la sociedad, religión. Pero la política desde un comienzo le llama la atención, las circunstancias que vive la hacen comprometerse por los problemas políticos y sociales, decide actuar junto a otros compañeros estudiantes, actividad que compagina con la escritura y lo académico.

En uno de los párrafos en «La salvación del individuo en Spinoza», el artículo que formaba parte de su pretendida tesis doctoral, María Zambrano refleja en él tres importantes términos o conceptos que la autora identifica con Spinoza, a saber: Dios, el hombre y la naturaleza. Pues bien, son tres términos que guardan una relación con la obra de Zambrano, que persigue e intenta dar claridad a cada uno de ellos; y, al mismo tiempo y por separado, intentará por medio de un lenguaje sonoro, en ocasiones con el recurso de la metáfora, entendida ésta como único fenómeno al que la poesía puede recurrir a fin de poder ser comprendida, hacerlos inteligibles para nuestro conocimiento como saberes del alma humana, conocimiento que supone la liberación del ser humano. Una tesis doctoral que Zambrano jamás podrá finalizar tras su licenciatura en 1926 por la Universidad Central, ni mucho menos serán los conceptos aludidos su inicial preocupación, sino que su tendencia «hacia un saber del alma» será producto de todo un largo proceso creativo, que da comienzo inicialmente con un compromiso político y su descubrimiento por una identidad nacional a partir de su experiencia en los acontecimientos que vive la sociedad española tras la proclamación de la República. Una experiencia aquella en la que Zambrano, como la mayoría de los jóvenes universitarios e intelectuales de entonces, vive como una utopía cultural, en la esperanza de que los programas de difusión cultural y alfabetización favoreciera la relación directa entre la sociedad y los protagonistas de esa inquietud en la que eran depositarios los intelectuales (Bundgaard, 2009).

Zambrano se traslada de forma definitiva junto con su familia a Madrid en 1926; y continúa cursando sus estudios de filosofía asistiendo a las clases de García Morente, Besteiro y B. Cossío. Es cuando conoce a Ortega en un tribunal de exámenes. Asiste a las clases de Zubiri con el que mantendrá una amistad. Según expone ella hay tres momentos

en su vida que toma la decisión de renunciar al estudio de la filosofía; y la vez primera de tal suspensión de su vocación filosófica se produce al año siguiente de llegar ella a la capital española, por una crisis que le produce la dificultad de tal empresa y el desánimo provocado por el ambiente en general. Precisamente, es una explicación de Zubiri sobre las categorías de Aristóteles que le sirve de revelación para seguir adelante con la filosofía, según refleja: «dentro de lo que ha sido mejor para mi pensamiento: la penumbra tocada de alegría» (2015, II: 428). Se sumerge entonces en la lectura de la *Ética* de Spinoza. Y volvemos a Spinoza como importante influencia en el pensamiento de nuestra autora, además de proyectar su tesis doctoral sobre el pensador judío. Reside ese su interés en el fondo de la racionalidad humana. Si Descartes conduce al hombre hacia una nueva racionalidad mediante el *cogito*, Spinoza, ante un mundo dudoso, sitúa al hombre ante la divinidad de un ser absoluto, es decir, le es necesario vivir en comunión con Dios y la naturaleza a fin de ser él mismo y no vivir aislado, en soledad, como el individuo vive en Descartes. Le preocupa, pues, a Zambrano la posición del hombre en su cosmos, su relación con respecto a Dios y la naturaleza, así como la existencia y el pensamiento humano, éste último como atributo y verdadero camino de la salvación del individuo mediante el conocimiento como fundamento que le permite «salvarse del transcurrir, que es un padecer, para llegar al reposo en el ser absoluto» (Zambrano, 1998: 62), conocimiento que confiere el ser del hombre, ser en el que se reconoce en la «Divinidad», verdadero fondo en la cual estamos todos en nuestra multiplicidad, necesario en cuanto que el hombre al vivir hace tiempo sin la cuenta de lo divino, en alguna de sus formas, vive «huérfano», ha quedado escindido y sin alma. Es así como en Zambrano, lo divino formará parte integrante en la esencia del ser humano, pues la aparición de un Dios, de dioses o lo divino, supone el fin de la oscuridad y los padecimientos en la vida del hombre, pensamiento que culminará en la que es tal vez su obra cumbre: *El hombre y lo divino* (México, FCE, 1973), que publica por vez primera en 1955, ya en pleno exilio itinerante.

Ante estas preocupaciones tan profundas sobre la existencia misma, por el ser, por el hombre, que Zambrano no dejará de reflexionar durante su vida, siente la inquietud por la situación de la enseñanza universitaria española. Por afinidad con un grupo de estudiantes, que juntos acaban sus estudios de doctorado, participa en la Federación Universitaria Española (FUE), grupo de fuerza contra la política del dictador Primo de Rivera. Aunque sin pretensión de ser una agrupación política alguna, se trataba de romper la falsa oficialidad en la que se había sentado la España de la Restauración y que había convertido

el país en una mortecina España. La nueva generación a la que ella misma pertenece había aprendido y respetado a la anterior a la suya, la del 14, a los que les llamaban de forma afectiva los “maduros”. Pero era el momento de solicitarles una actividad política más intensa —aunque la política no era un interés principal en ellos—, a invitarles a colaborar y participar por una renovación de la sociedad, la convivencia y por la construcción de la vida española. En el fondo de la cuestión que preocupa a estos estudiantes, como también a Zambrano, es España, acercarla de nuevo a la historia universal; es decir, la misma inquietud que tuvieron Larra o Ganivet en el pasado siglo. Había que despertarla de un largo sueño de siglos, hacerla visible ante el mundo. Sentían el espíritu de la universidad con capacidad de ofrecer cambios en la vida española, sin necesidad de un programa político concreto, sino llevados por ese mismo espíritu a la que empuja a la juventud a ofrecer alternativas nuevas a la sociedad, al entero mundo si es preciso. Guiados por ese afán reformista se acordó un encuentro con aquellos otros “maduros” intelectuales de la anterior generación, que tuvo lugar un 23 de junio de 1928. Asisten personalidades tan destacadas como Ortega y Gasset, Manuel Azaña, Gregorio Marañón, Jiménez de Asúa, Pérez de Ayala e Indalecio Prieto. Fruto de este encuentro en un futuro se verán unificados esfuerzos de dos generaciones de intelectuales en España, agrupados en la *Liga de Educación Social* (LES), que se constituye en octubre de 1928 —en evidente resonancia de aquella otra *Liga de Educación Política* que Ortega funda en 1914— llevados por un afán renovador en poner fin a la dictadura de Primo de Rivera y una Monarquía ya caduca en sus formas a fin de lograr la instauración de un régimen republicano. María Zambrano participa activamente en su constitución, y no es aventurado señalar que su intervención fuera decisiva, ella misma señala que el encuentro con Marañón fue un encargo a ella para que tuviera lugar<sup>1</sup>. La acción de Zambrano es sintomática por ser una mujer que se incorpora a los ambientes, no sólo universitarios, sino también a círculos intelectuales que pueden ser considerados en ocasiones terminantes. Sin ser explícitamente de condición feminista, recoge Zambrano las características esenciales de la mujer que en aquel entonces pugnaba por abrirse un camino y lugar renovado para el vivir diario de la mujer

---

<sup>1</sup> Sobre la creación de la Federación Universitaria Española (FUE), Zambrano nos lo cuenta en extenso en su libro autobiográfico *Delirio y destino*, así como el encuentro con Marañón, en “Un liberal”, en *Palabras del regreso* (Ed. Mercedes Gómez Blesa), Madrid: Cátedra, 2009. Así mismo para un estudio con rigor sobre la biografía intelectual de Zambrano véase el estudio introductorio que Jesús Moreno Sanz realiza en la obra de María Zambrano, *Horizonte y liberalismo*, Madrid: Morata, 1996.

española (Moreno, 1996). Ella misma nos describe en *Delirio y destino*, la atmósfera de renovación en la Universidad y vida española:

Era el modo de vida universitario, lo que había surgido enseguida, pues hacía muy poco tiempo que las mujeres habían comenzado a asistir «naturalmente» a la Universidad; sin lucha ni vacilación alguna, la convivencia entre los compañeros de ambos sexos se había dibujando clara, nítidamente y sin definición. Y todo lo que les unía era así: el espíritu universitario, el ambiente moral de una Universidad que sin efectismos, más sin tregua, se había renovado, asegurando. Y ellos eran simplemente una expresión de lo que la Universidad podía ofrecer a la vida española (Zambrano, 1989: 47).

Es en aquellos tiempos en los que conoce y toma contacto con los que serán parte de la cultura de España: a Antonio Machado, amigo ya de su padre, León Felipe, Rafael Dieste, García Lorca, Emilio Prados, Luis Cernuda, Ramón Gaya, Jesús Díaz Fernández, Rafael Alberti, María Teresa León, ejemplos de escritores y poetas para Zambrano; a Manuel Azaña, Jiménez de Asúa, Julián Basteiro, Fernando de los Ríos, entre otros, a los que siente devoción política. La preocupación política ya le viene desde su reflexión juvenil que supone *Horizonte del liberalismo*, obra publicada en septiembre de 1930, en tiempos de la dictadura, en la cual empieza en su inicio a preguntarse como principal tema del libro: «¿Qué es la política? ¿De qué raíz emana? ¿Qué significa la política frente a la vida?». La inquietud de una joven reflexiva por resolver estos enigmas y problemas que se plantean en la vida, en la economía y la cultura para los que existe una respuesta en tanto que «hay una actitud política ante la vida, que es simplemente el intervenir en ella con afán o voluntad de reforma» (1996: 203). De esa inquietud surge y tiene su origen la participación de Zambrano en la FUE y en la creada *Liga*, que suponen la toma de conciencia definitiva por un compromiso político-intelectual antes de 1930; así como su preocupación por España, tema que la arrastra hacia la política, ámbito que recogerá todas sus reflexiones y preocupaciones filosóficas venideras (Ortega, 2004: 101). Aunque Zambrano no militará en partido político alguno<sup>2</sup>, será de su agrado mantener relaciones con

---

<sup>2</sup> Es de hacer notar que a Zambrano le sobrevino una tercera «renuncia» a la filosofía con motivo de las elecciones que anunciaría la República, al ofrecérsele un escaño por el partido Socialista por medio de Luis Jiménez de Asúa, catedrático de derecho penal. De haber aceptado el ofrecimiento habría formado parte de aquellas Cortes en las que también formaron parte Unamuno y Ortega. Véase «Nota a la presente edición», en *Hacia un saber del alma*, edición de 1987.

los partidos republicanos y con el Partido Socialista, así como con destacados miembros de ellos como los ya nombrados Fernando de los Ríos y Jiménez de Assúa, con algunos militantes o simpatizantes comunistas, Rafael Alberti, Emilio Prados o Miguel Hernández, e interviniendo además en distintos actos públicos, el más conocido el de «Las cigarreras» en Madrid que relata con entusiasmo en *Delirio y destino* (1989: 53-54).

Es «un tiempo feliz» que vive Zambrano. Sin embargo, España vivía ciertamente momentos de dificultades políticas, lastrado desde tiempo atrás por las condiciones de una España caciquil que venía de la Restauración y la dictadura de Primo de Rivera. Alrededor de 1930 apenas una parte de la sociedad española apoyaba o veía con buenos ojos al dictador Primo de Rivera, que a finales de enero dimite (Preston, 2017). La caída sin gloria de éste desencadena un amplio movimiento popular que a lo largo de 1930 irán tomando forma en un descontento social generalizado agravado además por las repercusiones de la crisis internacional abierta desde 1929 (Témime, *et al.* 1982). Ya a lo largo de años anteriores han sucedido cierres y reaperturas de Universidades, expulsiones de líderes de la FUE, cargas policiales con diversos heridos y en ocasiones con la muerte de algún que otro obrero. La Liga fue clausurada por orden gubernativa en marzo de 1929; sus miembros, una vez dispersados, irían formando otros grupos de oposición hasta el alumbramiento de la República (Castillo, 1987: 75).<sup>3</sup> Los años que van de 1928 a 1930 son los propios de una España en decadencia y anacrónica que desfallece y se consume, aunque más tarde se verá como una edad dorada. María Zambrano piensa ya de forma apasionada la política, se siente parte de una joven generación, estudiantes, que «querían servir, servir como la conciencia sirve a la vida, recogiénola, unificándola; por eso habían pensado ir a los centros obreros a hablar con simpatía y respeto» (1989: 52), y que siente distanciarse por otras perspectivas de futuro en referencia a la generación de los «mayores», cuyo relajamiento y tibieza en nada le satisface (Sánchez Vázquez, 2004).

La actividad de María Zambrano antes de la proclamación de la República es pues intensa, participa de forma activa, después de una convalecencia, en el movimiento estudiantil mediante la FUE, organización que contribuye de forma decisiva a la caída del régimen dictatorial de Primo de Rivera. Es el momento en el que se requiere un claro posicionamiento por parte de intelectuales, y es cuando María Zambrano escribe las dos primeras cartas dirigidas a Ortega y Gasset y que van a definir su relación con su maestro.

---

<sup>3</sup> Citado en Ana Bundgaard, (2009: 111).

En la primera, con fecha del 11 de febrero de 1930, le solicita una definición política en un tono más bien de exigencia a favor de la futura República, ante su dubitativa posición intelectual. La segunda, con fecha del 4 de noviembre del mismo año, con motivo de la publicación de *Horizonte del liberalismo*, por el que aparece un artículo en *El Socialista*, en el cual refleja opiniones, imaginadas según Zambrano, que inducen a un posicionamiento en contra de su maestro.<sup>4</sup> En esta última carta Zambrano muestra una lealtad desde un sentimiento de discípula que dice honrarle; y, al mismo tiempo, dolida por la publicación de ese artículo inexplicable. En el epígrafe 2.5 daremos oportuno análisis de ellas.

En cuanto a su quehacer académico e intelectual, para el curso 1930-1931, es nombrada profesora auxiliar de la cátedra de Metafísica de la Universidad Central, y es cuando da comienzo su tesis doctoral sobre Spinoza que, como ya ha sido mencionado, jamás terminará. Según en nota escrita el 2 de septiembre [1931], no hace nada, «más que leer alguna filosofía, únicamente» (2015, VI: 200).

## 2.2. En tiempos de la República

Uno de los mejores testimonios de los días previos a la proclamación de la República, lo escribe Zambrano en las páginas de *Delirio y destino*, libro intenso y hermoso por la hondura de su escritura, libro si se quiere autobiográfico o novela metamorfoseada, con una prosa poética de brillante expresión; en él sentencia Zambrano su sentir por España en aquel 14 de abril de 1931, en unos momentos de verdadera luz y esperanza:

España estaba libre del hechizo de los malos encantadores que le habían sustraído el alma, su voluntad; las había recobrado puras y enteras, era de nuevo “virgen”, “la España virgen” rescatada de los malos encantadores, la España liberada del hechizo (Zambrano, 1989: 228).

Para Zambrano es un nacimiento más que una proclamación, hermoso e inesperado, según comenta años después de los hechos de aquel 14 de abril.<sup>5</sup> La «aurora» que suponía la República, pronto se vio con cierto desasosiego, con desánimo por las amenazas que la acechaban. En efecto, la llegada de la República significó desde un primer momento

---

<sup>4</sup> Las cartas pueden ser leídas en la edición, con introducción y notas, de Ricardo Tejada: *María Zambrano. Escritos sobre Ortega*, Madrid: Trotta, 2011. Las cartas fueron encontradas en la Fundación Ortega y Gasset y se dieron a conocer en *Revista de Occidente*, número 120, mayo de 1991. Véase: Bundgaard, *ob.cit.*

<sup>5</sup> Según refleja en su artículo «Aquel 14 de abril», en *Palabras del regreso* (2009).



una alarma para aquellos grupos más privilegiados de la sociedad, aunque despertara la esperanza de los más humildes. Un régimen que se verá abocado al fracaso puesto que las reformas utópicas y sus expectativas no se cumplirán, al mismo tiempo que una derecha descontenta se oponía al cambio esperanzador para las masas populares; suponía un cambio político sustancial para España que el nuevo gobierno republicano se proponía iniciar. El proyecto giraba su mirada hacia las democracias más avanzadas de Europa bien asentadas, y se proponía convertir el país en un régimen verdaderamente democrático. ¿Estaba el país verdaderamente preparado para tal cambio?

Para una posible respuesta, recurrimos a una reciente introducción de Egido León en un estudio sobre la Segunda República que recoge a nuestro parecer un juicio fiel del estado cultural del país por las dificultades por encontrar capacitación en los cargos de representación internacional:

«La República hubo de enfrentarse a las trabas heredadas de la etapa anterior: una cierta atonía tradicional en el funcionamiento interno del Ministerio de Estado (Asuntos Exteriores), las dificultades inherentes al cambio de régimen, que se vio abocado a buscar representantes adecuados para su representación exterior [...] e incluso a la simple evidencia de que no había demasiadas personas capaces de desenvolverse con soltura en el ambiente internacional. Esto explica, por ejemplo, que en un primer momento se recurriera a intelectuales para cubrir las principales embajadas: Ramón Pérez de Ayala fue a Londres; Américo Castro, a Berlín; Salvador de Madariaga, a Washington y, en seguida, a París.»<sup>6</sup>

En efecto, la situación de España era la de un retraso generalizado cuando es proclamada la República, retraso en el ascenso industrial y retraso en las mentalidades de una oligarquía con valores regresivos en la propiedad agraria con una ideología aristocrática como soporte de un estado intocable. Por el contrario, no tanto en lo cultural por ser un período en la que sobresalen nombres no sólo en la literatura, sino en la ciencia, tales como Santiago Ramón y Cajal, o el mismo ya nombrado Ortega y Gasset, en el que podemos aquí incorporar el nombre de María Zambrano también en filosofía; aunque con un reconocimiento muy posterior. Período denominado como la *Edad de Plata* de la cultura española, que acoge las generaciones de 1908, la de 1914, y finalmente la de 1927. Aunque el problema para la cultura también será la de un predominio de lo agrario en el

---

<sup>6</sup> Nos referimos al volumen: *La Segunda República y su proyección internacional. La mirada del otro*, (ed. Ángeles Egido León), Madrid: Libros de la Catarata, 2017, 13.

país, a pesar de un cierto desarrollo industrial, coyuntural en la época. Hacemos extensible una pertinente reflexión de Tuñón de Lara con respecto a la cultura española y sus relaciones en aquel tiempo:

La tradición del hombre trabajador era más rural que urbana, muy acusada en la inmensa masa de asalariados agrícolas. En fin, para el hombre de letras de la época, el contacto *directo* con el trabajo, en *el propio lugar de trabajo*, era fácil y hasta habitual en el plano rural, casi imposible en el plano urbano industrial. Machado, que amaba dialogar con cada hombre de pueblo, pudo hacerlo con el jornalero andaluz [...]. Y hasta Alberti, cuando “compromete” su poesía, ve proclamada su sensibilidad por “los niños de Extremadura” [...]. No hablemos de Miguel Hernández, que era él mismo el niño yuntero. Forzosamente, en la España de los años [...] treinta, la crítica avanzada de la *contemporaneidad* tenía que llegar, que empezar, por los caminos del campo (Tuñón de Lara, 1973: 242).

Efectivamente, en ese primer tercio de siglo, España era predominantemente agrario, y así se había configurado históricamente. En un afán de voluntad igualitaria y con el objetivo de transformar la estructura socioeconómica del país, la República tenía como lugar destacado la educación y la cultura. Un hecho considerado tal vez menor, pero no menos importante por el compromiso social y político en Zambrano, fue el de las llamadas «Misiones Pedagógicas», creadas por un real decreto del Gobierno de la República el 29 de mayo de 1931,<sup>7</sup> tenían por objeto llevar el estímulo y el avance universal, de modo que todos los pueblos de España participasen de sus ventajas y goces nobles reservados a los núcleos urbanos, según refleja en sus preámbulos.<sup>8</sup> Estas misiones recorrerían distintos pueblos por la geografía española y es indudable que aportaron en experiencias de gran valor más social que pedagógico. En relación a lo mencionado arriba, se encontraron con una realidad de la geografía española, allí donde pudieron ofrecer sus misiones, con un campo atrasado donde la cultura parecía no haber entrado nunca. Recogemos un párrafo bien explícito de Alejandro Tiana sobre las *Misiones Pedagógicas* que es claro por referirse a las fuentes de los informes que pudieron ser redactados por los participantes en ellas:

<sup>7</sup> Manuel Bartolomé Cossío, continuador de Giner de los Ríos, fue el principal artífice de las Misiones Pedagógicas, a fin de contrarrestar el alto analfabetismo que presentaba la España rural.

<sup>8</sup> Según refleja en catálogo de la exposición que se llevara a cabo en Madrid, proyectada por la Fundación Francisco Giner de los Ríos (Institución Libre de Enseñanza), producida por la Residencia de Estudiantes y con la colaboración del Ayuntamiento de Madrid, inaugurada el día 21 de diciembre de 2006.

Las localidades y las aldeas que visitaron las misiones pedagógicas parecían en muchos casos estar viviendo en el pasado. Al menos, esa es la imagen que nos transmiten los informes redactados por los misioneros, las fotografías que nos han llegado y las películas que rodaron en sus desplazamientos. A pesar de algunas excepciones notables, la mayor parte de los testimonios transmiten una sensación de atraso e incultura (Tiana, 2016: 28).

No es extraño, a nuestro parecer, la proximidad que sintiera Zambrano por el vocablo «pueblo», que desarrollará como elemento popular y vivificador: «el pueblo llevaba su vida al margen de todo, acompañándose a sí mismo, alimentándose de su propio ingenio y sus perennes tradiciones» (1998: 105).

De 1931 a 1933 se llevaron a cabo setenta misiones; en 1934 doscientas misiones, además de la creación de cinco mil bibliotecas (Bundgaard, 2009). Junto al nombre de María Zambrano, encontramos a Casona, Vicente Valls, Torner, Ramón Gaya, Rafael Dieste, Cernuda, Azcoaga, Sánchez Barbudo y Arturo Serrano Plaja, además del poeta Federico García Lorca, caso aparte por su pertenencia a *La Barraca* como misión en llevar el teatro clásico en cuanto a una idea de «popularizar la cultura». Zambrano recuerda en *Las palabras del regreso* la época de estas Misiones:

En mi juventud no pertenecía a nada, sino que había que darse u ofrecerse a una Fundación del Ministerio de Educación. Se trataba de las Misiones Pedagógicas, a las que se iba sin interés, pero dándolo todo el misionero (Zambrano, 2009: 182).

Para más tarde seguir comentando:

Era joven estudiante todavía, pues he sido estudiante toda mi vida. Entonces tenía poca voz; era pequeña, delgada, la voz. Se hizo un silencio cuando hablé que ni una palabra se perdió. Así comenzaron las sesiones. Al finalizar, entregamos la biblioteca. Mas que entregarla, la dimos, la repartimos. No se atrevían a mirarlos, eran libros de historia, de poesía, de literatura [...]. Gente que queríamos transformar el trabajo y a veces lo lográbamos en una poética, maravillosa y libre transformación (Zambrano, 2009: 183).

Son estas apreciaciones que María Zambrano refleja sobre su experiencia por el proyecto republicano de las *Misiones*, además de unas palabras en elogio de Cossío y a

la Institución Libre de Enseñanza en *Delirio y destino*, lo que da fe de su reconocimiento por la labor institucionista (Bundgaard, 2009); pero son pocos los textos que la propia filósofa nos ha dejado para poder hacernos una idea de su valoración crítica del proyecto de las Misiones. Siguiendo a Ana Bundgaard, en obra ya citada, tampoco se disponen de otros trabajos, excepto Abellán y Tuñón de Lara que nombran la colaboración de Zambrano, y un artículo de Eleanor Krane Pauker, que la nombra sin entrar en detalles,<sup>9</sup> y en la más reciente obra de Alejandro Tiana sobre *Las Misiones Pedagógicas* (2016), nombra también a María Zambrano en pocas ocasiones y de forma algo secundaria. No hay ninguna disposición sobre la disolución de las Misiones, pero es a partir de 1935 que supone el principio del fin, y que realizó su última misión una vez iniciada la guerra civil, en octubre de 1936;<sup>10</sup> una obra basada en la justicia e igualdad social para aquellos intelectuales que pensaban que un aprecio y amor por la lectura hacía posible una nueva España, misión civilizadora para un campo analfabeto en la historia del país; y, en definitiva, una misión por los valores de libertad, justicia y democracia a toda la nación y de la que Zambrano participa de sus valores por su compromiso ético y político.

Otro de los hechos que representó un punto de inflexión, no sólo para la toma de conciencia en la obra de la autora veleña, sino para el proceso histórico político posterior en la República, fueron los acontecimientos de la llamada Revolución de Asturias, promovida por una huelga general que finaliza en rebelión armada. La consecuencia fue por el empeoramiento de la atmósfera política en el país propiciado por la vuelta de los grupos más conservadores, agrupados en la llamada CEDA, la *Confederación de Derechas Autónomas*, lo que dio lugar al llamado «bienio negro» de la República, tras las elecciones de 1933. Las reformas se vieron paralizadas y las elites se propusieron en reducir el cambio redistributivo que se había impulsado en el país. Es en este contexto que se ha de entender la respuesta de las izquierdas que descontentas y bajo un ánimo de frustración deriva en su conjunto hacia una movilización general, tanto de toda la juventud, como de movimientos conservadores y fascistas, que hará cambiar el espectro político de España (Graham, 2009). La revolución de Asturias fue sofocada por las tropas de Franco como cabeza de la operación del Ministerio de la Guerra, que desplegó tropas destinadas en

---

<sup>9</sup> En ABELLÁN, José Luis. *Historia crítica del pensamiento español*, 6/I, Barcelona: Círculo de Lectores, 1993; en TUÑÓN DE LARA, Manuel. *Medio siglo de cultura española (1885-1936)*, Madrid: Tecnos, 1973; en KRANE, Eleanor. «Cinco años de misiones», *Revista de Occidente*, 7/8, 1981, 233-260.

<sup>10</sup> Señalado en BOZA, Mariano; SÁNCHEZ, Miguel Ángel. «Las bibliotecas en las Misiones Pedagógicas», *Boletín de la Asociación Andaluza de Bibliotecarios*, 74, Marzo 2004, 41-51.

Marruecos y de la Legión Extranjera. El final de los hechos será catastrófico por su violenta represión en toda la cuenca minera. Según Preston, señala el inicio del fin de la República, por el impacto de tal respuesta que dará lugar a la conciencia de una izquierda por emplear medios legales a fin de provocar un cambio; por otro, la respuesta de la derecha en impedir que el cambio se produjera (2017: 94). Para Zambrano el hecho de la revolución de Asturias, en octubre de 1934, es decisivo para hacer florecer al pueblo como afluencia política, y es cuando aparece en su discurso el concepto mismo de «pueblo» al que se siente identificada, testimonio el suyo que refleja en el primer ensayo de la segunda parte en *Los intelectuales en el drama de España* su fiel compromiso:

Octubre de 1934 en Asturias mostró la presencia íntegra del pueblo; en su fiereza y ternura, en su padecer infinito. Hoy se ve con intuición poderosa, aunque de dolorosas consecuencias por los martirios que sufrieron, tuvieron motivo para lanzarse a impedir la subida de fuerzas tan negras. De tan pavorosos designios. No se equivocaron y su martirio tampoco fue estéril. Aunque estremece todavía pensar sus sufrimientos, hoy que tanto se sufre (Zambrano, 1998: 105).

Para Zambrano el «pueblo» en la historia de España había estado acompañado a lo largo de su historia por un abandono por las fuerzas políticas y todos aquellos agentes que empujan a hacerla, en un aislado caminar. Desde la generación del 98, pasando por Ortega, los intelectuales que habían contado de alguna manera su historia, o la búsqueda de ella, como característica era la falta de consistencia en que lo popular se había mantenido durante siglos al margen de todo, es decir una ausencia de comunicación entre pueblo e intelectualismo. Los horribles acontecimientos de Asturias demostraban una vez más ese postulado por el cual según Zambrano sentencia: «El pueblo llevaba su vida al margen de todo, acompañándose a sí mismo, alimentándose de su propio ingenio y de sus perennes tradiciones» (1998: 105). La aparición del pueblo y su feroz represión en Asturias no hizo más que un concepto como el de patria separase en dos los bandos según tomaban ese concepto como propio, que para los defensores del «Orden, la Religión y la Patria» estableció como la teoría de la anti-patria, la de la anti-España; mientras que para Zambrano el intelectual es el pueblo español mismo, es la misma patria que ambos defienden, y es lo que les diferencia y condiciona. Años después lo resalta en su manifiesto militante *Carta al doctor Marañón*, aparecida en última sección en la edición de Chile de 1937 de los *Intelectuales*: «nosotros antes y sobre nada pertenecemos al pueblo español,

y estamos unidos a su suerte y a su porvenir incondicionalmente porque le amamos y este amor nos da esperanza en sus decisiones» (1998: 119).

La *Carta al doctor Marañón*, artículo aparecido en primer lugar en el diario argentino *La Nación* es la respuesta de Zambrano a la actitud del mismo doctor Marañón que terminó en la órbita del franquismo desde las posiciones en sus inicios republicanas años atrás. Zambrano de forma valiente en cuanto se dirigía a todo un intelectual, afamado y célebre médico español, mientras ella era aún simple ayudante en la Universidad Central de Madrid acusaba a Marañón de traición al pueblo español, pueblo al que hemos visto como Zambrano se sentía comprometida política e intelectualmente. Siguiendo a José Luis Mora (2004), habría que comprender la posición de una mujer que comenzaba junto a su madurez su también profesión, cómo se jugaba la vida valientemente al enfrentarse en circunstancias que podrían serle adversas en un momento dado, donde podríamos encontrar quizá algunas claves a la hora de interpretar su filosofía como consecuencia de su compromiso por convicción política. Si leemos algunas partes del artículo, nos estremece cuando Zambrano recuerda al doctor Marañón los bombardeos de Madrid:

Lamenta usted las molestias de los asilados en las embajadas extranjeras y no ha alzado la voz para protestar ante lo que el mundo quede de conciencia, por los criminales bombardeos de Madrid en el que usted ha hecho su vida, ese pueblo con el que usted ha convivido tantos años y que ahora es bombardeado desde el aire. Esos niños carbonizados, esas mujeres muertas mientras hacían cola en barrios pobres esperando la ración de arroz o de lentejas. ¿No le conmueve a usted, doctor Marañón? (Zambrano, 1998: 120).

Cuando leemos esta parte de la *Carta*, nos viene a la memoria irremediabilmente el cuadro de nuestro Picasso, el *Guernica*, pintado en 1937, por encargo del gobierno de la República para la exposición Universal de París, cuando las democracias burguesas asistían inertes a la tragedia española. Sabían que el triunfo de las fuerzas reaccionarias significaría el fin de las democracias en el mundo, pero al mismo tiempo se temía a un proceso revolucionario de las clases más desfavorecidas, el pueblo. La visión de Picasso muestra no sólo el drama español, sino el principio de una tragedia humana, apocalíptica, una visión en la cual no cabe color alguno, sino matices todos del negro. Una tragedia que sobrevendrá a Europa que posteriormente recogerá María Zambrano en su reflexión filosófico-político en *La agonía de Europa* (1945) en el cual sitúa al continente en un contexto de difícil situación, pero al mismo tiempo de esperanza, como es característica

en toda la reflexión y pensamiento de nuestra autora española. Hasta en los momentos más difíciles se abre en su escritura esa luz como apertura y libertad, de democracia, aurora en el tiempo que marca la lucidez y certidumbre. Es una esperanza que Zambrano confía en la posibilidad final de un acontecimiento histórico que ha de sobrevenir, tan solo por el hecho de que Zambrano sitúa al hombre como generador de la razón, no de aquella razón cartesiana, positivista, el idealismo occidental que no ha permitido al hombre contemplar la vida, sino aquella otra que será la «razón poética» en el que es el corazón del hombre el centro, el órgano central que nos faculta para soñar, origen de todo «sueño creador», de todo pensamiento. En la misma *Carta a Marañón* se vislumbra hacia el final su aprecio por el porvenir, por la renovación del mundo y entendimiento, confianza en el «pueblo», verdadero sujeto de la historia como lo fue el de Grecia en el pasado y que aún sigue iluminándonos como sueño creador:

Se asesina hoy al pueblo español porque se intuye su magnífica potencia para renovar al mundo. [...] Saben que sus privilegios están perdidos, pero quieren aferrarse a ellos y se agarran a los valores históricos vivos del pasado, diciendo representarlos. Pero el pasado sólo puede conservarse en el porvenir, en un mañana creado. El Imperio romano y la cultura grecorromana se defendieron, también apelando a medios sangrientos, del cristianismo que llegaba y de lo que tenía de nuevo: el amor caritativo, sin poder aplastarlo. Triunfó el cristianismo renovador, el Imperio romano reencarnó en su estructura en la Iglesia católica, y la filosofía y la cultura griega han seguido durante siglos germinando (Zambrano, 1998: 121).

En efecto, la idea de una historia discontinua, que germina en el tiempo entre el individuo, la sociedad, el poder y la historia misma está presente ya en el prólogo de la edición de 1977 de Hispamerca de los *Los intelectuales en el drama de España* que germinará en la historia sacrificial de *Persona y democracia* (1958). Siguiendo a Jesús Moreno Sanz, en su estudio introductorio ya citado de *Horizonte y liberalismo*, en la edición de Morata (1996), Zambrano propone «soñar» la historia desde «la inexorable tarea de “rescatar la palabra sumergida”, abismando al propio pensamiento en los oníricos enredos en que va cifrada la libertad, por encontrar su lugar en el tiempo, su propio movimiento» (1996: 38). No en vano, el prólogo al que hacemos mención lo firma la filósofa veleña un 14 de abril de 1977, en alusión clara a la historia como acontecer discontinuo, la libertad recobrada y la palabra viva de nuevo en el horizonte de la historia, como diría Zambrano. Pero vayamos al texto original del prólogo a fin de hacer clara la exposición:

La palabra viva con el aliento de la verdad. Pues la mentira cae pesadamente, es una sentencia de muerte. Muerta ella misma ya. Sólo por esa su falta de aliento se la reconocería. Y así, el que la profiere ahueca su voz, hace un vacío donde resuena sin eco y ha de reiterarla una y otra vez. O con voz neutra, sin la menor vibración, la sirve inapelable y fantasmalmente.

Mas la mentira no se siembra, prolifera, ocupa la extensión que ella misma ha de ir recibiendo, lo que fácil le resulta cuando todos los medios están para ello dispuestos. Y, mientras tanto, la verdad sepultada germina (Zambrano, 1998: 79).

La palabra sin esperanza que representa la mentira que se pronuncia en el vacío de la historia, es decir, sin consecuencias para el hombre que siempre necesita de la verdad, de la libertad y la justicia; en definitiva, de la conciencia histórica que para Zambrano será «revelación» en tanto el hombre pueda verse y sentirse vivo de nuevo: «No habría historia, se nos figura, si el hombre no fuera esa criatura necesitada de tanto para su simple ir viviendo, necesitada hasta de una revelación: de verse y ser visto» (1998: 77). Las pautas hacia una razón de intensidad más humana están dispuestas ya en este período, la idea por una poética razón como herramienta que conceda al hombre un entendimiento de su entorno más comprensible, transparente.

### 2.3. En contra del fascismo

Con el estallido de la guerra civil, María Zambrano quiere comprender la historia de los acontecimientos, el por qué de un conflicto sangriento se convierte en una necesidad por humanizar y comprender la historia, entender de forma racional su padecimiento. Es así como estamos viendo que esa necesidad de reflexión sobre la historia es también la observación de la política —la acción del hombre—, y sobre ésta reflexiona al tiempo sobre el mismo pensar. Hay, pues, una cierta unidad en el pensamiento de Zambrano en cuanto al pensar filosófico y el político, como venimos apreciando, su discurrir no es sólo de un camino, sino de senderos que se bifurcan a lo largo de su recorrido intelectual, en el cual se entrecruza filosofía y política, y desde ésta última como auténtica necesidad de reflexión (Sánchez-Gey, 2005).

Zambrano se encontraba en Chile en 1937, momento de la edición de *Los intelectuales en el drama de España* —la edición de 50 páginas—, a donde viaja tras contraer



matrimonio con Alfonso Rodríguez Aldave el 14 de septiembre de 1936, y tras ser nombrado éste Secretario de la Embajada de la República. Cuando la angustia que les supone estar lejos de España en plena guerra civil, deciden ambos volver al país, y llegan el 19 de junio, a la caída de Bilbao. Su marido se incorpora al frente y ella lo hace integrándose en la revista *Hora de España*, que pasa a formar parte de su Consejo de Redacción.

Pero, volviendo a *Los intelectuales en el drama de España*, que escribe estando en Chile y antes de volver a España, es un libro de una honda reflexión sobre el fenómeno del fascismo, así como eje central de su pensamiento político; un texto que implica un compromiso intelectual contra tal fenómeno y con la realidad de los sucesos, difícil pero necesario. Zambrano demuestra en él una lucidez que podemos apreciar por igual a un Benjamin, Adorno o Horkheimer, si vamos aún más lejos, contra lo que supone para el hombre la experiencia catastrófica de la historia cuando es agente de sus propias acciones destructivas bajo un fondo ideológico manipulador, como se presenta el fascismo en fomentar el conflicto y el percance de la guerra como medio de imposición. Para Zambrano, el fascismo como engendro obliga a encontrar su esencia tanto en clave española como europea, siendo la guerra civil española primer escenario ante lo que será posteriormente el conflicto bélico de la II Guerra Mundial, en la cual las fuerzas de Hitler y Mussolini cuentan ya con su experiencia en campo español.

En la edición de Panorama editada en Chile en 1937, se compone el libro de dos partes. En la primera reflexiona sobre el significado y crítica del fascismo, que encuentra en España un espacio escindido entre una España oficial, que se presenta como defensora de la patria a la cual la nombran y deshacen al mismo tiempo, y otra más viva, que encuentra su representación en la generación del 98 —Unamuno, Baroja, Valle-Inclán, con Ortega y Gasset posteriormente—, El Partido Socialista, fundado por Pablo Iglesias, y la Institución Libre de Enseñanza. En la segunda parte plantea Zambrano la cuestión de la tradición cultural española, en la que aparece un sujeto desplazado y olvidado a lo largo de siglos en la historia de España: el «pueblo», depositario de un elemento popular característico de la sociedad española. Se elabora así para Zambrano, «la teoría de la patria y de la anti-patria, de la España y la anti-España» (1998: 105), desplazamientos ideológicos de distinto signo y sentido contrarios.

Ya en el primer capítulo de la primera parte *La inteligencia y la revolución* se hace necesario para Zambrano «encontrar la razón del mundo, no de las cosas, sino de los

sucesos», refiriéndose a la figura del intelectual, pues si otros están dispuestos a dar la vida en las «trincheras», no ha de ser menor el riesgo del intelectual en ofrecer su existencia mediante la razón, en un momento en que la sangre abre el camino hacia un nuevo alumbramiento del mundo, alumbramiento que ha de llevar a cabo España. Es en *La inteligencia y el fascismo*, donde ofrece una concepción de la razón que según Zambrano había llevado a la humanidad a una especie de infantilismo que se presentaba eterno y sin historia apenas. Hombre e inteligencia convivían separadamente, pues la inteligencia «era una forma pura que no participa de las conmociones de su objeto, ni tampoco de ninguna de las conmociones del hombre, por profundas que sean» (1998: 90). Plantea Zambrano si es la «inteligencia» patrimonio de un razonamiento progresista, que no cabe en un pensar reaccionario, pues a lo reaccionario no se le supone inteligencia alguna por ser mismamente reaccionario a una razón de progreso. Pero es claro, para Zambrano, que la circunstancias tanto sociales como políticas y económicas han de marcar al individuo, necesidades que lo orientan de una forma u otra, y en esas necesidades que el hombre tiene son los instrumentos de lo racional que a veces aparece enmascarada. Es cuando aparece el idealismo que no permite al hombre verse a sí mismo al crear una imagen falsa de su imagen y necesidad reduciendo su realidad circundante. La inteligencia pierde conciencia y todo les es permitido, lo que sucede con la adolescencia por su inexperiencia, y de ahí que el hombre concreto ha vivido hasta hoy en una adolescencia permanente:

Cuando se añade el idealismo de la niñez al idealismo hecho dogma de una cultura, es punto menos que imposible alcanzar la madurez de la total hombría. Entonces el idealismo funciona sobre todo en la burguesía intelectual, dogmáticamente, sin esa audacia de vértigo de los filósofos que íntegramente se han dado a su riesgo (Zambrano, 1998: 92).

El idealismo es una barrera para la realidad, un «dintel imposible de salvar», y que impide al hombre íntegramente vivir su experiencia en la realidad; es cuando se crea la insatisfacción de no ver las expectativas hechas realidad. Es el mismo idealismo que impidió a España a participar en plenitud de Europa «por ese modelo de “máscara” y que produjo una escisión en la propia sociedad española que llegó a enconar las raíces del alma de algunos españoles» (Mora, 2004: 309). Por tanto, es la misma escisión europea la que se establece por contagio a la cultura española, por las contradicciones del liberalismo que conduce a establecer una filosofía idealista, como barrera insuperable para incorporar la tradición española a la europea. Zambrano hace un diagnóstico de la sociedad

del siglo XVIII para llegar a la conclusión de una insatisfacción que se instala en la vida en el siglo XIX y principios del XX en la clase burguesa, y con ello una angustia junto a su poderío que la Guerra europea pudo haber zanjado. Al no darse una solución a esa situación insostenible, es cuando aparece el fascismo, que no es más que un intento desesperado por hallar una salida; y, al no encontrarla, es cuando acude al crimen, a la violencia. Para Zambrano, el fascismo está ligado a la violencia por no aceptar una realidad que no reconoce más que en su ideología, en su forma de ser, «funda la realidad en un acto suyo de violencia destructora» (1998: 95), y con el único afán de vivir desde el poder.

Hay en el fascismo una negación a la vida, la misma que el idealismo europeo se niega a la realidad, y que le incapacita para el acto amoroso, y que al reconocerse nada más que a sí mismo mira al hombre con total desconfianza. Esa negación misma que habita en la «cáscara del fascismo» como «nudo estrangulado en el alma del fascista que le cierra a la vida» (1998:95), le imposibilita radicalmente para la experiencia del mundo (Sánchez Cuervo, 2017). Sentencia finalmente Zambrano que «todo fascismo acaba por matar, en querer matar todo aquello que no quiere reconocer» (1998:103). Su escritura es determinante al describir y referirse a un fenómeno que supuso finalmente para todo el continente la negritud, la negatividad de toda simiente creadora. Pero Zambrano cuando escribe su texto, aún no se ha perdido la esperanza por un futuro para un hombre nuevo en el que España ha de jugar un papel de primer orden para el mundo, pues España posee la potencia suficiente para ello:

Y es España el lugar de tal parto dolorosísimo. Por su infinita energía en potencia, por su virginidad de pueblo apenas empleado en empresas dignas de su poder y por su profunda indocilidad a la cultura idealista europea, tenía que ser y es España (Zambrano, 1998: 96).

Según Moreno Sanz, en su introducción a la obra, el discurso de nuestra autora se le puede aproximar a la retórica comunista de la época, por el cual ha de nacer el hombre nuevo, renacido, que se traduce en Zambrano de forma intuitiva por una *nueva razón*, «verdadera revolución, “parto dolorosísimo”, que requiere de una experiencia que apure los acontecimientos hasta el fin» (Moreno, 1998: 23); pensamiento político que se aproxima a los escritos de Gramsci.<sup>11</sup> A esa aproximación a la retórica y pensamiento

---

<sup>11</sup> En la introducción Moreno Sanz cita un texto de Gramsci (en nota a pie de página), a quien Zambrano tiene un claro paralelismo con respecto a sus mismas ideas, quien escribiera: «Hay que hablar de lucha por una nueva cultura, o sea, por una nueva vida moral, que por fuerza estará vinculada con una nueva intuición

comunista por Zambrano volveremos más adelante. Ahora indicar para nuestro análisis, que España estaba lejos —según nuestra autora— de haber desarrollado el fascismo y había razones varias para ello. España —dice—, era lo menos fascista del mundo, pues tenía su historia en suspenso, quedando ella petrificada en el tiempo, y por tanto le fue imposible desarrollar la filosofía idealista, ni tampoco un ideal nacionalista en la que su tradición estuviera plenamente identificada. España —sigue diciendo Zambrano—, poseía su propia asfixia que tenía otras fuentes en nuestra propia historia. Aquella España triste, derrotada y despojada de un Imperio, consciente de su potencia aniquilada por distintos avatares históricos, era el problema del intelectual español desde Ganivet, y con la generación del 98 con más intensidad si cabe. Ortega en *España invertebrada* ofrece la tesis de una España irrealizada. La llegada del fascismo en España es producto de una traición de la España «oficial», la cual se presentaba con una careta falsa «que impedía el crecimiento de la España viva». Hay dos Españas distintas, sentencia Zambrano, siendo la oficial, defensora de la patria que obedecían al grito de «¡Arriba España!», la que entregó el país a los ejércitos del «fascismo hambriento». En referencia a las «dos Españas», podemos acudir como fuente a Santos Juliá quien subraya que su origen tiene lugar en la caída del Antiguo Régimen, fuesen liberales, católicos, antifascistas o comunistas, desde la crisis de identidad de un imperio ya no existente: «la proyección hacia el pasado de un momento de grandeza y la promesa del futuro como regeneración o resurrección de lo que ya fue realidad en otro tiempo» (Juliá, 2004: 45). Para este autor más que dos Españas enfrentadas existieron diversas generaciones de intelectuales que contaron sus respectivas historias, en aquel entonces, en términos por una identificación de nacionalismos excluyentes. Ahora bien, para contextualizar el lugar de Zambrano en el mapa intelectual de la época, acudimos de nuevo a la conferencia impartida por Adolfo Sánchez Vázquez con motivo del *II Congreso Internacional del Centenario* de nuestra autora veleña, por su clara síntesis. Nos tomamos licencia para reproducir fielmente un par de párrafos a fin de apoyarnos en este trabajo:

En el podemos distinguir un amplio sector de intelectuales entre los cuales se encuentran Azaña, Basteiro, Fernando de los Ríos, Antonio Machado, José Gaos, Enrique Diez-Canedo

---

de la vida, hasta que ésta llegue a ser un nuevo modo de sentir y de ver la realidad» (citado en M. Aznar Soler, «El II Congreso Internacional de escritores para la defensa de la cultura (1937)», en *Literatura española y antifascismo (1927-1939)*, Generalitat Valenciana, Valencia, 1987, 111).

y Joaquín Xirau que se identifican con la República realmente existente.

Pero, podemos distinguir también un sector reducido de intelectuales, no menos eminentes, entre ellos Unamuno, Ortega y Gasset, Azorin, Baroja y Marañón que, poco a poco, se van distanciando de la República llegando en algunos casos a la hostilidad hacia ella. Otro sector también reducido, y de mucho menos talla intelectual, encabezado por Giménez Caballero, seducido por la retórica política del fascismo italiano, se pronuncia abiertamente contra la República. Está también un amplio sector de jóvenes escritores entre ellos Alberti, Prados, Sender, Arconada y Miguel Hernández y de artistas plásticos como Renau, Rodríguez Luna, Alberto y Miguel Prieto, que se hacen eco de los hambrientos de pan y sedientos de justicia en la ciudad y en el campo. Y en este variopinto paisaje no faltan algunos escritores como Bergamín Jarnés, Jorge Guillén y Juan José Domenchina que procuran salvar su creación de la “contaminación política”. Ahora bien, con la vuelta de la derecha al poder en el llamado “bienio negro (1933-1935), las diversas posiciones políticas de los intelectuales, como en general, las de la sociedad española se polarizan en torno a dos posiciones antagónicas, en una nueva versión de las dos Españas: las de la derecha al unificarse en la C.E.D.A. y las de la izquierda al aliarse en torno al Frente Popular (Sánchez, 2004: 135).

Es difícil situar a Zambrano en algunos de estos sectores —sigue diciendo Sánchez Vázquez—; pues, aunque de convicciones republicanas, en modo alguno se suma en uno u otro margen inicialmente. Pero es desde la «revolución de octubre», como ya ha sido mencionado, cuando toma posición en favor y por el Frente Popular, participando en uno de los dos bandos antagónicos que polarizan la política española a partir de entonces.

Zambrano, pues, se compromete claramente contra la España oficial, con sentido del compromiso cívico, contra el fascismo al que parecía representar esa España «negra», la que finalmente conduce al drama de España a consecuencia de la guerra civil que enfrenta a una y otra bien distinta, la viva, la del pueblo, «que llevaba su vida al margen de todo, acompañándose a sí mismo, alimentándose de su propio ingenio y sus perennes tradiciones» (1998: 105). Quien llevara la discordia en un primer grito fascista es claro que para Zambrano fuera Giménez Caballero desde la *Gaceta Literaria*, donde comenzó a importarlo desde Italia, en su formulación más clara. Para Andrés Trapiello es fundamental para comprender la República, y a los intelectuales, mirar las páginas que fundó y dirigió éste, figura controvertible pues no era en principio fascista declarado hasta que sus simpatías estuvieron decantadas por personajes y regímenes que como el italiano demostraba un

carácter autoritario (Trapiello, 2017).<sup>12</sup> La palabra del fascista para Zambrano no merece valor, aquella misma a la que hemos hecho mención, una palabra que no dice la verdad cae hacia el fondo por su peso, la que suplanta las cosas verdaderas y que en ellos se traducían en «tremendas mentiras: la vuelta a lo nacional, la moral de la inteligencia, el conocimiento de que la inteligencia sí delinque» (1998: 102). La máscara de una actitud fascista que tratan de justificar el profundo desprecio por el intelectual, desprecio que en España ha tenido especial significación por aquellos más poderosos. Para Zambrano es obvio la incapacidad del fascista por la creación, por su auténtico vacío en el quehacer, un estar sin vocación. Por eso todo fascismo acaba por matar, por su incapacidad en aceptar una verdad dada y por no saber reconocer aquello que le contradice. Una enemistad ante la vida y con la vida misma. Zambrano demuestra en su tesis sobre y contra el fascismo una inteligencia en la observación de gran calado filosófico, con sentido rigorista; además de que su palabra ya es poética a fin de hacer transparente su mensaje, destello que caracterizará siempre su escritura. A más, Zambrano nos habla sobre el fascismo con conocimiento de causa, pues no es sólo a través de libros e ideas que conoce el problema del fascismo, sino también de esa experiencia directa, violenta y auténtica que implica la guerra (Sánchez Cuervo, 2017). Posteriormente, en su obra, aunque de forma más marginal, estará presente en sus libros futuros el problema del fascismo cuando reflexione sobre el exilio, la crisis de Europa y la civilización occidental. Nos advierte de los peligros que supone la intransigencia, la inteligencia instrumental, la oscura y pesada palabra de la mentira. Nos hacemos eco de un artículo escrito por David Soto Carrasco para señalar un paralelismo entre el pensar de Zambrano y Benjamin en cuanto conciencia intelectual ante la presencia del fascismo y su significado real. Para el alemán —según Soto—, como en Zambrano, para luchar contra el fascismo es necesario otra concepción de la historia, pues es el «conformismo» causa de la presencia impetuosa de su fuerza. Aquella historia en la visión de Zambrano, al que hicimos alusión en el epígrafe 2.2 anterior, en cuanto una historia como «revelación», que ofrece luz a los acontecimientos, más si es sangriento, necesario a fin de humanizarla y comprenderla. Para Benjamin, también la memoria es instrumento de recuperar el pasado en busca de signos premonitorios que

---

<sup>12</sup> Si podemos echar un vistazo a los primeros números de la revista *La Gaceta Literaria*, encontramos un ánimo integrador, podemos leer a Ortega, Juan Ramón Jiménez, Gómez de la Serna, Unamuno, Machado... Fue la revista de la generación del 27 y también de la generación del 98. Era la revista de todos. Pero acabó solo Giménez Caballero redactando íntegramente sus números, quedando un reducido número de amigos, como Ledesma Ramos, que ya se sabía de su fascismo. Véase: Andrés Trapiello, *Las armas y las letras. Literatura y guerra civil (1936-1939)*, Barcelona: Austral, 2010.

anuncian el futuro (Soto, 2010). Ambos, en consecuencia, llegan a las mismas conclusiones en cuanto la recuperación de una esperanza en tiempos propicios para un proyecto común.

#### 2.4. Escritos de la guerra civil

En la edición que Moreno Sanz hace de los *Los intelectuales en el drama de España*, consta en un primer lugar los escritos de 1936, previos a la guerra civil, donde se incluyen tres escritos: *La salvación del individuo en Spinoza, Ortega y Gasset universitario y Desde entonces*, de los que hemos hecho alguna mención. En segundo lugar se ofrece al completo la edición del libro tal como se editara en 1937 y 1977. En tercer lugar, incorpora en esta edición de 1998 los *Escritos y notas durante la guerra civil*, que incluyen todos los artículos que ya dispuso Zambrano para la edición de 1977, más otros seis artículos hasta entonces inéditos, así como una carta de Antonio Machado, y otras dos cartas de Zambrano, una para Rafael Dieste, y otra para Rosa Chacel. Al final de todo el legajo y en anexo final el artículo sobre «Hora de España, XXIII» en referencia al último número publicado de la revista antes de partir hacia el exilio. Según Sánchez Cuervo en la presentación de la misma obra, en el primer volumen de sus *Obras Completas*, la propia Zambrano irá recopilando todos los artículos, junto con su *San Juan de la Cruz. De la noche oscura a la más clara mística* que comenzó a escribir en Barcelona y que aparecerá en la revista bonaerense *Sur* ya comenzado su exilio, y que aparece en la edición de Anthropos, en *Senderos* (1986), incorporado también en la edición posterior de Trotta (1998), por Moreno Sanz. Ahora bien, estos artículos no aparecen de forma cronológica en ninguna de las tres últimas ediciones, si contamos con la versión de la edición de sus *Obras Completas* (2015). No vamos aquí a ofrecer el orden que se debiera presentar por su cronología, ya que Jesús Moreno Sanz nos la ofrece en la presentación de la edición mencionada. Pero es interesante señalar que sería preciso leerlos en esa secuencia a fin de atender a la evolución que se muestra en ellos desde una concepción de la *razón armada y militante* a otra *misericordiosa* —la evolución que señala Moreno Sanz—, que prelude ya la razón del fracaso y del exilio, además de hacernos una idea de todo el período en el que transcurre la guerra civil entre 1936 y 1939.

Así a partir de *La reforma del entendimiento*, Zambrano alude a las «circunstancias pavorosas» por las que el hombre se ve sumergido por la crisis de la cultura occidental y la trágica repercusión de la guerra civil española. Según Zambrano es desde el

Renacimiento que el hombre comienza a sentir la angustia de su propia intelectualidad por los nuevos acontecimientos a los que ha de hacer frente. A diferencia de los griegos que su máxima preocupación era descifrar la naturaleza, ahora se trata del mismo hombre en su soledad que como imagen de sí mismo se percata pálida y se vuelve a «espaldas de la realidad». Con la crisis aparece —dice Zambrano— una nueva situación y una nueva realidad que el hombre se ve obligado a descifrar por el mero hecho de ser hombre, es cuando la filosofía viene a rescatarlo no como una materia que pueda ser abordada accidentalmente, es decir, «atacar un problema aisladamente», sino en totalidad. Zambrano busca una nueva razón, después de los intentos habidos en la historia de la filosofía. Hegel, con el concepto del tiempo, cierra todo un círculo que comenzaba con Galileo en la física moderna, pasando por Kant y otras posiciones por el entendimiento humano: Locke, Hume, Spinoza. Según Zambrano se hace necesaria una nueva crítica de la razón humana ante las circunstancias catastróficas por las que atraviesa:

Y aquí nos encontraríamos ante la necesidad de una nueva y más compleja crítica del entendimiento o de la razón humana. Y es la necesidad que se presenta con apariencias de imposibilidad de su cumplimiento, de la penetración de la razón en esas zonas insondables de lo irracional. Necesidad que no brota de una ambición de conocer, de una soberbia del entendimiento, sino muy al contrario de circunstancias pavorosas por las que pasa el hombre (Zambrano, 1998: 137).

Es así como Zambrano, en *La reforma del entendimiento*, desde una razón armada y militante, reflexiona al mismo tiempo ante una posible nueva razón, nuevo entendimiento, su reforma: «se trataría de descubrir un nuevo uso de razón, más complejo y delicado» (1998: 138). Vemos reflejado lo que irá germinando en su camino intelectual hacia la «razón poética», en contraposición en aquella otra «razón vital» orteguiana, para ir construyendo una *razón mediadora*, a partir de “La guerra” de Antonio Machado (1937), para *Hora de España*, nueva razón que refleja posteriormente en *Pensamiento y poesía en la vida española* (1939) y *Filosofía y poesía* (1939), y formalizada plenamente en *El hombre y lo divino* (1955), pensamiento que fundamenta Zambrano en un método propio, resultado de la experiencia trágica vivida a la que propone un saber orientado sobre la vida humana.<sup>13</sup>

---

<sup>13</sup> La filosofía de María Zambrano es una disciplina orientadora de la vida, un saber que otorgue lo necesario para dirigir del mejor modo posible nuestra existencia, por tanto, un saber vital, como sentenciaron sus



Pero antes aparece su *razón militante*, razón de combate en cuanto para Zambrano la razón ha de ser armada contra la barbarie de la guerra, acontecimientos atroces —como el bombardeo de Madrid— que suponen una verdadera contrariedad humana. En *La inteligencia militante*, en referencia a la revista *El Mono Azul*, nombra a Palas Atenea, diosa de la sabiduría, y la antepone ante la razón misma nacida en Grecia:

Todavía hay quien se extraña. Pero convendría recordarles que en los días del nacimiento de la razón, cuando en Grecia, con maravillosa y fragante intuición, se quiso representar a la diosa de la sabiduría, Palas Atenea, se la vistió con casco, lanza y escudo. La razón nació armada, combatiente. Se había olvidado esta razón militante en el mundo moderno, en el cual, cuando la inteligencia se mezclaba a las luchas reales, se le consideraba de menor rango, perdida ya su condición de captar la verdad, pues se estimaba que únicamente la desvinculación de los intereses reales podía llevar a ella (Zambrano, 1998: 109).

Pasaje decisivo para comprender su compromiso político por una razón más radical si se quiere, que no extremista, pues Zambrano aboga por las letras como combate, por la sabiduría como razón. Hacemos extensible aquí la implicación de tal reflexión en Zambrano que Moreno Sanz plantea en su introducción ya citada de forma concisa para entender la obra de nuestra autora, pues nos habla en un solo párrafo de casi toda una trayectoria y lo hace de tal manera planteado que nos deja una idea clara de la nueva refundación de la razón que Zambrano en su misión intelectual siente que ha de nacer:

Y es este paisaje, decisivo para la exégesis de las conexiones —de las articulaciones de una forma—, que esta autora establece entre el sentido de la razón, la figura poética de Atenea, la crisis del modelo cultural de Occidente, el compromiso del intelectual con la realidad, así como la de la relación entre la sangre, la poesía y el pueblo. Y es este texto en el que aflora —con casco y lanza poéticos— la nueva razón que Zambrano busca como

---

maestros Ortega y Unamuno. Por tanto, la filosofía debe ser una práctica ética como de un saber de experiencia. Por eso Zambrano gusta de aquellos filósofos que apuntaban hacia los problemas existenciales del ser humano (Platón, Séneca, San Agustín, Nietzsche, Ortega, Unamuno), renunciando a un enrevesado lenguaje filosófico por acercarse más a un lector no familiarizado en la jerga filosófica, en sintonía con el pueblo. Su compromiso social y político son prueba de ello, constituyen una dimensión esencial de su saber de experiencia, un saber que es alcanzable padeciéndolo. Véase: GÓMEZ BLESA, M., «Introducción», en *Las palabras del regreso* (2009). Véase también en apartado siguiente, epígrafe 3.6.

alternativa al fracaso estrepitoso del racionalismo, el idealismo, el positivismo y de la propia dialéctica (Moreno, 1998: 21).

En efecto, Zambrano siente la misión del intelectual para ofrecer su palabra y romper el silencio del mundo compareciendo. Lo expresa ya en el prólogo en la edición de 1977 de los *Intelectuales*, al que ya hemos realizado alguna referencia más arriba, por la palabra en cuanto verdad que germina. La razón que Zambrano ofrece como alternativa, es «llevada a la pasión, al padecimiento propios del nacimiento mismo de la luz» (Moreno, 1998: 21-22), que se opone a las formas del fascismo que impide el nacimiento de España, traición a la historia en su más claro sentido. Por eso exclama Zambrano, años después en plena conciencia del tiempo pasado, que el tiempo es histórico, que: «Esta guerra vivida merecía haber sido ganada plenamente y con ella el final de todas las guerras» (1998: 84); sentimiento de que el drama español es historia universal, en cuanto a destrucción apócrifa que se traducirá más tarde por sus víctimas en sacrificial en *Persona y democracia* (1958).

Aún en la segunda parte de *Los intelectuales* dedica Zambrano dos apartados a la «inteligencia militante» que se pudo manifestar luego de saberse el alzamiento militar contra el gobierno republicano y allí describe la reacción de los intelectuales ante los acontecimientos adversos y trágicos; su compromiso y colaboración en las revistas *El Mono Azul* y *Hora de España*. Sobre la primera hemos hecho más arriba referencia a la «razón militante» que expresa en dicho apartado de *Los intelectuales*, nada más indicar que Zambrano colabora en esta revista con el único artículo *La libertad del intelectual*, artículo que aparece en primer lugar en los escritos y notas de la guerra civil en la edición de 1998, de Moreno Sanz. En dicho artículo Zambrano hace una crítica del intelectual burgués cuya situación privilegiada le impide ver la realidad que vive el pueblo, la verdadera realidad para Zambrano. Ana Bundgaard hace una severa observación sobre la posición de Zambrano reflejada en el texto, según en el cual dice tener Zambrano una actitud «inflexible», «dogmática» y «subjetiva» y «poco matizada de la noción de libertad» (2009: 235). Veamos el texto en cuestión de *La libertad del intelectual* de Zambrano, en sus primeras líneas, más otro párrafo menor, en los que Bundgaard se hace eco de la dureza hacia el intelectual burgués por parte de nuestra autora:

El asco del intelectual —del intelectual típico— por la masa, el apartamiento de la vida y su impotencia para comunicarse con el pueblo, es un fenómeno que únicamente se entiende pensando en la situación social aun más que en la ideología del intelectual. Esta situación es la de su pertenencia a la burguesía, que la apartaba de los problemas vivos y verdaderos del pueblo y le encerraba dentro de un círculo restringido y limitado de preocupaciones, cada vez más indirectas y alejadas de la realidad, cada vez más para «minorías», previamente escogidas, donde no era posible ningún avance efectivo. [...]

Y así la libertad se convirtió en separación de la realidad, en vano ensueño quimérico de una imposible independencia. Se confundió la persona, la persona moral de donde brota la libertad, con el individuo vuelto de espaldas a la vida. Y el intelectual vino a desembocar desde el liberalismo romántico en escepticismo inhumano, trágica contradicción de una encrucijada estéril (Zambrano, 1998: 131).

Es cierto que la línea que mostraba *El Mono Azul* tendía hacia una exaltación popular, observación que también refleja Ana Bundgaard, pero subraya que «indiscriminada», y en los siguientes términos:

Una vez más el *pathos* induce a nuestra escritora a utilizar como medio de expresión un discurso cerrado y dogmático. Tenemos en cuenta que los colaboradores de *El Mono Azul*, en su mayor parte comunistas, tendían en general a la exaltación indiscriminada del «pueblo» y al voluntarismo eufórico. El tono militante y la retórica que caracteriza «La libertad del intelectual» armonizan perfectamente con la línea ideológica que tuvo esa revista en los primeros meses de la guerra civil. Es obvio que a raíz de la rebelión militar, Zambrano se distanció de la ideología republicano-socialista que había adoptado al instaurarse la República y que bajo el Gobierno del Frente Popular se decantó por la ideología de los burócratas comunistas del Ministerio de Propaganda (Bundgaard, 2009: 236).

*El Mono Azul* nació a las pocas semanas después del 18 de julio de 1936, y se presentaba como órgano de la *Alianza de Intelectuales Antifascistas para la Defensa de la Cultura*, alianza a la que perteneció Zambrano. La revista se destacaba por un alto grado de compromiso político de sus redactores, en su mayoría miembros activos del Partido Comunista. Según Trapiello el tono de la revista era sumamente más extremo que las personas que componían su consejo de redacción, y a «medida que pasaba la guerra, como también le pasó a la España republicana, su orientación se fue haciendo enteramente

filocomunista» (2010: 87).<sup>14</sup> Es significativo para nuestro análisis un párrafo de la misma obra que a continuación se muestra:

Los miembros de la Alianza y los redactores de *El Mono Azul*, conscientes de la revolución que se había desatado en España, y pensando en ella tanto como la victoria, trataron de adoctrinar a cada uno de los milicianos con textos como el que en primera página se incluía, a modo de editorial, en uno de los primeros números. «La conciencia revolucionaria», se titulaba, y empezaba: «Hay una frase de Lenin (un monumento, deberíamos decir) que puede resumirse así: “En la revolución, cada revolucionario, individualmente, es responsable de la totalidad de la revolución”». Fractales de la revolución, podríamos asegurar. O sea, cada uno es responsable de todos, pero todos asumirán lo de cada uno (Trapiello, 2010: 88).

Es cierto, pues, que *El Mono Azul*, poseía una línea editorial activa, de trinchera, pero también tenía un carácter cultural, intelectual y artístico que hay que tener en cuenta, y que se editó completamente durante y para la guerra civil española. Estando de acuerdo en la tesitura en la que apareció la revista, el artículo de Zambrano, a nuestro parecer, no nos consta de violento, ni desmerecedor hacia ninguno de los ámbitos de intelectuales, excepto si se lee literalmente. No existe un desprecio por el intelectual burgués, como consta en las palabras de Bundgaard, aunque la obra de ésta es merecedora máxima de nuestros elogios. Es clara la posición política de Zambrano, que se compromete contra el fascismo amenazador, a favor de una España viva, y con los intelectuales que, en la guerra, están a favor de la República. En el artículo de Zambrano hay una llamada de atención al desinterés de una burguesía que en España se muestra reacia a participar de los problemas verdaderos del país. Una burguesía solitaria e indolente que se muestra reñida con el intelectual, al que «siempre ha maltratado». El compromiso de Zambrano, como el de tantos que se declaraban a favor y por la defensa de lo que representaba la República, lo cumple desde su condición de intelectual, dimensión no sólo política, sino también moral (Sánchez, 2004: 139). En cuanto a su filiación comunista, hemos visto que Zambrano no

---

<sup>14</sup> Fundada por un grupo de intelectuales en Valencia en enero de 1937, el *Mono Azul* quería ser testimonio de la causa republicana. Apareció semanalmente, desde el 27 de agosto hasta febrero de 1939. Su formato de hoja periódica implicaba un amplio tipo de lectores. Se incluían artículos y ensayos diversos, generalmente crónicas o testimonios, romances, teatro español y gran número de textos narrativos. Junto a nombres de solera, como Alberti, Teresa León, Altolaguirre, hay otros jóvenes que antes de la guerra ya se dieron a conocer en el ámbito literario: Varela, Serrano Plaja, Sánchez Barbudo. Véase: MAÑÁ, G. (et. al.), *La voz de los naufragos. La narrativa republicana entre 1936 y 1939*, Madrid: Ediciones de la Torre, 1997.

ejerció militancia alguna en ninguno de los partidos, más importancia para ella era estudiar filosofía en respuesta, como se ha señalado en epígrafe 2.1. Podríamos establecer cierta simpatía en ella por los cambios sociales que parecían estar en marcha con el nacimiento de la República, cambios por los que el partido comunista se mostraba la agrupación más tenaz y por el que Zambrano, lejos de identificarse con extremismos, reconoce su valor cuando declara: «A la luz de esta visión de lo nuevo que aflora en el pueblo español, el proyecto de vida comunista cobrará su total sentido hasta hoy sólo a medias esbozado, cuando no maltratado y malentendido» (1998: 97). En definitiva, es la simpatía adquirida en Zambrano desde muy temprano por las ideas republicanas que la hace posicionarse en su defensa. Una ascendencia, en efecto, que ya adquiere en su adolescencia en la tertulia que su padre ofrecía en su propia casa en Segovia, en la que estaba presente Antonio Machado, y que recordará «como desde todo centro, algunas contradicciones se armonizaban [...] la República germinaba en ella» (Marset, 2004: 286).<sup>15</sup> Una República que se veía asediada y desesperada ante lo cual para Zambrano «la inteligencia ha de ser combatiente».

Si en *El Mono Azul* María Zambrano colabora con un artículo, las colaboraciones en *Hora de España* suponen más escritos y siguen teniendo «singular vigencia», al decir de Concha Zardoya: «conmueven nuestro “ser español” y estremecen nuestra conciencia de serlo» (1984: 81). Los artículos que aparecen en la revista, en orden cronológico publicados, según el célebre artículo de Zardoya, son los siguientes: *El español y su tradición*, núm. IV, abril 1937; *Españoles fuera de España*, núm. VII, julio 1937; *La reforma del entendimiento español*, núm. IX, septiembre de 1937; “La guerra” de Antonio Machado, núm. XII, diciembre 1937; *Un camino español: Séneca o la resignación*, núm. XVII, mayo 1938; *Un testimonio para Esprit*, núm. XVIII, junio 1938; *Poesía y revolución (El hombre y el trabajo, de Arturo Serrano Plaja)*, núm. XVIII, junio 1938; *Misericordia*, núm. XXI septiembre 1938; y *Pablo Neruda o el amor a la materia*, núm. XXIII, noviembre 1938.

*Hora de España*, cuyo lema decía «Al servicio de la causa popular», fue una revista mensual, en forma de volumen y cuidadosamente editado; al decir de Zambrano: «De esmerada tipografía, con maravillosas viñetas, decente, cuidada, su presencia conmueve

---

<sup>15</sup> Antonio Machado en carta a María Zambrano en noviembre de 1938 le hace recordar a su padre, Don Blas Zambrano, aquellas tertulias: «Dígale que, hace unas noches, soñé que nos encontrábamos otra vez en Segovia, libre de fascistas y reaccionarios, como en los buenos tiempos en que él y yo, con otros amigos, trabajábamos por la futura República» (Zambrano, 1998: 179).

y enardece» (1998: 114). En cada número se abarcaban temas diferentes de literatura, filosofía, música, pedagogía, etc. Fundada por un grupo de intelectuales en Valencia en enero de 1937, quería ser testimonio de la causa republicana, una «representación» frente al mundo de la cultura española al más alto nivel. Su línea política será la misma que la del Gobierno y el Frente Popular, pero en su ánimo distaba de ser una «publicación exaltadamente militante, proletaria ni revolucionaria» (Mañá, *et. al.*, 1997: 50). Se distingue *Hora de España* por un tono culto y comedido a fin de llegar a un mayor número de lectores y simpatizantes, hispanófilos por todo el mundo esparcidos, que recibirán una inmensa alegría al ver que «España prosigue su vida intelectual o de creación artística en medio del conflicto gigantesco en que se debate», según reza en su propósito.<sup>16</sup> En efecto, según refleja Zambrano, la revista en su propósito «se trataba de vivir íntegramente esta hora de España, de que la inteligencia reanude sus afanes» (1998: 114); y todo por lo que «un mundo no puede existir sin eso por lo que combatíamos: sin la libertad» (1998: 115).

En consecuencia, la revista resultó ser una publicación que iría más allá de la mera propaganda, pensada para el hombre, hacerlo culto ante las amenazas que lo cierran y estanca, más que para la misma guerra. En el aparecieron textos de una calidad casi insuperable y que habrían de ser fundamentales en las obras de casi todos sus colaboradores. El consejo de colaboración encontramos profesores universitarios como Dámaso Alonso y José Gaos, poetas como Alberti, León Felipe, Antonio Machado, Aleixandre, escritores como Bergamín, Max Aub, Rosa Chacel, escultores, arquitectos y algunos más no muy conocidos entonces. Siguiendo a Trapiello *Hora de España* marcaba una diferencia con respecto a otras revistas, lejos de ser una publicación sobre el conflicto suponía un afán de los intelectuales por ofrecer verdaderamente un lado humano en la vida de entonces:

A diferencia de otras publicaciones de la guerra, de una y otra parte, fue *Hora de España* un lugar en el que se podía pensar, discutir, disentir incluso. Casi se diría, un oasis en el que las leyes de la hospitalidad eran sagradas. Incluso su redacción parece compuesta por no pocos disidentes. Sorprende ver, por ejemplo, que el espacio dedicado al comentario político o de actualidad, con frecuencia en manos de Bergamín, era considerablemente menor del que la revista dedicaba a las colaboraciones de pura creación literaria, poética, ensayística o crítica (Trapiello, 2017: 219).

---

<sup>16</sup> En *Hora de España*, «Propósito», número 1, Valencia, enero 1937, 5-6.

Zambrano misma lo afirma y era consciente de la calidad que poseía la revista, una publicación que se hizo a conciencia por todos los autores que intervinieron en ella:

Los temas solamente ya muestran la autenticidad de estas inteligencias, que forman parte del pueblo al trabajar con él y por lo que él. Van apareciendo en los ensayos, en los poemas y narraciones, en las notas y conferencias que refleja, todos los puntos de reflexión y meditación que nos van a ocupar años enteros; todo un porvenir de trabajo (Zambrano, 1998: 115).

María Zambrano se haría cargo de su Comité Directivo, junto a Alberti, Quiroga Pla y Emilio Prados hacia el final de 1938. La revista llegaría a imprimirse hasta el número 23; no obstante, éste último número quedó sin salir a la luz, quedándose en las plantas de la imprenta, «enterrada viva, tras una puerta cerrada herméticamente cerrada» (Zambrano, 1998: 276), tras la caída de Cataluña, momentos en que sale nuestra autora hacia el exilio quedando atrás, entre otras cosas, la *Hora de España*. El número XXIII saldría impreso en edición facsímil al cabo de treinta y cinco largos años, por el cual Zambrano escribiera desde *La Piéce*, con firma del 24 de septiembre de 1973, su artículo inserto en la edición de *Los intelectuales* de Jesús Moreno Sanz.

Según Trapiello, las colaboraciones de María Zambrano, junto con las de Bergamín, marcaron los presupuestos teóricos del compromiso intelectual en la causa republicana, «desde puntos de vistas filosóficos y especulativos» (2017: 241). El que la filósofa veleña tuviera la experiencia aquella de las Misiones Pedagógicas, le daría a sus escritos —sigue diciendo Trapiello— un carácter castizo, entendido en un sentido unamuniano en cuanto a un sentido de pertenencia a lo español y su desciframiento. Concha Zardoya, por otra parte, en su artículo citado, hace un recorrido fiel por los escritos de guerra de Zambrano, elogiando su ágil vivacidad y su hondura de pensamiento, con un estilo rico en matices humanos, poéticos y dialécticos. Sigue su elogio en los siguientes términos:

María Zambrano escribe una prosa que ilumina intelectualmente y conmueve con sus tensiones interiores. Practica la claridad, aquella «cortesía con el lector» que preconizaba su maestro Ortega. Filosofía, poesía, novela e historia se integran en un todo coherente y significativo (Zardoya, 1984: 82).

Sin embargo, Ana Bundgaard, muestra su desacuerdo con Concha Zardoya, sin afán de restar valor a sus juicios, los escritos de Zambrano —dice— en *Hora de España* no se distinguen por un estilo poético:

Se trata más bien de manifiestos ideológicos y esquemáticos en defensa de la guerra y de la revolución que abundan en asertos categóricos procedentes del apasionado compromiso de la autora con la causa popular. Ante la retórica zambraniana de la «mística de la revolución» y en defensa de una «razón armada». Al lector no le queda más alternativa que aceptar los postulados expuestos en un discurso cerrado y militante que rechaza la posibilidad de cualquier otra verdad que no sea del enfrentamiento irreversible entre la España vital y auténtica y la España oficial de «criminales» y bárbaros» En este sentido, sería difícil decir como Zardoya que el estilo de los escritos de guerra zambranianos sea «poético» y mucho menos «dialéctico». No existe la posibilidad de diálogo con los textos de guerra de María Zambrano» (Bundgaard, 2009: 246).

Ambas luego proponen sus análisis sobre los distintos artículos que escribiera Zambrano para la revista, distantes una de la otra. Si bien Zardoya se apoya realizando un análisis en una paráfrasis fiel de sus contenidos —tal como refleja Bundgaard—, no es menor a las conclusiones que llega en cuanto que son escritos —según Zardoya—, en los que se mezclan aspectos filosóficos, históricos y literarios en una fusión con una estructura lúcida y progresiva que va relacionando conceptos sentando hipótesis en cada uno de ellos, como puede ser por el «ser de España», su historia y sus entresijos, objeto en varios de sus discursos. Posteriormente, sigue Zardoya, la fe de Zambrano «por una España progresiva que aún está por hacer», así como sus reflexiones sobre «nuestra España real y soñada en la que la vida y muerte alcanzan un hondo sentido» (1984: 94).

Por el contrario, Ana Bundgaard se apoya en otros análisis realizados por otros estudiosos, a la vez que emite sus propias conclusiones. Señala a los de Ortega Muñoz como interesantes por la interpretación que hace sobre «las dos Españas» en Zambrano;<sup>17</sup> no obstante refleja no estar de acuerdo sobre el juicio de éste quien considera los escritos de Zambrano para *Hora de España*: «una obra ágil y amena y al mismo tiempo dramática».<sup>18</sup>

---

<sup>17</sup> Se refiere a los artículos de Juan Fernando Ortega Muñoz, «Los intelectuales en el Drama de España según María Zambrano», *Litoral* II, 1983, 124-126; *Papeles para una poética del ser. María Zambrano*, 130-158.

<sup>18</sup> Citado en: Bundgaard (2009: 247).



Prosigue, Bundgaard, sus comentarios bibliográficos sobre la obra de Zambrano según otros autores, para finalizar en las suyas propias, juiciosas, extensas y profundas; siempre desde un punto de vista crítico en el que sobresale la extrema militancia radical de nuestra autora veleña, desde un fuerte «sentimiento patriótico» —que bien puede identificarse con cualquiera de los dos bandos—, prima la identificación plena con el pueblo como «sujeto de la revolución» y único defensor de la «integridad de la vida humana» contra «la barbarie fascista» (2009: 250). Bundgaard cierra su análisis de estos escritos de Zambrano de forma tajante:

El apasionamiento y espíritu militante con el que Zambrano defiende sus opiniones y creencias en los escritos de la guerra, sean de tema político, cultural o filosófico, no tienen parangón en cuanto a radicalidad (Bundgaard, 2009: 270).

A nuestro parecer, Bundgaard parece olvidar en su estudio, en parte encomiable y de una gran dimensión, de que precisamente para Zambrano el «pueblo» es el «agredido», por el que adquiere su compromiso intelectual del que serán muestras los artículos de *Hora de España*, ejemplos a seguir contra aquellos liberales que prefirieron una neutra posición, cuando no de claro posicionamiento sin compromiso alguno, como es el caso del doctor Marañón. Además, habría que añadir que el acoso a la República era casi determinante una vez instalado el gobierno en Valencia, para trasladarse posteriormente en Barcelona, momentos difíciles bajo presión por la posible pérdida ante la guerra, si no era motivo aún de considerarse, era una amenaza diaria en el horizonte. Precisamente, es Antolín Sánchez Cuervo quien mejor expresa esos momentos para una difícil conceptualización a la hora de valorar la labor de unos textos escritos bajo esas condiciones, las mismas en las que Zambrano se vio obligada a realizarlos. Para este autor, en su presentación en las *Obras Completas* y al referirse a estos escritos, en general para todo el volumen de *Los intelectuales* de María Zambrano, son las «coordenadas cronológicas y geográficas que les confieren una particular relevancia» y por las que se hace difícil su justa valoración. Lo dice de la forma siguiente, a fin de servirnos de apoyo:

Precisamente porque se trata de una obra escrita bajo la presión de la guerra, se ha tendido quizá a prejuzgarla o sospechar de ella sin leerla despacio y sobrevalorando su carácter militante y en algunos momentos propagandísticos (OO.CC., I: 115).

Coincidimos con lo reflejado arriba por este autor, que más adelante puntualiza lo siguiente en el mismo texto:

Se trata de una escritura del límite, fronteriza entre una etapa que se cierra y otra que se abre, entre una derrota y la esperanza; una escritura en la que se culmina toda una década de pensamiento y de acción, de compromiso republicano y de creación filosófica. (OO.CC., I: 116).

En efecto, desde luego que aquí estamos de acuerdo en absoluto con Antolín Sánchez Cuervo en su valoración. Los escritos de Zambrano sobre la guerra civil suponen su inicial madurez que más que cerrar, abre una etapa que será la de las primeras formulaciones explícitas de su *razón poética*, sobre todo en su escrito “La guerra” de Antonio Machado, publicado en diciembre de 1937, en el cual claramente Zambrano propone esa simiente nueva en su pensamiento y escritura, mediante la figura del poeta andaluz encuentra que la poesía se somete a la razón, que la lleva implícita; es decir, «no cree en la posibilidad de una poesía fuera de razón o contra la razón, fuera de ley» (1998: 174). Ese razonamiento lo hace leyendo a Machado, para quien la poesía es conciencia según ella, «razón, de moral, de ley». Es más, Zambrano se remonta más atrás en la historia de la filosofía para encontrar paralelismos:

Los primeros pensadores filosóficos son a la par poéticos; en poemas se vierten los transparentes pensamientos de Parménides, de Pitágoras; de poetas y filósofos son al mismo tiempo los descubridores de la razón en Grecia (Zambrano, 1998: 175).

No podemos hacer aquí por extensión análisis de todos los escritos de la guerra, nuestra intención es presentar un trabajo introductorio que nos ayude a entrar en la figura de esta pensadora, figura indiscutible en el pensamiento nuestro español. No obstante, puntualizamos en ellos, que no se trata de encontrar lucha armada, ni tampoco acción radical. Su posición es ante una guerra a la que se subleva mediante una nueva razón con la que intenta superar aquella otra «razón vital» orteguiana a la que opone el concepto de amor e intuición que haga posible su trascendencia. Esta razón, pues, nace en una guerra que consume a un «pueblo», un país, España; nace en pleno conflicto humano, la busca,

la piensa, la reflexiona, a fin de encontrar una respuesta, no sólo para España, sino para Europa donde en primer lugar amenaza el fantasma del fascismo al que Zambrano trata de explicar su violencia como proceso histórico, violencia que tiene como colofón letal en el idealismo. Será desde la «razón poética», y sus primeras formulaciones en este contexto, que pueda combatirlo intelectualmente, dando lugar a una forma heterodoxa de pensar como respuesta. Nuevo ciclo, pues, que se abre, giro completo y abierto en el pensamiento espiral de Zambrano, al decir de Moreno Sanz (1998: 30). Cierra y abre ese nuevo ciclo su *San Juan de la Cruz (De la «noche oscura» a la más clara mística)*, aparecido en *Sur* en diciembre de 1939, después de la guerra, cuando Zambrano ya ha iniciado su exilio que veremos en la segunda parte del presente trabajo; pero ella misma lo quiso incluir en la edición de 1977 de *Los intelectuales*. En el mismo, Zambrano, alcanza abiertamente la «razón poética» como medio del filosofar en su pensamiento, a cuenta de la relevancia de la mística, dejando atrás cualquier vinculación con la acción violenta, a la que jamás por otra parte nombró como acción o fin. En dicho artículo podemos leer de su pluma sentencias para un nuevo ciclo, como que «la poesía nace, como el conocimiento, de la “admiración”, mas no de la violencia» (1998: 272). *Poesía y filosofía* está ya en el germen en su *San Juan de la Cruz*:

Y, así, la unidad con que sueña el filósofo solamente se da en la poesía. La poesía es *todo*; el pensar escinde a la persona, mientras el poeta es siempre *uno*. De ahí la angustia indecible y de ahí también la fuerza, la *legitimidad* de la poesía (Zambrano, 1998: 272).

Aunque su compromiso político, visto hasta ahora, irá apaciguándose, si bien llega hasta *Persona y democracia*, aparecida en 1958, no se erradicará en Zambrano nunca, pues toda su obra recoge esa inquietud misma ya desde su inicial obra *Horizonte y liberalismo* de 1930. No es casual que *Los intelectuales* tuviera una nueva edición en 1977, ya en plena democracia española tras la transición, con el nuevo prólogo que ofreciera nuestra autora para la ocasión escrito en su refugio de *La Pièce*.

En resumen, un período en el que María Zambrano se vuelca íntegramente en la defensa de la República, sin duda alguna desde una posición democrática y popular (Moreno, 1996). Damos apoyo a la idea de que lo que defendía Zambrano es una defensa por la vida, así mismo la posibilidad de que España se hiciera así misma, en contra de una

militancia combatiente de fervor patriótico ultramontano y sin sentido. Para terminar estas cuestiones aún nos interesa por su interés su relación con Ortega en esos años y el ulterior 1936, para ello conviene tener presente las tres cartas que dirige entre 1930 y 1932, publicadas en el volumen de Ricardo Tejada (2011), que utilizaremos como principal fuente, junto con la amplia y profusa introducción de Moreno Sanz (1996) a *Horizonte y liberalismo* para Morata, sumando además el mismo libro de Ana Bundgaard (2009), en el cual hace una breve pero interesantísima incursión aportando datos que nos será de interés para nuestro trabajo.

## 2.5. Tres cartas a Ortega y Gasset

No vamos a entrar en este apartado en profundidad, sino más bien de forma somera intentaremos dar contexto a una relación que se dio de maestro a discípula en este caso, a fin de dar comprensión a las respuestas de Zambrano en las tres cartas que escribiera a Ortega y Gasset. Para un estudio más profundo se dispone del libro de Ricardo Tejada (2011), donde además de ofrecer todos los trabajos que dedicara María Zambrano a su maestro —artículos, manuscritos y cartas enviadas por ella— disponemos de su estudio introductorio a dichos escritos, dando cabida a la relación entre ambos, problemas y cuestiones filosóficas de Ortega y Zambrano, junto a una presentación de sus vidas que dan una claridad a la problemática de la relación que mantuviera Zambrano hacia su maestro.

Precisamente, comenzaremos por tomar de prestado algunas consideraciones del libro de Tejada como preámbulo, por parecernos oportunas a fin de contextualizar las tres cartas que dirige Zambrano a Ortega, a las que posteriormente haremos mención. En efecto, para dicho autor, ambos tuvieron un comportamiento bien dispar. Veamos, mientras Ortega huyó del conflicto civil en el verano del 1936, sin manifestarse claramente por uno u otro bando, aunque «los pocos textos y gestos que hizo no fueron nunca a favor del bando republicano» (2011: 12). Por el contrario, tal y como hemos visto, Zambrano regresó a España desde Chile en 1937, para tomar partido en la guerra, que supuestamente estaba perdida. Y, en contra de su maestro, todos los textos se refieren de alguna u otra manera, a una política y «mística» a favor del pueblo republicano. Ambos, pues, poseen diferentes visiones políticas; y, al mismo tiempo, representan dos consecuencias distintas posteriores a la guerra civil, de estar presentes en el tiempo: mientras que María

Zambrano acaba en el exilio republicano de 1939, la presencia de Ortega queda algo desdibujada a su regreso a España en 1945.<sup>19</sup>

A la vez, tres puntos clave señala Ricardo Tejada que a su parecer pueden favorecer el análisis. En primer lugar, el espacio universitario, que en ningún momento se presentó como un espacio de debate o «de una simple interacción entre ambos pensamientos» (2011: 12). Ni para Ortega, a quien se le estuvo vetado en la Universidad española tras la guerra civil, ni para Zambrano, que no pudo tomar posesión en ninguna de las universidades de forma regular en las que tuvo contacto (Morelia, Ríos Piedras, La Habana). En segundo lugar, el trabajo filosófico, en el que tuvieron un compromiso intelectual por lo social y político con las circunstancias del país. Ortega desde la primera década del siglo hasta 1932-1933, Zambrano desde 1928 hasta 1932; aunque el compromiso de ésta abarca hasta 1958, tal y como hemos señalado hacia el final del anterior epígrafe 2.4. En tercer y último lugar, los dos vivieron posteriormente en Españas distintas: Ortega en una «España oficial» franquista; y, en el exilio, la conocida por «España peregrina», María Zambrano.<sup>20</sup> A todas estas observaciones, nosotros sumamos el incompleto conocimiento político que poseemos de Ortega, si no incompleto, fragmentado entre toda su obra. Mientras que el de Zambrano es perfectamente ya conocido por nosotros. En un estudio de Javier Fernández Lalcona el problema de abarcar este conocimiento sobre Ortega lo presentaba de este modo:

Su obra literaria y filosófica fue divulgada en su mayor parte, su obra política esencial fue ignorada hasta hace un corto período de tiempo. La imagen, pues, de Ortega ha sido hasta el presente incompleta y fragmentaria desde el punto de vista de sus ideas políticas y de su concepción de la historia social española (Lalcona, 1974: 10).

---

<sup>19</sup> Aquí nos remitimos al artículo de Antolín Sánchez Cuervo (2017), «Dos interpretaciones del fascismo: Ortega y Gasset y María Zambrano». Según en el cual se plantea la interpretación del fascismo en Ortega y Zambrano. Ambos poseen distintas concepciones respectivas del liberalismo; y, en consecuencia, de la racionalidad política. Para Ortega, el fascismo es una concreción de la «rebelión de las masas», que se hace agresiva hacia la cultura e instituciones liberales. Para Zambrano supone un regreso al «mito» como desenlace de la Modernidad. En cuanto al regreso de Ortega a España, no se le perdonará su pasado liberal y veleidades republicanas, su figura quedará siempre desdibujada incluso tras su muerte en 1955. Sin embargo, Zambrano, de vida mucho más longeva, proseguirá con una obra en y por el exilio, de reconocido prestigio hacia el final de su carrera tras la concesión del Premio Cervantes en 1988.

<sup>20</sup> Según Ricardo Tejada (2011), no es nada fácil comparar ambos exilios. Zambrano negaba para Ortega exilio alguno, lo expresa en una de las cartas a Agustín Andreu: «Exiliado es lo que tú no puedes ser. Ortega tampoco y no sólo como defensa lo he procurado decir en el artículo en italiano». Véase: *Cartas de la Pièce* [correspondencia con Agustín Andreu], ed. Agustín Andreu, Valencia: Pre-Textos, 2002, 59.

Más adelante, en misma página, la dificultad para un riguroso análisis lo manifiesta de este modo:

El análisis del pensamiento político de Ortega entraña grandes dificultades. La filosofía, la ética, el método histórico, la psicología, la filosofía de la historia y la teoría política de Ortega permanecen entrelazadas, unidas por innumerables lazos que obligan a tratar cada una de estas aportaciones como un todo, en donde es impracticable el estudio analítico por temas, sin hacer una constante alusión al conglomerado de ideas que componen el mosaico del pensamiento de Ortega y Gasset (Lalcona, 1974: 10).

Hacer comparaciones en este aspecto del pensamiento político entre ambos se antoja, pues, dificultoso al menos desde un inicio por parte del lado de Ortega. Juan Mari-chal recalca de éste la entrega meditada al problema político nacional, recuerda que sus artículos políticos suman más de mil páginas: si a estos escritos se añaden otros textos de carácter político, agrupados en sus *Obras Completas*, se aproximan a un millón de palabras (1995: 216). Dato estadístico que revela la ingente tarea para el investigador. De lo que no cabe ninguna duda, es la admiración que profesaba Zambrano a su maestro reflejada en numerosos artículos, manuscritos y las tres cartas escritas, que recoge en su mayoría Ricardo Tejada en su volumen. Además de esto, la clara influencia que ejerciera la obra de Ortega y Gasset sobre Zambrano es notoria para muchos autores, una influencia que la hace reflexionar y orientar en sus inicios filosóficos, de la «razón vital» orteguiana hasta su más personal «razón poética», que aspira a ser universal y que desarrolla a cierta distancia del pensar orteguiano, que no opuesto ni contrario, sino como resultado de un pensar mismo, pero que puede hacernos pensar que sin Ortega no hubiera sido posible la «razón poética» zambrana (Pino, 2012). Ella misma lo afirma en la nota a la edición de 1987 en *Hacia un saber del alma*: «Aunque haya recorrido mi pensamiento lugares donde el de Ortega y Gasset no aceptaba a entrar, yo me considero su discípula», además de tener *Meditaciones del Quijote* como libro «auroral», para ella definitivo.

Después de este preámbulo, pinceladas breves sobre lo que es característico en ambas figuras, podemos ir al género epistolar, en concreto a las tres cartas que ahora comentaremos, donde se pone de manifiesto, más que en otro lugar, las auténticas divergencias que muestra Zambrano sobre su maestro, así como sus sentimientos encontrados, muestran al mismo tiempo claves para comprender el compromiso político que venimos comentando hasta ahora en Zambrano. Hay que añadir, en primer lugar, que Ortega no

contestó a ninguna de ellas, por lo que quedamos sin poder valorar sus respuestas posibles, aunque podremos observar algunas consideraciones, a fin de tenerlas en cuenta.

La primera de ellas está fechada el 11 de febrero de 1930, las otras, aunque sin fecha, hacen referencia a acontecimientos que permiten contextualizarlas adecuadamente. Vayamos a la primera de ellas. Parece ser una «carta abierta», por no decir un «manifiesto», al decir de Moreno Sanz (1996: 121), e indica en un primer momento lo que para un «círculo de juventud española» representa la figura misma de Ortega y Gasset para la cultura. En cualquier caso, es todo un manifiesto del pensar político de Zambrano, en respuesta crítica a un artículo de Ortega titulado «Organización de la decencia nacional», publicado en *El Sol* el 5 de febrero. Para estos jóvenes, miembros de la Liga de Educación Social organizados en la FUE, a la que ya hemos mencionado en epígrafe 2.1.,<sup>21</sup> se sienten decepcionados ante la indefinida posición y actitud igualmente imparcial del maestro, figura ejemplarizante para ellos, frente a un hecho que se hace necesario actuar por el derrocamiento de la Monarquía y por el favor hacia la República: «Naturalmente que no se le ocultará a usted cuál es la primera exigencia ineludible en la dignificación y nacionalización española: el advenimiento del régimen republicano»; y, a continuación, con respecto al régimen monárquico es claro también su pensar político: «Un rey constitucional es un contrasentido; solo como lujo se le puede tolerar, siempre que no estorbe, pero ya sabemos que no es éste el caso de nuestra España» (Zambrano, 2011a: 212).

En esta primera carta, ya se siente la discípula lejos del sentir político de su maestro en su pensar y actuar político (Moreno, 1996), sobre todo sobre el motor de la historia que apunta a una sola dirección según Zambrano:

La vida política no es sólo conjunto de problemas, sino lucha de fuerzas, y como vida, dinamismo, ante todo; y este momento es el del derrumbamiento total y absoluto del régimen monárquico. El obrar en dirección contraria será detener la historia; el no obrar, pasar tangente a ella; ayudar, como sea, a derrumbarla será sólo estar dentro de la historia (Zambrano, 2011a: 212).

Además de estas advertencias intelectuales, se siente dolida por su admirado maestro, incluso se atreve a señalarle no saber estar a la «altura de las circunstancias»:

---

<sup>21</sup> Véase también: Anexo 1. Breve cronología (1928-1939), en la parte final.

De usted que es de las pocas conciencias históricas de esta «invertebrada España», me duele en lo más profundo su tangencia en este momento. Y no deja de ser sintomático que el artículo en cuestión no esté a su habitual altura: hasta el punto de que nunca se le hubiera adjudicado, de no ir con firma (Zambrano, 2011a: 213).

Zambrano incluso tiene la valentía —o la osadía— de imponerle un mandato a toda una figura como Ortega y Gasset: «Debe y puede usted hacer más, señor Ortega y Gasset; su misión con España está más allá» (2011a: 213). La discípula aquí, de sólo 26 años, se dirige de forma correctiva a su maestro a que cumpla con su ineludible deber. Para apaciguar tal vez sus ánimos, le señala su indudable reconocimiento a su labor intelectual, como «supremo valor de cultura». Según Moreno Sanz, la carta suscita una cuestión no menos importante, y es la búsqueda de Zambrano de «influir», como refleja esta carta, en Ortega, servirla de lanzadera, de alguna manera, a un «impulso renovador, cuando constató en él cierto estancamiento» (1996: 121). Un cierto «ensimismamiento» en el maestro que debía romperse, finalizar. Si eso fue así —dice Moreno Sanz—, da fe la relación con el artículo de Ortega aparecido en *El Sol* el 3 de noviembre de 1930: «El error Berenguer», con su sentencia *Delenda est Monarchia*, abriendo así la investigación:

Leyendo con paciencia y minuciosamente, lupa semántica y semiótica en mano, tras hacer lo propio con la carta de M. Z., se verá que no es exagerado decir que aquel artículo es una respuesta —casi personal— a la discípula, la única que Ortega es capaz de darle a M. Z. en un intento de colocarle a la “altura de las circunstancias”, de su tiempo, de su propia autenticidad (Moreno, 1996: 122).

Queda abierta tal línea de investigación que nos señala Moreno Sanz, que cierra su reflexión con una apuesta indicadora de ese estímulo que ejerció —según él— la carta de la filósofa andaluza hacia Ortega que parece responder a toda la carta de Zambrano, y que Moreno Sanz señala la frase nuclear que sirve como apoyo a su afirmación: «Cualquier política que ahora no intente, al menos, derrumbar a la monarquía, tendrá en la historia la significación de haber sido un puntal, un arbotante, en el momento justo en que iba a derrumbarse».<sup>22</sup>

---

<sup>22</sup> ORTEGA Y GASSET, J. *El Sol*, 15 de noviembre, 1930, página 1.



En cualquier caso, estamos de acuerdo con Moreno Sanz, en cuanto que habrá que investigarse con pormenor la relación de uno y otra hasta el año 1936. Sirve para tal motivación que en julio de ese mismo año Zambrano fuera capaz de que Ortega firmase el manifiesto de la *Alianza de Intelectuales Antifascistas*. Zambrano se refiere a la *Alianza* en su artículo del mismo nombre,<sup>23</sup> por la que comenzaron en Madrid las reuniones de un grupo de intelectuales para constituir ante las trágicas circunstancias la agrupación:

Con la velocidad que los momentos requerían, todo hubo de improvisarse. El manifiesto que pensábamos dar como acta de nacimiento y declaración de nuestro espíritu hubo de juntarse con el que las nuevas y trágicas circunstancias demandaban. Y éste fue el primer acto con el que la «Alianza» entró en vida, ya plenamente dentro de la lucha activa contra el fascismo (Zambrano, 1998: 149).

Según parece, para algunos, Ortega fue obligado a adherirse al manifiesto y estamparlo con su firma. En *Las armas y las letras*, Andrés Trapiello, le dedica varias páginas al asunto, que de forma breve lo presentamos seguidamente: con el manifiesto en mano —con Zambrano a la cabeza—, fue una comisión de la Alianza a ver a Ortega, a fin de que lo firmara. Sabemos que en julio de 1936, Ortega, visiblemente enfermo, se había refugiado en la Residencia de Estudiantes por seguridad. Ortega que había escrito su *Delenda est Monarchia*, recibió con recelo a los aliancistas intelectuales que venían a rogarle su adhesión. Ortega, según propio testimonio, se negó en un primer momento a poner su firma en el documento, pero terminó accediendo ante «la cólera de los asociados» (2017: 90 y ss). Su nombre apareció en *Abc* el 31 de julio de 1936, en nota de adhesión a la República, junto a Machado, Juan Ramón Jiménez, Pérez de Ayala, Menéndez Pidal, y otros. Le pidieron también que hablara en la Radio, pero Ortega, que ya había ofrecido su firma, se negó tajantemente.

Hay distintas versiones sobre este encuentro en la Residencia de Estudiantes. Trapiello sigue diciendo, más adelante, que por Madrid circuló el nombre de Zambrano «que presuntamente había desenfundado una pistola, obligando al filósofo a estampar su firma en el documento» (2017: 96). Lo contradice el testimonio de Soledad Ortega, hija del

---

<sup>23</sup> El artículo fue publicado en *Un año de labor cultural de la República Española, julio 1936-julio 1937*, publicado en la revista valenciana *Tierra Firme*. Posteriormente, Jesús Moreno Sanz lo incorporó en su edición de *Los intelectuales en el drama de España y escritos de la guerra civil* (1998).

filósofo, quien aseguró —al mismo Andrés Trapiello— que su padre no recibió amenaza alguna, porque fue ella misma quien pactase la firma de Don José con los aliancistas.

Puede que lo de la pistola fuera un puro simbolismo; no nos consta que ésta fuera armada en aquellos tiempos, aunque éstos fueran agitados y peligrosos. Moreno Sanz señala un comentario de A. Duque quien asegura, entre otras cosas, que «María Zambrano, evidentemente, no obligó a Ortega a firmar “bajo las más graves amenazas”. [...] Zambrano se limitó a pedirle al doliente Don José que, con entera libertad, firmara aquel manifiesto» (Moreno, 1996: 123).

En cualquier caso, en respuesta Ortega escribió su célebre «Epílogo para ingleses», artículo sobre el pacifismo británico en *La rebelión de las masas*, y dice así en uno de sus párrafos: «Mientras en Madrid los comunistas y sus afines, obligaban, bajo las más graves amenazas, a escritores y profesores a firmar manifiestos, a hablar por radio, etc». La escisión estaba ya servida entre maestro y discípula, y la relación entre ambos quedará prácticamente inexistente ya desde 1936. Quizá la última palabra que le dirige Zambrano a Ortega es la que refleja en carta a Rosa Chacel refiriéndose a él: «Ortega, a quien he enviado una palabra, una sola, que no sé si entenderá, pues es muy clara. ¿Tú no lo ves? ¿No os habéis peleado y reconciliado? Yo no podría con él, ni lo uno ni lo otro» (1998: 211). Parece ser que en esa ocasión tampoco recibiera respuesta alguna.

A todo lo anterior comentado, Ana Bundgaard es de una opinión contraria en lo referente a una posible influencia que haya podido tener en Ortega la *Carta* de Zambrano a la hora de escribir la famosa frase «*Delenda est Monarchia*», como broche final en su artículo ya mencionado. En opinión de esta autora, Ortega en la decisión de apoyar al régimen republicano sólo fue decisivo un sentimiento colectivo y solidario y de entusiasmo impuesto desde fuera al pueblo español, como si de un destino se tratara (1996: 161). Para apoyar su tesis, reproduce una reflexión de Ortega en uno de sus artículos posteriores recogidos en sus *Obras Completas*, y parte de él dice así:

La República surgió con la sencillez, plenitud e indeliberación con que se producen los fenómenos biológicos, con que en mayo brotan las hojas por las ramas del olmo y engorda la espiga sobre la caña. La ingenuidad de estas imágenes geórgicas no es inoportuna, porque un pueblo tan campesino como el español suele moverse en la historia movido por un instinto vegetal (Ortega, XI: 532).

Sencillamente, el progreso mismo es generador de los avances, tanto en la naturaleza, como en los aconteceres humanos. Lejos del pensamiento de Zambrano, si recordamos, en el que la historia hay que construirla como exigencia, por la dignidad moral del hombre; obrar en sentido contrario, o dejarse llevar por los propios acontecimientos, es detener la historia, que es progreso. Ana Bundgaard realiza una valoración de la distancia que hay en ambos políticamente, y explica esto el distanciamiento de Ortega con respecto a su discípula. Mientras que para Zambrano la urgencia de los hechos le exigía un compromiso «revolucionario», la de Ortega obedecía más bien a una actitud «aristocrática conservadora» (Bundgaard, 2009: 159). Ya hemos declarado más arriba la dificultad de poder arrojar luz sobre el pensamiento político orteguiano. Parece claro, y siguiendo a lo que dice Bundgaard, que las posiciones en ambos eran bien distintas. Desde luego que apoyamos también esta visión final, y le damos apoyo desde un artículo de José Carlos Rodríguez Álvarez al respecto, para quien esa diferencia generacional ya está implícita por parte de Zambrano cuando ésta así lo considera ya en su *Carta*:

No se puede crear historia sintiéndose por encima de ella, desde el mirador de la razón; sólo quien está por debajo de la historia puede ser un día su agente creador y en ello creo yo nos diferenciamos los que de esta generación de la de usted si es que vamos a ser algo, que a veces lo dudo, en que nuestra alegría está en sentirnos instrumento y sólo aspiramos a tener una misión dentro de algo que nos envuelve: el momento histórico. (Zambrano, 2011a: 212).

Para Rodríguez Álvarez, además, esa diferencia es la mera distancia de generación de Ortega y la de los jóvenes que sienten la misión como histórica, y esa misión jamás puede ser conservadora, abrigando el pasado. Según este autor, Ortega sigue el panorama desde su observatorio, lugar de serenidad y posición segura (Rodríguez, 2012). Ya hemos hecho mención al comienzo de este epígrafe a las claves que Ricardo Tejada refleja en su libro para significar las diferencias entre ambos; recodar nada más, a fin de finalizar este comentario y dar apoyo a lo dicho aquí finalmente, la clave de una de ellas, la diferencia del compromiso político en el tiempo en Ortega y Zambrano: donde empieza uno, desde la primera década hasta 1932-1933; comienza la otra, de 1928 y hasta 1958.

En cuanto a la segunda carta fechada nueve meses después, el 3 de noviembre de 1930, es bien diferente a la primera, pues en ella carece de aquel mordiente, exigencia e ímpetu mandatario que ya hemos analizado. El motivo es la redacción de una nota

publicada en *El Socialista* por Pablo A. Cobos, que reseña el libro recién publicado por Zambrano: *Horizonte del liberalismo*. En ella se muestra dolorida por la supuesta manipulación que hace este autor en dicho artículo, y hace gala tanto de su malestar como el reconocimiento del magisterio de Ortega, así como su lealtad para con el maestro. De carácter sincera, la carta, parece algo medrosa y justificada. Zambrano esta vez sacrifica su «autenticidad» por una «lealtad». Siguiendo a Moreno Sanz, una carta contradictoria, lamentable en cuanto que la autora parece ir contra sí misma y contra la lucidez mostrada anteriormente en la primera carta (1996: 128). No quiere en momento alguno sentirse frente o obstáculo ante el maestro, lo que parece ser que refleja Cobos en el artículo:

Dice que me he colocado frente a usted, porque he publicado un folleto donde intento dibujar el panorama político actual, es decir, donde no hago política —en sentido directo— sino mirar hacia ella, (cosa que, por lo demás, me sea lo único posible). Y da la coincidencia de ser esta cosa que usted ha ejercitado entre sus múltiples tareas, a lo largo de su vida y de su obra (Zambrano, 2011a: 215).

Lo que es verdadero sentir doliente en Zambrano es esa colocación de «frente» a su maestro. Mientras que la comparen con él, es muestra de gratitud:

Además, es muy curioso que muchas personas que me han leído hayan creído encontrar un gran influjo de su pensamiento en mis líneas. Fenómeno que, de ser cierto, me honraría grandemente y tendría fácil explicación (Zambrano, 2011a: 215).

Y en efecto, ese «frente» es toda una declaración de su temor a perder su discípulo, encontrarse de repente en posición de una guerrillera radical que expresa hacia el final de la carta:

Me duele la publicación de este artículo; me duele ese papel guerrillero que se me adjudica «frente» a usted; me duele que se pueda mojar la pluma en el resentimiento: que haya tanto error, tanta ligereza. Todo esto es muy triste (Zambrano, 2011a: 215).

Sorprende este contraste con la anterior, escrita nueve meses antes, en la que parece renunciar a sí misma, a perder de vista «intelectualmente» la presencia del maestro, con estas sus últimas palabras de despedida: «Pero aún me dolería más que en ésta no me

viera usted en toda mi transparencia». Parecen pesar aquellas palabras de Ortega: Mientras en Madrid los comunistas y sus afines obligaban, bajo las más graves amenazas, a escritores y profesores a firmar manifiestos». En suma, parece una rendición el de Zambrano; más que una carta, es un alegato justificativo, provocado por el miedo ante una postura determinante de Ortega que desde su posición «aristocrático conservadora» estime inoportuna la suya, sea «frente» o «contra» suya (Moreno, OO.CC., I: 35).

Pero a fin de dar claridad a esta segunda carta, se hace necesario ofrecer algunas pinceladas sobre la obra en cuestión, *Horizonte y liberalismo*, por la cual Pablo A. Cobos publicó su crítica. Para ello disponemos de una aportación valiosa de Sánchez-Gey, quien para una comprensión de esta temprana obra de Zambrano la sitúa desde estas cartas dirigidas a Ortega de 1930 a 1932.<sup>24</sup> En efecto, esta autora sostiene que para una buena comprensión de esta obra de Zambrano habría que contextualizarla desde estas cartas, donde defiende la república al ser la voz del pueblo, único agente de la historia capaz de una convivencia universal (Sánchez-Gey, 2004: 158). En este su primer libro, Zambrano cita a Ortega tanto en *La deshumanización del arte* (1925) como en *La rebelión de las masas* (1930). A nuestro parecer, hay cierta influencia retórica de Ortega en el libro de Zambrano. Sin embargo, difiere en su preocupación acerca de España y Europa, pues ante la amenaza y dominio que ejercen los fascismos y totalitarismos, la inhibición del intelectual se torna sospechosa y otro mal añadido. En consecuencia, la voz del pueblo queda aislada, y su dolor al margen vivido. Hemos subrayado más atrás la preocupación de Zambrano por el compromiso político, y como pensamiento y vida están estrechamente relacionados en su obra. En esta obra aclara desde un primer momento ya su intención:

Se trata de un pensamiento muy espontáneo, nacido ante la angustia de los grandes problemas que insistentemente llamaban a mi sensibilidad y de los que mi atención no ha podido, ni podrá en mucho tiempo libertarse (Zambrano, 1996: 199).

Y para dar respuesta a esa inquietud que siente tempranamente, piensa la política, la ética y la religión como propuestas para un mundo mejor que aún se hace necesario construir. Para eso se requiere un fuerte compromiso intelectual y político que Zambrano —hemos visto— va a demostrar. La escritura, pues, se propone desde un sentimiento

---

<sup>24</sup> Estas reflexiones las recoge Juana Sánchez-Gey en Mesa Redonda sobre *Horizonte y liberalismo*, en el *Congreso Internacional del Centenario de María Zambrano*, celebrado en Madrid. 2004. Véase bibliografía al final.

inconformista, si no transgresor, propio de una joven de 25 años, pero que demuestra ya sabiduría. Es interesante saber que el libro está dedicado a su padre, Don Blas Zambrano, quien es el primero en ensañarle a mirar: «del mirar de verdad; del mirar que es vida» (Zambrano, 1989: 25). Como señala Sánchez-Gey, estos temas están reflejados en estas *Cartas*; que junto a *Delirio y destino* son exponentes de una dura crítica hacia la intelectualidad española. Se hace preciso seguir con lo comentado en parte por esta autora, y que exponemos a continuación, pues servirá de apoyo a lo que venimos diciendo:

La violencia supone dominio, pero dominio impersonal, donde el poder se ejerce con un autoritarismo que no es autoridad que ejerce un maestro. Si el intelectual “la voz que rompe la mudez” supiera ser maestro, entonces el liberalismo comportaría progreso. Desde esta preocupación se comprende la militancia de Zambrano en favor de la república (Sánchez-Gey, 2004: 158).

La tercera carta está fechada el 28 de mayo, sin indicar el año. Al hacer referencia a la intervención de Ortega en el Parlamento sobre el Estatuto de Cataluña, el cual tuvo lugar el 13 de mayo de 1932, hace suponer que la carta sería redactada pocos días posteriores a dicha intervención parlamentaria. Además, está escrita en unos momentos más confusos y contradictorios de su vida (ver Anexo 1). En esta carta pone de manifiesto en primer lugar que su posición no es de «frente», sino «en» y «ante», posición que justifica, por necesidad en su vida, en colocarse en referencia a Ortega, siempre «hacia su persona»; a quien se dirige esta vez de forma confesional, en busca de sentido por estar viviendo «días de angustia» por observar un «repliegue de la juventud». Se hace eco de una juventud desinteresada, que se «movió, hasta ahora, por impulsos de meta, quizá, equivocada». Son momentos de frustración en amplios sectores, no sólo en la juventud, sino en gran parte de la burguesía que apoyaron la República y ahora comienzan a ver los efectos contradictorios de la crisis económica y una falta de clarificación social, así como los pasos dubitativos y contradictorios del gobierno republicano (Moreno, OO.CC., I: 37). Zambrano, pues, le indica que ha habido cambios sustanciales en su vida personal, como en la de los miembros de su generación y en la situación de España, a la que presiente abandonada:

Fuimos ansiosamente a destruir, pensando que habíamos de construir luego, que habíamos de hacer nuestra España una España nuestra. No hemos construido; las cosas

quedaron lejos; las voces de los que construyen suenan tan lejos y tan extrañas que nos parece estar viviendo en un país abandonado (Zambrano, 2011a: 217).

Según Jesús Moreno Sanz, Zambrano está dando pie a Ortega para otro de sus escritos: «La juventud, desconectada de la República», que aparecerá en *El Sol* en julio, después de un mes de la carta (Moreno, 1996: 133), por lo que la influencia de esta carta en dicho artículo —según Moreno Sanz—, es clarísima. Zambrano dibuja una juventud en total retirada, un abandono de causa, que le sirve en bandeja a Ortega su percepción: «Hemos perdido la fe y algo más: la solidaridad. Hay, como casi siempre que existe un repliegue, una desbandada» (Zambrano, 2011a: 217).

La situación de la República en la primera mitad de 1932 era de cierta incertidumbre. La necesidad de una reforma era necesaria aún, pese a las promesas republicanas. La respuesta de los terratenientes contra tal reforma era la paralización en el campo. Otra fuente de oposición a la República, era precisamente el Estatuto de Autonomía para Cataluña, que los ámbitos conservadores lo consideraba un ataque a la unidad nacional (Preston, 2017). De una acción de entusiasmo de los jóvenes por el advenimiento de la República, se ha transformado en un estado de pasivo sufrir (Bundgaard, 2009), con su pérdida de solidaridad a la que Zambrano hace alusión. Por tanto, la coyuntura histórica y política ahora es distinta a la de 1930. Ortega ha insistido mediante intervenciones y artículos periodísticos la cuestión política urgente de crear un nuevo Estado, tarea aún pendiente, en su línea ideológica que refleja *España invertida*. En la cuestión catalana lo presenta, en su intervención parlamentaria, como el particularismo regionalista como consecuencia de la desmembración del Estado, pues «un Estado en decadencia fomenta el nacionalismo: un Estado en buena ventura los desnuda y los reabsorbe» (Lalcona, 1974: 266). Para Ortega el problema catalán es de difícil solución, es más un problema que se ha de conllevar, haciendo alusión a una convivencia nacional.

La intervención de Ortega ante el Parlamento el 13 de mayo de 1932 tuvo sus resonancias en los periódicos más célebres, así como pareceres por lo general a favor del discurso, con sus matices, por parte de los políticos asistentes en la sesión parlamentaria. Sin embargo, Margarita Nelken,<sup>25</sup> representante del feminismo revolucionario, escribió

---

<sup>25</sup> Javier F. Lalcona (1974), ofrece un extenso comentario sobre la intervención parlamentaria de Ortega y Gasset, en el cual nos hemos basado, en *El idealismo político de Ortega y Gasset*, 263-272; siguiendo al mismo tiempo el libro de Ana Bundgaard (2009). Véase bibliografía.

en *El Socialista*, que le pareció estar alejado de la realidad, sin soluciones concretas, aunque expuestas sus sugerencias en ese su castellano maravilloso «incomparable del estilo de su autor» (Lalcona, 1974: 271). Quizá es a esta visión crítica a la que Zambrano se manifiesta en la carta reprochando a aquellos que no supieron escuchar al maestro además de crearse de Ortega el tópico de «hallarse en las nubes»:

Uno de los momentos de mayor emoción de mi vida, fue el verle en pie en aquella escalerita del Congreso, ante «ellos», ante España entera que tenía que escuchar al diputado, porque no supo escuchar al maestro y al hombre (Zambrano, 2011a: 218).

Para Bundgaard (2009) esta es la misma razón del desánimo de los jóvenes que hace referencia la carta: «una onda depresión se extiende sobre distintos temperamentos», «Siempre me pareció que en la pesadilla toda la realidad era de lo que pasaba», y «De ahí la horrenda angustia de la pesadilla», estados de ánimo que se dan por entendidos en la carta, sin mencionar si quiera una sola vez a ningún nombre o partido. Para desentenderse de esta angustia, se dirige Zambrano desde su intimidad misma, dice encontrar un camino, y ese camino es el de estudiar filosofía encerrada en su casa:

Leo filosofía, única cosa que nunca me extraña, con una inmensa alegría, porque ella me da una salida luminosa al mundo, porque la amo como a aquella que durante mucho tiempo nos ha esperado perdonándonos todas, las más aparentes que efectivas, traiciones (Zambrano, 2011a: 219).

Es interesante aquí la pregunta que formula Ana Bundgaard (2009): ¿Amaba Zambrano la filosofía o amaba intelectualmente al maestro? En su despedida final parece solicitar ruborizada el perdón del maestro en esta tercera y última carta a Ortega, consciente de aquella primera indómita, se diría ahora que afligida: «Perdóneme. Me avergüenza abusar de su espléndida atención» (2011a: 219).

Y una vez más, hemos de contar con el silencio más absoluto del maestro, pues Zambrano no obtendría respuesta; ni nosotros, en consecuencia, tampoco. Hemos supuesto su respuesta en aquellos artículos citados, nada más. Pero, en cualquier caso, está claro que Zambrano no se rendiría ni política, ni filosóficamente, ni personalmente. Y esa



devoción por el maestro existirá en ella siempre, baste leer su Don José.<sup>26</sup> Según Moreno Sanz se hubiera perdido filosóficamente de no haber resistido (1996: 135), de no haber hecho el esfuerzo que en la misma carta dice resistir para «no salvarse sola» en sus circunstancias; y por un acto de abnegación que siempre demostrara hacia la humanidad: «por los que vienen detrás, de quien tanto espero» (2011a: 219).

En resumen, tres cartas que muestran la oscilación en que Zambrano recorre los años de 1930 a 1932. Así como su actitud política ante los acontecimientos que va a suponer una desvinculación progresiva de las pautas de Ortega; y su evolución, en consecuencia, hacia su propia y originariamente fuente de saber: su «razón poética». Llegada a ella «casi a ciegas, en la penumbra del ser», según anunciará ella misma su nacimiento en *Hacia un saber sobre el alma*, nacimiento que le es propio al pensamiento filosófico; pensamiento que se sujeta en la «razón poética» y que dio comienzo —como hemos visto— en «*La guerra de Antonio Machado*».

---

<sup>26</sup> Artículo con motivo del fallecimiento de José Ortega y Gasset en *Ínsula* (Madrid), año X, 119 (noviembre, 1955), 2-7.

### 3. EL HUMANO EXILIO EN MARÍA ZAMBRANO

#### 3.1. La conciencia del exilio

Precisamente, hay un hecho en la vida de María Zambrano sobre el que ella se refiere como de inexplicable, es el hecho de abandonar ella misma unas cajas de fácil transporte donde estaban todos sus apuntes de los numerosos cursos de Ortega a los que tuvo la fortuna de asistir. Ese abandono de importantes apuntes sobre cursos, seminarios de Historia de Filosofía, notas propias, modestos ensayos, todo su pasado —según cuenta— en el momento de dejar su casa y encaminarse hacia la frontera, camino hacia el exilio, quizá explica el sentimiento de abandono que significó el exilio para ella misma, «cuyo vacío resonó al cerrarse la puerta de modo inolvidable» (Zambrano, 1994: 82).

Un exilio que da comienzo la fría tarde del 28 de enero de 1939, cuando María Zambrano atraviesa la frontera rumbo a Francia en compañía de su madre, su hermana Araceli y el compañero de esta, Manuel Núñez, último Director General de Seguridad de la segunda República Española, junto a dos primos más, Rafael y Mariano. Su padre, comprometido con la causa republicana, falleció el 29 de octubre de 1938 en Barcelona, ciudad a la que la familia se trasladó ante el acoso de las tropas franquistas. Zambrano, pues, dejaba abandonado todo su pasado, rezagada una ilusión y esperanza para una “nueva España” nacida en una primavera, la del año de 1931, una «aurora» que tantas expectativas había despertado en su generación. La «conciencia» de ese exilio no llegaría de inmediato, ni tampoco María Zambrano era consciente en los previos momentos de cruzar la frontera. Será algo más tarde, en un pequeño hotel en Selses, cerca de Perpignán, donde por fin se reunió con su marido, donde el despertar de esa conciencia le sobrevino por el sentir del miedo al escuchar unos pasos que ascendían sobre las escaleras que conducían hacia la habitación del hotel, pensando que fuesen los gendarmes franceses a por la documentación; ella misma refleja ese miedo así en *Delirio y destino*:

Sintió el cambio de situación en el mundo, por algo nimio, como suelen revelarse las cosas; sintió miedo al oír unos pasos que subían la escalera del pequeño hotel, pensando fuesen los gendarmes a pedirle la documentación» (Zambrano, 1989: 235).

Aquel miedo le abrió hacia una nueva realidad en forma de «revelación» al sentirse no igual a los demás, desterrada, refugiada y exiliada, sin un término determinado. Para

Zambrano, el término «revelación» tiene una especial significación en cuanto que designa un estado visible de la existencia del «ser en el exilio», proponiendo la necesidad de una «epistemología de la Revelación» que se basará en su concepción de la persona como ser humano, como sujeto que deberá aparecer de forma concreta en su existencia, cuya finitud tiene la capacidad de obtener lo infinito e ilimitado. ¿Resultará el término *revelación* excesivo aplicado al exilio? se pregunta María Zambrano. En el exilio, según Zambrano, «como en todos los exilios de verdad, hay algo sacro, algo inefable, el tiempo y las circunstancias» (2009: 67), que necesita ser revelado. En efecto, Zambrano, según Ortega Muñoz, aplicará un preciso análisis a la realidad de su exilio mediante su método hermenéutico de la razón poética y así descifrar su sentido más profundo (Ortega Muñoz, 2014). Zambrano en *Los bienaventurados* realizará toda una reflexión sobre la «revelación» del exilio, revelación que como término ha estado confinado en el tiempo a lo exclusivamente religioso, como otros muchos términos, por no encajar bien en la filosofía:

¿Resultará excesivo este término, «revelación», aplicado al exilio? Hay ese riesgo cuando el tener algo por revelado se rechaza constantemente. Ha estado confinada la revelación a lo específicamente religioso; y como sobre ella o cerca de ella siglo tras siglo se ha edificado una teología en simbiosis con una determinada filosofía, lo que no era ella quedaba arrojado al «brazo secular» de la dialéctica, del análisis, en suma de los métodos disponibles por la razón en un cierto momento histórico (Zambrano, 1990: 29).

Para Zambrano, se hará necesario una teoría del conocimiento de la revelación, al ser incapaz la teología dar la merecida relevancia para el ser humano:

Sucede todo ello a causa de la incompatibilidad que llega a una especie de repugnancia de discernir el ser en la vida humana, en la Vida. Y es en el ser y desde el ser como se reciben revelaciones. Es la visión la que se da al ser. Una teoría del conocimiento de la revelación se hace cada día más necesaria y no se deja de echar de menos en la «nueva teología», de la que parecen existir pocas noticias de que haya emprendido esta tarea indispensable (Zambrano, 1990: 30).

Zambrano, con aquella revelación de sentirse algo diferente, de no ser igual a los demás, de no ser ciudadano de un país, llega a hacerse conciencia, razón, que refleja en forma de pensamiento como «respeto, simpatía, piedad, horror, repulsión, atracción; ese

algo diferente que es el «otro» por definición y que recoge otras figuras como el loco, el preso, el pobre, la mujer, el niño, encarnados todos en la figura por excelencia en Zambrano: el exiliado (Trueba, 2015).

Con su exilio, pues, María Zambrano da inicio a una nueva etapa vivencial y creadora en la que desarrolla la mayor parte de su obra, quizá la más original de su actividad filosófica, contribuyendo con su pensamiento a un nuevo discurso en la filosofía occidental; un exilio que durará cuarenta y cinco años hasta su regreso a España, una vez superada la transición hacia la democracia política, en 1984. Una iniciación a una nueva conciencia de sentir su lugar en el mundo, que para el «exiliado» no tiene un punto geográfico concreto, no siendo nadie es solamente un ser en un abismo desfavorecido por la historia, cierto naufragio de su destino, incierto siempre en el existir humano. El principio de un camino será encontrarse consigo como destino. Pues el hombre paradójicamente, para Zambrano, es un ser oscuro para sí, su condición radica en recorrer el camino escondido de sí mismo, oculto, un ser inmerso en el desconocimiento (Zambrano, 2011b: 70). Esa conciencia sobre su propio exilio posibilita en Zambrano, como en otros filósofos como Heidegger, Kierkegaard o Benjamin, a preguntarse por el «ser» en una época la suya plena de temblores, angustia y barbarie, que se materializan en pleno siglo XX. Por tanto, su filosofía no emerge sólo de problemas que la filosofía contemporánea abre en la conciencia humana por los hechos históricos acaecidos, sino que se suma a la cuestión nuclear que definió la filosofía clásica que se inicia ya en Parménides<sup>1</sup> sobre la cuestión del «ser» como presencia de lo ente y que prosigue en Platón a partir de unas líneas del diálogo *Sofista* y que plantea la pregunta ¿a qué se llama «ser»?<sup>2</sup>

Pese a esa conciencia de «exilio» son pocos los textos que nuestra autora dedica acerca de ello. Sus principales textos al estudio del exilio como fenomenología según un orden de publicación son los siguientes: *Carta sobre el exilio*, publicada por vez primera

---

<sup>1</sup> Parménides escribió un poema en hexámetros del que se conservan fragmentos en el que ahonda sobre la experiencia del ser, el pensamiento como razón acerca de la verdad y sus oposiciones en cuanto a la experiencia del no-ser, del ocultamiento, de la nada; y, por tanto, de la *no*-experiencia, el *no*-ser. Las oposiciones definen la noción de «ser» que son constitutivas de la propia experiencia del hombre. Esto responde a que el ser humano no es otra cosa que el estar abierto a la presencia, de lo ente; y, al mismo tiempo, es la existencia del *ser-hombre*, del hombre. Véase: MARZOA, F., *Historia de la Filosofía I*, Ed. Akal, Madrid, 2010.

<sup>2</sup> Como es sabido, la cita la recoge Heidegger en las primeras páginas de *Ser y tiempo*, remite a Platón *Sofista* (244 a). Véase: Leyte, A., *Heidegger*, Alianza, Madrid, 2005, 56. También: Platón, *Diálogos*, Tomo V, Ed. Gredos, Barcelona, 2000.

en París, en 1961;<sup>3</sup> *La tumba de Antígona*, obra editada en México, en 1967, y finalizada recién llegada a *La Piéce* en 1964; *Amo mi exilio*, artículo escrito tras su regreso a España;<sup>4</sup> *Delirio y destino*, obra autobiográfica publicada en Madrid en 1989; *Los bienaventurados*, publicada en Madrid en 1990; y, por último, *El saber de la experiencia (Notas inconexas)*, que aparece en 1995. No obstante, la autora malagueña se presenta como una auténtica teórica del «exilio», siendo pocos los autores que hallan dedicado estudio como lo hiciera ella, estudiosa de ese dramático acontecer histórico en la que se vio forzada a vivir por un extenso espacio de tiempo y sobre el que pudo realizar profundas y lúcidas reflexiones en sus análisis a lo largo de todo este período de su existencia. Además de hacerlo por medio de las mencionadas obras y artículos, Zambrano dejó inconcluso un proyectado libro sobre el exilio que comenzó a preparar, según Ortega Muñoz, en enero de 1961 y que iría escribiendo en años siguientes (Ortega, 2014). Del proyectado libro, que pensaba darle el título de *Desde el exilio*, se conservan algunos textos incompletos, algunos mecanografiados y otros manuscritos, datados unos y otros sin fecha. Todo ello se guarda en la Fundación María Zambrano con número de registro «M157». De estos originales, la autora rescató parte para integrarlos en *Los bienaventurados*, en sus páginas 29 a 44 en la edición de Siruela. Además, contamos también, entre nuestras fuentes, la labor de Juan Fernando Ortega Muñoz, que ha recuperado, dentro de lo que le ha sido posible, en edición propia, gran parte de esa obra inconclusa de Zambrano, incorporando ahora el título *El exilio como patria* (puede consultarse la bibliografía en la parte final del trabajo).

Es preciso hacer una breve reflexión de lo que realmente significó el exilio, no sólo como destino personal en la vida de Zambrano, sino también para la mayoría de aquellos intelectuales españoles que tras el estallido de la guerra civil de 1936 se vieron unos forzados a optar por el «exilio exterior», otros por el «exilio interior» como en ocasiones se ha dado este último en llamarlo. Algunos derivaron hacia el fascismo español; y, otros por una conversión religiosa, apuntaron ser defensores de una supuesta catolicidad histórica de la nación. Los que decidieron defender la República, como José Gaos y María Zambrano, se vieron obligados al exilio exterior. Aunque Xavier Zubiri, eligió ser un exiliado de interior, así como Ortega se mantuvo en París durante un tiempo en un silencio

---

<sup>3</sup> La «Carta sobre el exilio» fue publicada por vez primera en *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, n.º 49, París, 1961, 65-70.

<sup>4</sup> Artículo publicado en el diario *ABC*, 28 de agosto, 1989.

expectante; la mayoría de los intelectuales optaron por el exilio en el extranjero. Las consecuencias en lo cultural fueron de un indudable desastre para España, que repentinamente se vio privada de una élite intelectual de primer orden, de las mejores en su reciente historia. Todo lo que anteriormente se había podido aportar cultural e intelectualmente en el país, se corta drásticamente con la guerra civil; y, de forma más determinante, con su resultado final.

El exilio, cuando ha sido posible tras sobrevivir y escapar a la represión interior, acoge a la mayoría de ellos en tierras americanas y europeas, entre ellos a María Zambrano, que en un primer orden cronológico de su exilio viaja hacia La Habana y Santiago de Chile. España se siente ya secuestrada por una dictadura que intenta menospreciar e impartir sus iras con despropósito y sinsentido hacia aquellos exiliados, la mayor parte de ellos poseídos por aquel espíritu profundamente liberal y sentido democrático que contenía la España anterior a la guerra. La lista podría ser larga, pero basta con mencionar a algunos de ellos para reconocer la talla intelectual y nivel cultural adquirido por aquellos entonces. Ahí estarían José Gaos, Joaquín Xirau, José Ferrater Mora, Juan Davis García Bacca que acompañarán a Zambrano en temas filosóficos. Entre otros, Fernando de los Ríos y Luis Recasens con dedicación a las ciencias sociales. En el campo de la literatura y la poesía la lista es larga, Juan Ramón Jiménez, Pedro Salinas, Jorge Guillén, Rafael Alberti, Luis Cernuda, León Felipe, Emilio Prados, un amplio grupo que acompañarán a María Zambrano en su propia aventura intelectual. Novelistas como Max Aub, Arturo Barea, Ramón J. Sender, Francisco Ayala. Políticos activos y ensayistas al mismo tiempo como Manuel Azaña, Luis Araquistain e Indalecio Prieto, por no recordar a algunos investigadores científicos como Severo Ochoa, Gustavo Pittaluga, Juan Negrín, o Blas Cabrera con un largo etcétera,<sup>5</sup> los cuales algunos citados fueron amigos personales de María Zambrano. Al consultar la lista, es fácil hacerse a la idea de la dimensión que supuso la derrota del bando republicano y el posterior éxodo de la mayor parte intelectual del país a tierras extranjeras, cuando no la muerte, el desagravio y penurias vividas por familias enteras. Zambrano se pregunta con verdadera angustia: «¿De dónde la guerra civil, de qué crimen espantoso nace, de qué locura? Es la locura de la madre que enloquece a sus

---

<sup>5</sup> La breve lista reflejada es más amplia en DÍAZ, E., *De la institución a la Constitución. Política y cultura en la España del siglo XX*, Trotta, Madrid, 2009. También guarda memoria de todos ellos el autor citado en *Notas para una historia del pensamiento español actual (1939-1973)*, Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1974. También véase la obra colectiva en varios volúmenes dirigida por ABELLÁN, J. L., *El exilio español de 1939*, Taurus, Madrid, 1976-1978.

hijos, ¿Es el crimen de los hijos que enloquece a la madre?» (1989: 243). La misma angustia que refleja en *Los intelectuales en el drama de España*, en el que intenta desentrañar las causas del conflicto y en particular sobre el fenómeno del fascismo español, texto que ya hemos analizado y por el que hemos visto fielmente su implicación y compromiso intelectual político. Esta obra fue publicada en Chile, como vimos en el epígrafe 2.3, país que será primer destino fuera de España en lo que se puede considerar una «geografía del exilio» de nuestra autora, documentado en 28 viajes a lo largo de su vida, de acuerdo al estudio realizado por Jesús Moreno Sanz.<sup>6</sup> Aunque muy pronto el matrimonio decide volver a España ante el temor de una derrota republicana, siendo el punto de partida del periplo vital de Zambrano en su destino y exilio, lo que le conducirá a una vida itinerante sin posible descanso.

Ya hemos visto, al volver el matrimonio a España, como Alfonso Rodríguez toma partido por el bando republicano y María Zambrano se instala en Valencia con su familia, trabajando como Consejera Nacional de la Infancia Evacuada formando parte en actividades intelectuales que se organiza a favor de la República, como el *II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas*. Ante el avance de las tropas franquistas, se traslada finalmente en Barcelona en el año 1938, donde fallece su padre. Desde la ciudad condal, y al considerarse la guerra ya por perdida, ponen ambos rumbo a México. Antes dan el salto a Francia reuniéndose ambos en aquel pequeño hotel en Selses, cerca de Perpignán, el mismo lugar en el que le sobrevino aquella conciencia por el sentir del miedo al escuchar aquellos pasos que ascendían hacia la habitación del hotel. No eran gendarmes, sino que resultó ser:

...unos viajeros jóvenes y alegres que cruzaban camino a París, como ella misma había cruzado así carreteras, caminos, ciudades, pueblos al amanecer, desconociendo la angustia que dormía en alguna alcoba. Y aquel miedo y distancia que la separaba de los

---

<sup>6</sup> Citado en ABELLÁN, José L., *María Zambrano: Una pensadora de nuestro tiempo*, Anthropos, Barcelona, 2014. Las fechas y viajes por orden cronológico son los siguientes: 1936: La Habana y Santiago de Chile; 1939: Sur de Francia y París, Nueva York, La Habana, México DF y Morelia (México); 1940: La Habana; 1940-45: Entre la Habana y San Juan de Puerto Rico; 1946: La Habana, Nueva York, París; 1948: México DF, La Habana; 1949: Venecia, Florencia, Roma; 1950: París; 1951: La Habana y Santiago de Chile; 1953-1959: Roma, París, Trélex sur-Nyon, Suiza; 1960-62: Roma, Genainvilliers, París; 1962-64: Roma; 1964: La Pièce; 1972: Grecia; 1973: Roma; 1974: La Pièce; 1978: Ferney-Voltaire; 1980: Ginebra; 1984: Madrid y 1985: Galapagar (Madrid).

alegres viajeros le dio la medida del cambio de situación, más que el haber atravesado la frontera en medio de aquella multitud (Zambrano, 1989: 235).

El inicio de su exilio la filósofa malagueña lo guarda imborrable en su memoria, por representar momentos dramáticos para ella, y se hace conciencia en Zambrano en cuanto «cambio de situación en el mundo, frente al mundo» (1989: 235). Así dará comienzo el periplo ante la «inmensidad del exilio», que representa en ella no sólo un hecho dramático que marca su existencia, sino que constituye un momento verdadero y crucial, un suceso histórico que lo eleva a categoría cultural y metafísica (Savignano, 2008). A partir del exilio nuestra autora tomará una conciencia que parece destacarse en su evolución existencial e intelectual sobre el resto de las etapas de su vida, si interpretamos su largo recorrido en fases existenciales y de pensamiento filosófico como venimos haciendo. Aquí nos detendremos en resaltar el pensamiento que tenía Zambrano sobre el «exilio» y en sus consecuentes reflexiones, que le permitieron acercarse a la condición metafísica del ser humano, por medio de un breve recorrido y análisis a través de sus obras anteriormente mencionadas al inicio de este epígrafe.

Todo el pensamiento y vida de María Zambrano se corresponden y relacionan bajo un complejo lienzo que resulta a veces imposible diferenciar entre ambos. El exilio de cuarenta y cinco años tras la guerra civil (1939-1984), marca una circunstancia definitiva para llegar a comprender tanto su biografía como la importancia de su pensamiento filosófico en la historia intelectual española del siglo XX y traza así un recorrido en su visión del ser humano. Aunque siempre es el fragmento la estructura que presenta su pensamiento, en forma de espiral como hemos hecho mención en nuestra introducción, diseminado éste en varias de sus obras ya indicadas, son parte de un «itinerario vital» fraccionado en varios países, se le puede seguir como una crítica a la metafísica occidental surgida del mundo griego. En Zambrano podemos observar la importancia no sólo de la constitución del «sujeto» en occidente, sino también la «experiencia de la vida», el «ser», la «nada», la «soledad», el «hombre» o la «razón». Son estos los «existenciaros» de la condición humana, según ha denominado Ortega Muñoz como carácter irreversible del exiliado en María Zambrano (Ortega, 2014).



### 3.2. Origen y significado del exilio

España ha sido tierra de exiliados, ejemplo de innumerables figuras hechas en el exterior del territorio patrio. Zambrano tenía ya presente el exilio en obras anteriores aun a su propio «exilio», basta nombrar aquí una vez más *Los intelectuales en el drama de España*, crítica especulativa que lleva el fascismo, como ya hemos analizado en el apartado anterior, pero también al idealismo y a la razón «totalizadora» y «especulativa» que comienza con Parménides y condena a otra posible filosofía de menor opresión que tiene en cuenta a la poesía como otro medio más de conocimiento (Elizalde, 2012). Además, en la obra de Zambrano el exilio es tratado como problema filosófico que surge desde su condición propia de exiliada, siendo así la confesión su método. Por tanto, el exilio se convierte en condición *sine qua non* la filosofía no puede ser entendida sin tener en cuenta la vida, y no solamente su discurso teórico como el saber de una experiencia.<sup>7</sup>

En otro lugar nos recuerda Zambrano también lo muy español que es hacerse fuera de España, como lo fue «también Séneca en hallar su camino fuera de España; lo español a menudo se desarrolla mejor lejos de su origen» (1998: 193). Para algunos autores, como Herrera Guillén (2012), en la historia de España es constante la reiteración de exilios y representa un país en «permanente exilio», donde la «locura» es tal vez uno de sus tipos de emigración o exilio. Para José Luis Abellán (2001), además, España, que constituye su Estado moderno con la unión de Fernando de Aragón e Isabel de Castilla en 1469, se promulga la expulsión de los judíos en 1492, fenómeno que se repetirá en los siguientes siglos sin excepción. En este sentido, y siguiendo de nuevo a Herrera Guillén, será Alonso Quijano, nuestro hidalgo y *Caballero de la Triste Figura*, el símbolo del exilio en el mundo, el que mejor representa ese camino metafísico que recorre el hombre que con incierto destino está dispuesto a vivir su aventura en huida permanente del mundo.

También, Zambrano tiene presente la figura de nuestro Don Quijote cuando recuerda el inicio de su partida en palabras de Cervantes:

«Sería la del alba, dice Cervantes que era cuando Don Quijote salió al camino, sería, dice con la incerteza propia del alba, del alba que cuando alguien la mira y la sigue es un alborar. No un estado de luz, una hora fija del día, como los son las otras horas del día, aun las del

---

<sup>7</sup> Véase nota 13 del apartado anterior.

crepúsculo, cuando es largo. El alba se diría que no lo tiene; que ese alborear no se lleva a tiempo, no lo gasta ni consume... Pues, por clara que sea, el alba es siempre indecisa».

Seguidamente, aclara:

«Y lo más revelador, quizá, de este libro revelador, sean esas simples palabras de Don Quijote. Se destacan del resto del libro como si fueran palabras sagradas, cuando, al parecer, declaran algo que no tiene la mayor importancia: la hora en que Don Quijote sale al camino».<sup>8</sup>

Don Quijote decide salir al «exilio», salirse del mundo abandonando tras sí su aldea, y Cervantes así nos crea el símbolo de estar en el mundo como posibilidad «liberalizadora» del ser, la constatación de que el hombre vive acaso en un permanente exilio ajeno a su propia realidad, ante la imposibilidad de encontrar su propio espacio a fin de fijar su existencia. Así el exiliado es un ser que siente la pérdida de algo que queda atrás en un pasado. Hacemos aquí nuestra una reflexión de Edward Saïd (2005), según el cual la cultura moderna es producto en una gran medida realizada por exiliados, refugiados o simplemente emigrados a otras tierras que son ajenas a su lugar de nacimiento, producto de la acción de unos sobre otros seres humanos. Una reflexión a la que llega igualmente Zambrano cuando hace decir en palabras de su Antígona:

Ninguna ciudad ha nacido como un árbol. Todas han sido fundadas un día por alguien que viene de lejos. Un rey quizá, un rey-mendigo arrojado de su patria y que ninguna otra patria quiere (Zambrano, 2012: 227).

En efecto, ese producto de la acción humana en hechos determinados puede tener consecuencias ya al comienzo de la existencia en algunos. María Zambrano ya posee ese sentimiento de «desarraigo» desde cuando era una niña y con anterioridad a su posterior exilio adulto, un sentimiento que guarda como recuerdo al saber que su abuelo «murió pobre lejos de sus encinares de siglos. En él se había consumado algo, ella lo sabía, lo sintió siempre; una historia terrestre había terminado» (1989: 184). En las mismas páginas

---

<sup>8</sup> Hacemos referencia al discurso pronunciado por María Zambrano en la entrega del Premio Cervantes, en 1988, siendo la primera mujer que recibiera tal galardón de las letras españolas.

de *Delirio y destino* describe ese sentimiento de no pertenencia a lugar alguno, «errante» en su destino, y que guarda el exilio ya como una «revelación» personal:

Sus padres habían sido ya "exiliados" en Castilla donde nadie de la familia había vivido, porque nadie había vivido "sin tierras". Y había crecido así, sintiendo el destierro, y el que había perdido el lazo con la tierra y con la pequeña historia familiar (Zambrano, 1989: 185).

En consecuencia, un sentimiento «discontinuo» del ser que guarda Zambrano en forma de conciencia desde muy temprano, apartada de las raíces de un pasado familiar en destierro. Juan Carlos Marset ha estudiado en su obra *I. Los años de formación* los primeros años de la vida de María Zambrano, en el que hace referencias importantes al carácter de la infancia de nuestra autora. En algunas páginas dedicadas a su niñez, el destierro tiene ya una destacada presencia, que marca incluso su nacimiento, según Marset:

Con la perspectiva de la armonía final, es decir vista desde el universo sobre el que proyectó con el tiempo la vida de María Zambrano, que estuvo marcado por el exilio, la época de su nacimiento y de su primera infancia se le mostraba a ella como un suceso que había tenido lugar en el destierro sufrido por su padre y por su entera familia: «Verdad es que nací en el exilio; mi Padre era exiliado sin haber salido jamás de España» (Marset, 2004: 153).

Vélez-Málaga, su pueblo natal —sigue diciendo Marset— se convierte así en la primera de las ausencias por las que se irá desplazando la vida de Zambrano, descrita por ella como «un peregrinar, un ir de ausencia en ausencia» (2004: 153). Por esta perspectiva del exilio que María Zambrano recordará siempre de su infancia, la filósofa ensalza su primer traslado a Madrid, que siente como «verdadero transtierro». En verdad era un caso entre miles de familias que se vieron desplazados por las necesidades económicas habidas en España; un país hace tiempo rural en dos de sus terceras partes hacia finales del siglo XIX, y que en busca de futuros mejores las familias se trasladan a las capitales huyendo de la distribución desigual de la riqueza que se reflejaba claramente en la distribución de la tierra (Témime, *et.al.*, 1982: 193).

Los exiliados acostumbran a observar a los que no viven su misma condición, a los «no exiliados», con cierto resentimiento. Pertenecen ellos a su entorno, sienten su «raíz» en la tierra en que nacen y viven, mientras que el exiliado es un ser «fuera de lugar». ¿Qué se siente cuando eres de un lugar en el que vives y al saber que uno es de allí mismo más o menos para siempre? (Saïd, 1986). Ese existir «fuera de lugar» lo siente nuestra pensadora con nostalgia cuando, antes que su marcha más adolescente a Madrid, se traslada inicialmente junto a toda su familia de su natal Vélez-Málaga a la ciudad de Segovia que marca de forma determinante su vida y pensamiento. Segovia quedará siempre en su memoria, pero recordará siempre la luz, el paisaje y la cultura de lo andaluz como su origen elemental y primitivo que pervivirá en Zambrano siempre. Una vez en Madrid escribirá *Ciudad ausente*, lo que será su primera reflexión sobre la ciudad de Segovia, especie de un recorrido fenomenológico por la ciudad entre el sueño y la vigilia, por lo que siente Zambrano por la ciudad más adelante como polis-sujeto, o «polis-alma», como ha llegado a denominar Moreno Sanz en una de las presentaciones en las *Obras Completas* de Zambrano (VI, 2014). Más la nostalgia por la tierra donde es nacida será para Zambrano el regreso a la voz de la sangre que está en la poesía de García Lorca. El saber andaluz que une belleza y muerte en unión ancestral y metafísica; la belleza como el consuelo de haber nacido, la muerte como un destino universal (Ortega, 2014).

En la casa segoviana verá pasar a Don Miguel de Unamuno, Antonio Machado, llevados por la amistad con su padre Blas José Zambrano.<sup>9</sup> Ya hemos hecho mención en el apartado anterior, epígrafe 2.4, a la tertulia que reunía a amigos y discípulos de Blas Zambrano y del propio Antonio Machado. Tenía su centro en el café de la Unión, aunque otras veces se reunían en otros lugares de la ciudad. La presencia del poeta Machado será vivificante para aquella variable «tertulia», pero Blas Zambrano, al decir de Marset, será el verdadero patriarca de la tertulia a pesar de la incorporación de Antonio Machado (2004: 244). Para la filósofa será estos recuerdos de su infancia y adolescencia, junto a la conciencia de «destierro», que deposita en su interioridad, que la llevará, según propia confesión, a las puertas mismas de la filosofía:

---

<sup>9</sup> Del padre de María Zambrano es difícil dar noticia, pues apenas dejó obra. Apenas unos cuantos artículos fueron publicados en revistas y periódicos en Segovia y que él mismo fundó. Juan Carlos Marset (2004) ha realizado interesantes incorporaciones a su figura, en el estudio de los primeros años de la vida de María Zambrano. También un breve escrito de la propia Zambrano, *Blas J. Zambrano y Segovia*, ofrece un retrato de su padre. Véase: *Obras Completas* (VI: 704-708).

Sí; desde la raíz de su vida la filosofía había sido «a falta de otra cosa», la única manera, la solución única de vivir sin esas cosas, sin traicionarlas, de obedecer en esta libertad que deja el no ser nadie en ninguna parte alguna, de ser «uno más» (Zambrano, 1989: 185).

Entra así María Zambrano en la filosofía, por medio de un sentimiento de «no pertenencia» a ninguna parte, dando testimonio con su pensamiento de los terribles acontecimientos del siglo XX en España, y también de Europa. Sus escritos tratan de esclarecer ambos contextos, dar explicación de las raíces históricas de la situación española responsable del «arrojamiento»<sup>10</sup> de su exilio y la trama conceptual que supone Europa como cultura dominante (Permuy, 2010). Por tanto, exilio como «destino»; pero, también, como vocación. Pues a ese exilio personal vivido tras la guerra civil asumido con total radicalidad, se le suma su «destierro» de origen y lo convierte en fundamento e intentará dar una explicación mediante una perspectiva filosófica (Abellán, 2014).

### 3.3. El sujeto en el exilio

La *Carta sobre el exilio*, escrita en 1961, va dirigida a toda una generación que ha superado la guerra civil como recuerdo de infancia. Ya en sus primeras líneas se dirige a un destinatario lejano y que permanece en el silencio: «Toda carta tiene un destinatario, cuya presencia lejana o próxima virtud de hacer que se deshiele el silencio, ese silencio que llega a veces como una mortaja» (2014: 3).<sup>11</sup> Más adelante quiere romper ese silencio de conciencia que reside en la nueva generación que no sólo tiene un débil recuerdo del conflicto bélico, sino que incluso el exiliado ha dejado de ser ya una figura existente: «Para ellos el exiliado ha dejado de existir ya, vuelva o no vuelva. Si le conceden un instante de atención ha de ser para extrañarse sin más de que siga habiendo exiliados». Para Zambrano el olvido puede ser un mal contemporáneo, que castiga la «memoria histórica» que hace al hombre ser consciente de sus actos. El sentido de la historia es

---

<sup>10</sup> En José L. Aranguren, por uso expresivo de Pedro Laín, los hombres de 1936 fueron «arrojados» a la guerra, pues la vivieron con arrojo, arrojados porque lo fueron a la cárcel, al exilio; arrojados de su modo de vida teniéndola que dar comienzo de nuevo; arrojados también de la vida misma. Véase ARANGUREN, J. L., *Filosofía y vida intelectual. Textos fundamentales*, "Escritos autobiográficos", Ed. Carlos Gómez, UNED, Madrid: Trotta, 2010, 44.

<sup>11</sup> La *Carta sobre el exilio* fue publicada por primera vez en *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, 49, París, 1961, 65-70.

profundo en Zambrano, y necesario al mismo tiempo; la historia se acerca a la vida en su significado cotidiano y de conocimiento, es donde se calibra el sentir humano y se manifiesta la «autenticidad del ser» que se revela en la plenitud de la vida (Permuy, 2010). Por tanto, ese olvido que sufre y vive el ser «exiliado» vive desprendido de la historia, del fluir de la historia, convirtiéndose en un mero superviviente de un «náufrago» terrenal. El exiliado es despojado de todo lo que en su vida llega a tener como significado, vive al borde de su existencia, sin un lugar en el que pueda permanecer «en su ser». Zambrano sentencia en su *Carta sobre el exilio*: «Al exiliado le dejaron sin nada, al borde de la historia, solo en la vida y sin lugar, sin lugar propio» (2014: 10).

En consecuencia, reflexiona Zambrano acerca de la «condición del exiliado», y así traza una visión de la discontinuidad del ser en paralelo a la historia como condicionante humano; y, por otro lado, reivindica una crítica al «olvido» que en aquellos años se vivieron en España en la negación y justificación de un exilio existente en el exterior del país (Elizalde, 2012). Para ello retoma un tema esencial en el intelecto español, el de la misma «España», tema que sobresalió en la generación del 98: «El español se ha visto desde el primer momento como si fuera un exiliado de la España de los Reyes Católicos, de Carlos V, de Felipe II, o como los representara» (2014: 11). Y, con esa carga histórica, el español ha obtenido una conciencia de «patria» adentrándose en el laberinto de la historia ganando una conciencia histórica:

...arrojado de la historia actual de España y de su realidad, ha tenido que adentrarse en las entrañas de esa historia, ha vivido en sus infiernos, una y otra vez ha descendido a ellos para salir con un poco de verdad arrancada de ellos. Ha tenido que ir transformándose, sin darse cuenta, en conciencia de la historia (Zambrano, 2014: 11).

Más tarde también reclama para el exiliado el concepto mismo de «patria» arrebatado: «Tal nos parece por instantes que hayamos sido lanzados de España para que seamos su conciencia, para que, derramados por el mundo, hayamos de ir respondiendo de ella, por ella» (2014: 11). Y lo hace en nombre de la memoria; pues poseer la memoria, en su más estricto sentido, es poseer la palabra, la voz, el concepto de las cosas. De lo contrario el «horizonte» de la historia en el que está inserto el hombre se desvanece. Pero el pasado no se ha de vivir con temor para la memoria, como un fantasma, sino que ha de ser rescatado, iluminado por la conciencia, por aquella «conciencia histórica» que le da

una dimensión al hombre y al que accede el «ser» exiliado. De ahí la necesidad de reclamar la palabra, la memoria en el sentido histórico, en el sentido de poseer una conciencia histórica, en aproximación a Hans-Georg Gadamer, para quien es privilegio del hombre moderno el tener plenamente conciencia de la historicidad del presente, a fin de que el pasado no sea olvido y tenerlo presente.<sup>12</sup> También María Zambrano anuncia este privilegio de la conciencia de la historia en el hombre de hoy en uno de los textos de *Pensamiento y poesía en la vida española*, la anuncia como la adquisición de una pesada carga en nuestra conciencia, sujeto verdadero de una situación vivida:

En época alguna del mundo el hombre ha tenido tanto pasado gravitando sobre sí; en época alguna ha sentido tanto el fardo de esto que se llama tradición. Comparada con cualquier otra época vemos la nuestra en este crítico instante en que es preciso volver la vista atrás, si se quiere seguir adelante (Zambrano, 2015, I: 571).

Y en cuanto al anunciado «olvido», para Zambrano podemos ver que es central su problema, pues para algunos es mejor condenarlo para que no vuelva:

Se teme de la memoria el que se presente para que se reproduzca lo pasado, es decir, algo del pasado que no hay que volver a suceder. Y para que no suceda, se piensa que hay que olvidarlo. La verdad es todo lo contrario (Zambrano, 2014: 12).

Para Zambrano es justamente lo contrario, ya que un pasado sin «memoria» tiende a desvanecerse y convertirse en un fantasma para la conciencia del hombre presente. Pues la tragedia cuando sucede y tiende a repetirse es «porque el umbral de la fatalidad no ha sido traspasado» (2014: 12); y traspasarlo ayuda a «nuestra memoria» que se convierte en «conciencia histórica». Por tanto, esa «conciencia» recae en la figura del exiliado como la suma de todas las tragedias, de todas las guerras e historia de España; y, por todas ellas, su conciencia debe ir aclarando. El exiliado es portador de una conciencia, una «voz» y «palabra» que se le niega; por otra parte, nunca perdió la «verdad» y la «libertad» que se llevó consigo.

---

<sup>12</sup> Hay similitud en esta cuestión entre Zambrano y Gadamer, quien vive también la Europa destruida por sí misma, para quien es un privilegio que caracteriza al hombre contemporáneo el poder poseer una conciencia histórica, una carga si se quiere, pues no ha sido impuesta a ninguna otra de las generaciones anteriores. Véase: GADAMER H. G., *El problema de la conciencia histórica*, Tecnos, Madrid, 2011.

### 3.4. La guerra civil como fondo

*La Tumba de Antígona*, obra publicada en 1967, tiene como fondo un conflicto entre hermanos, que bien nos hace recordar la guerra civil de 1936, conflicto que ha padecido tanto Zambrano como su hermana Araceli, tan cercanas las dos al propio personaje de Antígona. El interés de Zambrano en la tragedia griega es fruto del período que transcurre posterior a la finalización de la guerra civil española y la Segunda Guerra Mundial, conflictos ambos que marcan el pensamiento de nuestra pensadora. Aunque el interés que pueda tener Zambrano por el personaje de Sófocles sea diverso, como nos indica Virginia Trueba Mira (2012) en la introducción que hace en la obra citada de Zambrano. Fue su hermana Araceli la que vivirá la angustia de la experiencia de un conflicto bélico, pues además de vivir la guerra civil española, le tocó vivir el París ocupado por el ejército alemán de Hitler, y por la que le revelaría una dimensión aún más trágica por las víctimas.<sup>13</sup> Ana Bundgaard ha señalado la identificación en Antígona de la propia María Zambrano y su hermana Araceli, a quien por su tragedia, la consideraba ejemplo de inocencia, piedad y sacrificio, virtudes que según Zambrano, reunía el personaje de Sófocles (Bundgaard, 2000: 293). En efecto, Zambrano veía a su hermana, y se veía a sí misma, víctima sacrificada de las circunstancias políticas de España, y por tanto de la historia. En esta línea se expresa Gómez Blesa, para quien además está claro que las dos hermanas ofrecen sus vidas para salvar a sus hermanos «compatriotas» del poder impuesto por la fuerza de la sangre (2009: 38). Al igual que el personaje de Sófocles, las dos hermanas actúan bajo la fraternidad y fidelidad congénitos en los lazos de sangre. No nos es nada extraño, por tanto, que Zambrano se inspirase en Antígona, personaje que se revela como su destino en su personal exilio.

Efectivamente, la guerra civil constituye el fondo de la obra, junto con el posterior exilio; lo primero en el proceso destructor que devoran a los hermanos Eteocles y Polinices, símbolos alegóricos de los dos bandos enfrentados en la guerra civil española (Gómez, 2009: 39); lo segundo, en Antígona misma, doncella sacrificada que presenta la

---

<sup>13</sup> Zambrano sale de Cuba hacia finales de agosto, ante la gravedad del estado de su madre. Llega a París el 6 de septiembre de 1946, sin poder ver a su madre con vida. Encontró a su hermana en un estado fuerte de "shock" psicológico, resultado no sólo por la muerte de la madre de ambas, sino también por las terribles torturas físicas y psíquicas que padeció su marido, Manuel Muñoz Martínez, después de ser sometido por la Gestapo. Desempeñó un cargo en la II República y extraditado a España fue fusilado por el régimen franquista en 1942. Véase: GÓMEZ BLESA, M., «Introducción», en Zambrano, M., *Claros del bosque*, Cátedra, Madrid, 2014.



tragedia de ser enterrada viva «en perfecta contraposición de aquel su destierro cuando se abría a la vida» (2012: 163), según escribe en el prólogo de la obra Zambrano. En ella se revela aquel su «ser» que «como promesa de perfectas bodas, ya no las tendrá en vida». Paradigma del ser en el exilio, según Zambrano, ya que en él se vive una diáspora de amigos en pérdida, ocasiones que son frustradas, intento de rehacer siempre una vida, el anhelo de una nueva patria, consecuencias todas ellas de una derrota que da origen a millones de gentes que permanecen en una especie de niebla, pues «eso es lo que sucede con toda alba interrumpida» (2014: 55-56), según escribe ella misma en artículo publicado en 1988, *El exilio, alba interrumpida*, con motivo de su regreso del exilio, al que considera, por otra parte, como «patria sin frontera y sin reino».

Pero, ya centrándonos en *La tumba de Antígona*, será hacia el final de ésta cuando en el parlamento de Antígona se aprecie más el sentido que contiene la obra en cuanto a las reflexiones sobre el exilio que tenía la autora, discurso este de Antígona que sigue en una misma línea de pensamiento que el que encontramos en *Carta sobre el exilio* (1961) y *Los bienaventurados* (1979), con sus matices. En primer lugar, hay que tener en cuenta que *La tumba de Antígona* está escrita cuando ya Zambrano se instala en *La Pièce*, un lugar solitario en el bosque, en las faldas del Jura francés; y será obra emblemática, según Abellán, en «su instalación radical en el exilio» (2014: 67). En consecuencia, será el resultado de un proceso iniciático que será fruto de una filosofía propia en la pensadora. En el transcurso del parlamento último de la protagonista de la tragedia, Antígona declara que:

La vida está iluminada tan sólo por esos sueños como lámparas, que alumbran desde dentro, que guían los pasos del hombre, siempre errante sobre la Tierra. Como yo, en el exilio todos sin darse cuenta, fundando una ciudad y otra (Zambrano, 2012: 227).

Con la cita es claro el carácter autobiográfico que posee el texto. La vida errática del exiliado que debe comenzar cada nueva vida en aquellas ciudades en las que como un nuevo destino puede aterrizar, sin llegar nunca a adaptarse su «ser» del todo. Para el exiliado, no «hay sitio en ninguna parte». Hay una inadaptación sociológica en estas palabras que María Zambrano escribe precisamente como testimonio en una carta dirigida a su madre y hermana Araceli, datada en La Habana un 1 de enero de 1946 y que conserva en la Fundación que lleva su nombre con el registro «M 147, y dice así:

Mi vocación, mi educación, las infinita exigencia intelectual y moral que papá en un modo y mamá en otro ejercieron sobre mí, todo, todo, lo que he comido, lo que he visto en nuestra España, todo, hasta los antepasados con fuerza, han hecho de mí un ser que no se adapta, que no puede adaptarse en lo que en América hay que ser... Mucho me temo que sea así en todo el mundo. La verdad, toda la verdad es ésta, que yo creí no tener que decirlo, porque decirlo es cruel y más dramático que vivirla a diario. Para mí no hay sitio en ninguna parte (Zambrano, 2014: 17).

Carta desgarradora, que pesa por su desánimo. El exiliado siente poseer la «nada», ya que es arrancado de raíz de aquella tierra en la que sigue soñándose. Hay que leer la carta por completo a fin de comprender la pesadumbre en esos momentos en que vive Zambrano. No se sentía cómoda en el continente del otro lado del hemisferio. Desde Cuba, donde es escrita la carta, comenta que la sola idea de quedarse en la isla la espanta. Sueña con París, lugar de los que no tienen sitio desde hace siglos y poder reunirse con su familia; además de tener un rincón apetecible, «poder ir a las bibliotecas, donde están los libros» que les son ahora imprescindibles. En definitiva, —dice— anhelar poder dejar el trópico cuyo calor se hace insoportable. Vida errante, sin nada que al exiliado o expulsado de la tierra pueda sostenerle, sólo la idea de un retorno a aquella tierra arrebatada. Antígona lo expresa de forma categórica en su parlamento cuando dice:

Pero nosotros no pedíamos eso, pedíamos que nos dejaran dar. Porque llevábamos algo que allí, allá, donde fuera, no tenían; algo que no tienen los habitantes de ninguna ciudad, los establecidos; algo que solamente tiene el que ha sido arrancado de raíz, el errante, el que se encuentra un día sin nada bajo el cielo y sin tierra; el que ha sentido el peso del cielo sin tierra que lo sostenga (Zambrano, 2012: 227).

En efecto, la «nada» como concepto es uno de los motivos principales en el pensamiento de Zambrano en los escritos sobre el exilio. Para Zambrano, como también para Heidegger, el ser que vive en la angustia, logra mediante la palabra ponerlo en el acto de la escritura, única «memoria» que pervive aún en el hombre; y, tan importante es en Zambrano la memoria, como ya hemos mencionado en el anterior epígrafe 3.3, como el mismo acto de la escritura, esto es el de la «palabra». Salvando las diferencias entre uno y otro, según Ana Bundgaard, a la que de nuevo recurrimos, nos hace saber en un artículo escrito

para *Aurora*, la angustia es para ambos la realidad fundamental de la existencia. Ahora bien, si para la angustia coloca Heidegger el *Dasein* ante la nada, y como posibilidad de conciencia ante la muerte; para Zambrano la nada la entiende como una experiencia creadora que hace posible superar la angustia misma en la existencia (Bundgaard, 2011). Creadora hasta llegar Zambrano a una «filosofía de la salvación», existencia como dimensión trascendente por cuanto lo que hay del hombre en lo sagrado. La culminación de este pensamiento será su obra *El hombre y lo divino*, donde Zambrano propone la tesis de la tragedia que supone para el hombre vivir en ausencia de los dioses.

También el «abandono» es lo que percibe el ser exiliado, el sentirse en la soledad por ese abandono, y en ese estado descubre al mismo tiempo lo que le era propio (Abellán, 2014), pierde sus circunstancias por las cuales el hombre se pone en contacto con el universo, recordando de nuevo aquí a Ortega, quien expresa en *Meditaciones del Quijote* aquel aforismo de que «El hombre rinde el máximo de su capacidad cuando adquiere la plena conciencia de sus circunstancias. Por ella comunica con el universo». Antígona, nos razona en ese sentido:

En nuestra casa, en nuestro jardín, no necesitamos tenerlo todo presente todo el día, y nuestra alma toda en vilo, en vilo todo nuestro ser. No; en ella olvidamos, nos olvidamos. La patria, la casa propia es ante todo el lugar donde se puede olvidar. Porque no se pierde lo que se ha depositado en un rincón. Y basta que un día brille la claridad de una cierta manera para que algo que parecía borrado se presente, como saliendo del mar, purificado y pleno de vida (Zambrano, 2012: 228).

El hombre nace, pues, con la idea de la protección bajo el abrigo del lugar en que nace, se hace, vive y busca su dulce muerte; y que difícilmente es consciente cuando en él se encuentra instalado. Son elementos todos protectores, referencias y rudimentos a los cuales nos aferramos por hacer posible nuestra existencia (Ortega, 2014). Existencia que se hace difícil para el desterrado, pues su vida es una misma «cuesta arriba», pues es el ser expulsado de su tierra y de sus «circunstancias» mismas lo que le caracteriza, una progresiva aniquilación del yo, del yo circunstancial orteguiano. Nuestra «Antígona» así sentencia: «Hay que subir siempre. Eso es el destierro, una cuesta, aunque sea en el desierto. Esa cuesta que sube siempre»; que hacia el final subraya con cierta esperanza: «Pero hay que tener el corazón en lo alto, hay que izarlo para que no se hunda, para que no se nos vaya» (2012: 228). Existe en la concepción del ser de Zambrano cierta analogía

pues con el *Dasein* de Heidegger, en cuanto a la angustia constituyente del «ser-en-el-mundo» como un acceso fenomenológico de la existencia, del estar en el mundo. Si bien Heidegger no conociera la obra de nuestra filósofa, todo hace indicar que Zambrano era conocedora indirecta por Machado de la del filósofo alemán, prueba de ello es el artículo *Machado y Unamuno, precursores de Heidegger*, que Moreno Sanz introduce en el volumen *Los intelectuales*. Según la estudiosa Bundgaard (2011), Zambrano en esas notas hace indicar la constancia de que el existencialismo y el concepto de angustia de los españoles era anterior al de Heidegger. Juan de Mairena, heterónimo de Machado, se pregunta allí: ¿Es que somos algo heideggerianos sin saberlo? El *Dasein* se angustia por su existencia, por estar «arrojado» en el mundo, lo que revela la facticidad de su propio ser;<sup>14</sup> angustia la del ser «exiliado» que aparece suspendido en su existencia sin poder asegurarse ante una posibilidad determinada, la existencia por tanto de la «nada» como concepto, pero experiencia de vida y de creación en el pensamiento de María Zambrano.

### 3.5. Autobiografía del exilio

Aunque escrita en La Habana 1952, *Delirio y destino* aparece publicada en 1989, cuando Zambrano se encuentra y reside ya en España. Es en una autobiografía, o «confesión» según quería hacer resaltar la propia autora, que trasciende lo personal a lo colectivo español, y que recoge tanto sus hechos y reflexiones personales como los importantes hechos en España y Europa, introduciéndonos a la vez en los fundamentos filosóficos existenciales en los que Zambrano reflexionaba. Hacia el final del relato le dedica un capítulo a su partida hacia el exilio.

Zambrano nos habla de su «desamparo» absoluto como «sujeto» en el exilio, y aquí nos hace reflexionar sobre la conciencia de un «ser» diferente, no ser iguales a los demás, de no ser ciudadanos de ningún país, pues eso es lo que significa ser desterrado, refugiado o exiliado; condiciones que los vincula con lo más profundo del «ser terrestre» que somos:

---

<sup>14</sup> En *Ser y tiempo*, Heidegger, la angustia es parte constituyente del estado en el que se hace patente la unidad del «ser-en-el-mundo», y de esta manera se vuelve el medio de acceso fenomenológico a dicha unidad, es entonces en la angustia cuando se revelan los momentos de la existencia. En LEYTE, A., *Heidegger*, Alianza, Madrid. 2006.

Mas ahora no se sentía en ninguna parte, en parte alguna del planeta, como sucede en el centro del océano cuando el alma no siente señal de la presencia de la tierra, de esa presencia que se acusa antes de hacerse visible, antes de que el vuelo de ningún pájaro la anuncie, por una especie de presentimiento del ser terrestre que somos, por un sentir originario, de las raíces del ser, que sólo en la tierra encuentra su patria, su lugar natural, a pesar de la lucha que ello entraña, o por ella, la tierra (Zambrano, 1989: 238).

Hermoso párrafo que describe su viaje hacia la «nada» que significa el «exilio», la conciencia de estar en una parte del mundo en el cual el ser humano es un ser en la inmensidad, en el que no le es posible asirse a la existencia, entendida ésta como una experiencia tanto en lo terrenal como en la acción vivencial y «simbólica» que es nuestro pasar por la vida. Nuestras dolorosas evidencias de la experiencia de la vida ayudan a comprender los símbolos que la contienen, un fallecimiento familiar, una dolorosa traición o el fracaso mismo del proyecto existencial. Estas evidencias nos ayudan a dar continuidad a nuestras vidas con nuestros propios ojos. Es un tipo de saber que pone de relieve mediante su obra la capacidad de María Zambrano en la observación de las «evidencias existenciales» del hombre en el entorno en el que vive, y en el que el «sujeto» accede en la mayoría de las veces sin requerir la ayuda de nadie (Barrientos, 2010). Esa forma de proceder en la observación la posee Zambrano desde temprano, cuando se refiere a un gesto inicial en su vida en *Delirio y destino*:

Y en aquellos viajes del suelo a tan alto, debió de aprender también la distancia, y el estar arriba, mirar desde lo alto hacia lo alto hacia la cabeza de su padre, las cosas, las ramas, las paredes se movían, iban cambiando, y eso; atender a lo que cambia, ver el cambio y ver mientras nos movemos, es el comienzo del mirar de verdad; de mirar que es vida (Zambrano, 1989: 238).

En lo trágico es cuando emerge con fuerza el sentimiento de sabernos vinculados con los demás y cuando hemos de retomar de nuevo nuestras vidas. Zambrano ha de nacer de nuevo, desde su humano exilio, construirse un nuevo lugar, «humanizarse» y dar personal carácter a su existencia: «Y no era como otras veces; ahora, su casa había desaparecido y "aquello", su destino soñado, quedaba en suspenso, suspendido entre cielo y tierra o más allá» (1989: 235); el exiliado ha de nacer y salir a la conquista de una nueva vida: «Y era como sentirse otra vez en vías de nacer a través de aquella agonía inédita».

En consecuencia, vivir para Zambrano de alguna manera es morir naciendo; para el exiliado el ser «rechazado» de la vida significa también una muerte sin que esta se manifieste aún en su forma natural: «ser rechazado de la vida de múltiples maneras sin que por eso la muerte abra sus puertas. "Vivir muriendo".» La idea calderoniana sobre el delito de haber nacido está presente en Zambrano en su concepto sobre el ser, pues: «Nacer es proyectarse en un ser que aspira a la posesión del universo. Si no hubiera esta posesión inicial no sería el peor delito el haber nacido y seríamos inocentes» (1989: 17). Sabido es que el pensamiento de Zambrano recoge parte de la tradición poética española. Jorge Manrique y Antonio Machado serán sus guías para poder recuperar los primeros pensamientos filosóficos como poéticos, en su «razón poética» como un método filosófico. Entre sus principales valedores en la voz poética encontramos a Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, Calderón de la Barca, aquellos en los cuales el pensamiento y la vida se mezclan en un mismo acto y concepto.

### 3.6. Metafísica del exilio

Obra de madurez, *Los bienaventurados* es integradora de un «saber de la experiencia», la experiencia encontrada en el exiliado como figura metafísica. Hemos anotado en otra parte que el «saber de experiencia» es para Zambrano una filosofía orientadora de la vida, un saber que se hace necesario a fin de dirigir nuestra experiencia hacia un saber vital, en consonancia con la «razón vital» de Ortega.<sup>15</sup> Por tanto, una filosofía práctica en la cual la ética pasa a formar parte de esa experiencia adquirida. Para Zambrano, la realidad no es coincidente en la formación de la conciencia del hombre en cuanto al poder de asimilar individualmente los acontecimientos que transcurren en el tiempo y su transmisión en sociedad, lo que hace difícil el conocimiento de los hechos en forma de conciencia común. Reflexionando sobre su exilio, Zambrano reflexiona sobre la filosofía existencial en estas cuestiones en *Las palabras del regreso*, y dice así:

El hombre es el ser en el cual ser y realidad no coinciden. Y si no coinciden ante él ni para él es porque no coinciden en él, porque no se da el ser y la realidad coetáneamente, al mismo tiempo, sino en rarísimos momentos, extraordinarios, creadores, fecundamente inacabables, eso sí. Como realidad, el hombre, al igual que todo ser viviente, necesita

---

<sup>15</sup> Véase nota 13 del apartado anterior, epígrafe 2.4.

alimentarse, como ese ser al que no puede renunciar le es dado, impuesto, el alimentar, o séase, el darse, el darse cuando todavía no es. ¿Cómo, pues, lograrse el ser humano si, de ese saber de experiencia, no logra transmitir a alguien la experiencia, dejársela a alguien? (Zambrano, 2009: 69).

Seguidamente, en párrafo a parte, se pregunta Zambrano por el camino a seguir, la posibilidad de transmitir nuestras experiencias verdaderas:

Ha de haber muchos caminos. Ha de haber varios para cada persona, pues que varios son los tiempos; y no me refiero sólo a las circunstancias, sino al modo de vivir el tiempo y el modo de sufrirlo (Zambrano, 2009: 69).

Zambrano llega a la conclusión, reflexionando sobre su exilio, que el hombre le es necesario, para ser, el asimilarse, «así como para pervivir en la realidad tiene que asimilarse. Al asimilarse se asimila a alguien» (2009: 72). Y de este modo Zambrano llega a aceptar su inmenso exilio, asimilar su ser y realidad, asimilarlo, a fin de hacerlo realidad para el resto. Es así como Zambrano llega a aceptar su exilio, no concibe su vida sin él, llega hasta incluso amarlo como patria una vez regresa a España. Si renuncia —dice—, no le hace olvidarlo, sería como negar parte de la historia (2009: 66). Acepta Zambrano su destino, que ha sido su «inmenso exilio», y no renuncia, sería olvidar el tiempo, la historia, y en verdad que todo lo vivido se hace esencial al hombre:

Hay ciertos viajes de los que sólo a la vuelta se comienza a saber. Para mí, desde esa mirada del regreso, el exilio que me ha tocado vivir es esencial. Yo no concibo mi vida sin el exilio que he vivido. El exilio ha sido como mi patria, o como una dimensión desconocida, pero que una vez se conoce, es irrenunciable (Zambrano, 2009: 66).

Si Zambrano profundiza filosóficamente en la metafísica del ser del exiliado, suma además otras figuras como la del «refugiado» y la del «desterrado», tres figuras en conjunto como arquetípicas de un sentimiento de «desgarro» (Abellán, 2001). La experiencia de un ser y su «revelación» que quiere ser una nueva teoría del conocimiento, pues no

existe en nuestra tradición occidental una teoría como tal. Pero sí otros saberes, la arqueología, la filosofía o la historia, saberes que nos ofrecen conocimientos, visiones y análisis que son revelaciones. Ya hemos visto, en el epígrafe 3.1 al inicio de este mismo apartado, que Zambrano se preguntaba si el término «revelación» aplicada al exilio puede que resultara algo excesivo. Pues, es «en el ser y desde el ser» como se hacen presentes las revelaciones, la visión que se da al ser; y, en esa reflexión, afirmará no en vano en *Los bienaventurados*, es cuando una teoría del conocimiento de la revelación se hace más que necesaria.

Por tanto, toda experiencia, según Zambrano, es visión que es ser y desde el ser, está ligada a un ser que es «este que es hombre, este que soy yo, que voy siendo en virtud de lo que veo y padezco y no de lo que razono y pienso» (1990: 30). Y el hombre es quien en primer lugar se padece a sí mismo por la ignorancia de su origen, por una carencia en el sentido de su vida, encontrándose dividido entre ambos sin sentido en su vida terrestre. Al renunciar a la «revelación mítica o legendaria» se ha exiliado de sí mismo, excluido del Universo para caer confinado, «perdido entre la historia». Estas son las revelaciones con que Zambrano abre el capítulo dedicado al exiliado en *Los bienaventurados*, sin la revelación incluso el «universo todo» queda en el exilio:

La historia universal se ha establecido a costa del hombre universal, del ser hijo del universo. Exilio ya, pues; exilio del universo, confinamiento de la Historia Universal a la que Hegel tuvo que conferir el ser sagrada toda ella, al ser abolido –y no por él, precisamente– el sagrado en cuanto tal (Zambrano, 1990: 31).

A continuación, siguen unas apreciaciones, una hermenéutica para comprender la condición del ser exiliado. El exiliado no es «objeto de conocimiento» pero sí «objeto de ser observado», y en esta observación hay una sucesión de estados que crean el camino hacia el exilio. Y, como en todo caminar humano, hay un inicio que en el exiliado es el «sentimiento de abandono», donde empieza el verdadero exilio que define un lugar ausente, aquel lugar del que fue expulsado, «la insalvable distancia y la incierta presencia física del país perdido. Y aquí empieza el exilio, el sentirse ya al borde del exilio» (1990: 32). Y en ese «abandono», comienzo verdadero del exilio, lo define aquello que antes le era propio y que ahora aparece desposeído, jamás llegará a ser suyo en cuanto a



posibilidad de vida, ante la imposibilidad de vivir que es también de morir. Así el exiliado, que se siente abandonado, sin un lugar en el mundo, se hace «revelación» de sí mismo.

Precisamente, con el inicial «sentimiento de abandono» por parte del exiliado, éste termina por ser un «desconocido», el que existe en todo hombre y que sólo el poeta o el artista a veces logra descubrir. Un desconocido que carece de «circunstancias», que vive en la «orfandad» en cuanto que le caracteriza el no tener un lugar en el mundo. Y de nuevo la «nada» como concepto en Zambrano. Es en esa orfandad que significa la nada en la que vive el exiliado, en cuanto a no ser nadie, perdido en el fondo de la historia, cuando la historia deja de ser recordada.

En consecuencia, el exiliado se encuentra ante la «inmensidad del exilio», que viene en silencio para convertir el sentimiento de abandono en desamparo. Del abandono llega ese vacío que significa el estar desnudo ante la intemperie, ante los naturales elementos y sin un firmamento como mediador; los mediadores que son todos aquellos que conforma la humana vida del individuo en sociedad: la familia, el fuego del hogar, la ciudad, la casa con sus objetos; y, de forma más apremiante, el elemento primero del que estamos hechos que es la palabra. «Revelación» del exiliado al descubrirse en esa «inmensidad» que se llega mediante el estado de «abandono», de «desamparo», de la «identidad perdida», pasos que hemos ido nombrando para llegar al lugar del exilio que es el «desierto».

En efecto, el desierto al que llega finalmente el exiliado. Según María Zambrano, es aquel «desierto» que hay que «interiorizar en el alma, en la mente, en los sentidos mismos» (1990: 41). Lugar propio del exilio, que es el de la «carencia» y el «lamento», fragmentos de la patria perdida. El desierto es una isla en el «interior» del exiliado en la cual las ya desaparecidas circunstancias flotan en las aguas movidas por la brisa, brisa que «traerá con ella algo del soplo de la creación» (1990: 42). El exilio es interiorizado por Zambrano, tanto es así que le será difícil renunciar a su propio exilio. En el texto inaugural para un curso de verano, ya en España, confiesa Zambrano lo siguiente:

Creo que el exilio es una dimensión esencial de la vida humana, pero decirlo me quema los labios, porque no querría que volviese a haber exiliados, sino que todos fuesen seres humanos y a la par cósmicos, que no se conociera el exilio (Zambrano: 2009: 66).

El exilio aparece aquí como una dimensión propia a la vida humana. Zambrano, en *Los bienaventurados*, hace uso del recurso a la metáfora del desierto, pues ante las

inmensidades del espacio es el horizonte el único soporte al que el hombre en su existencia puede tener como referencia; pero, para Zambrano, la «inmensidad del exilio» se abre como un ilimitado espacio sin horizonte donde pervive la soledad de «nuestro yo». Inmensidad del exilio que al principio ni es notado, que se va haciendo presente (1990: 39). Por eso la necesidad de interiorizar ese espacio para no extraviarnos, aguzar los sentidos a fin de revelar la verdadera dimensión del exilio y encontrar nuestra anhelada patria que sólo el exilio tiene capacidad de descubrir: «El exilio es el lugar privilegiado para que la Patria se descubra, para que ella misma se descubra cuando el exiliado ha dejado de buscarla» (1990: 43). Zambrano encontró en sus reflexiones sobre el exilio, así como en su exilio histórico, su propia patria, pues según ella escribe, «la Patria es una categoría histórica, no así la tierra ni el lugar»; pues, también «tiene la patria la virtud de crear el exilio» (1990: 42-43).

De nuevo podemos aquí recurrir a Antolín Sánchez Cuervo, pues nos propone lo que para nosotros significa también, en conclusión, el exilio de Zambrano. En verdad este exilio es una singular proyección utópica del exilio; utopía en cuanto es presencia sin un lugar concreto (2004: 408). En toda la reflexión sobre el exilio, Zambrano anuncia una ética y verdad en *Antígona*; al poeta, al místico y al filósofo mismo en *Los bienaventurados*, y en definitiva a toda persona en la misma condición humana, siempre desgarrada por una unidad perdida; y, sin embargo, con la capacidad de convertir este extrañamiento en hogar. Hogar en cuanto anhelo del hombre por habitar un lugar para sí mismo. Pues desde sus inicios el hombre vivió en plena libertad en un paisaje con ocasos y crepúsculos en su horizonte, en comunión con la naturaleza a la que sometió finalmente por su adversidad inhóspita. Tal vez por eso nos invade la nostalgia cuando evocamos aquel remoto tiempo. Pero el hombre emprendió una lucha por encontrar remedio contra esa adversidad de la tierra; comenzando así a tener una idea vaga sobre lo que ha de ser un «hogar», lugar de sueños, anhelos, miedos y triunfos; todo aquello que el hombre es capaz de imaginar y crear. Quizá sea ese lugar el sueño de la ciudad universal, de convertir el desarraigo en hogar. Es justamente José Luis Abellán (2001), quien señala la comunidad humana como la forma natural en que el hombre se instala en el mundo, aunque la inserción en la misma haya adoptado múltiples variaciones a lo largo de la historia, desde la tribu primitiva hasta las actuales metrópolis, pasando por la «polis» griega, el feudo medieval o el burgo renacentista. El individuo aislado es, pues, una abstracción que se hace inviable para el ser. Zambrano, de patria en patria, sin acomodarse en ninguna, que al mismo tiempo crea del

exilio su misma patria, echa raíces en la nada para rescatar ese sueño del lugar ideal, de ese espacio que hizo suyo, el cual concibe como esencial. Según Sánchez Cuervo (2004), resulta paradójico este exilio zambrano, que para ella parece ser irrenunciable, habitable en cierta medida, y que lleva según su voz el nombre de Patria. En definitiva, necesita de ese exilio para paradójicamente dejar de serlo; exilio donde poder desarrollar su propio yo al margen de cualquiera de las alineaciones que nos va imponiendo la sociedad en nuestro desarrollo como individuos, y tal vez por recrear de nuevo el universo, hacerlo lo más habitable posible. La utopía de este exilio consiste, precisamente, en que este se acabe, reconocido esto en palabras propias de Zambrano, a las que de nuevo hemos de volver: «yo querría que no volviese a haber exiliados» (2009: 66).

En resumen, podemos observar, con la lectura cronológica de las obras referentes al exilio aquí propuestas de María Zambrano, las reflexiones sobre el «hombre» al cual lo considera como un «ser exiliado de sí mismo», escindido, bajo la crisis que vive la cultura occidental producto de un idealismo filosófico llevado a sus máximas consecuencias. Es gracias a la figura del «exiliado» como Zambrano va entendiendo al hombre de «carne y hueso», en referencia a Unamuno (Elizalde, 2012), en la comprensión del hombre y su lugar en el mundo. Desde la *Carta desde el exilio*, va configurando, en contraposición, un tratamiento «metafísico» del ser contemporáneo, realizando una introspección de su interioridad, de sus necesidades, sueños, realidades, junto con otros conceptos como el «origen», el «destino», la «muerte», la «vida», todos ellos en relación intrínseca con la «experiencia de la vida» que describe al ser humano en su pasar terrestre e histórico.

La idea de Zambrano es dar amplitud al constreñido pensamiento occidental, ampliar su reflexión a fin de abrir nuevas perspectivas a la «teoría del conocimiento» con una profunda reflexión sobre lo que significa la experiencia del «ser,» desde una intuición que admita una nueva forma de «razón», un conocimiento que pueda esclarecer el «saber de la vida», de la vida del ser humano y su posible reencuentro con su natural origen; y, en particular, a lo que aquí nos trae, por una comprensión en la figura del «exiliado», a fin de que nos permita prevenir en tiempos futuros de nuevo su tragedia.

Para acabar, hemos visto que este concepto del exilio como categoría en Zambrano se desarrolla en dos dimensiones principales. Es justo señalar que Mercedes Gómez Blesa (2009) ha sido quien ha desarrollado en su introducción en *Las palabras del regreso* este concepto, coincidente con lo que nosotros hemos intentado exponer aquí con la

lectura de los principales textos de la autora en referencia al exilio: una dimensión de circunstancias históricas en la que el exilio en nuestra autora es una realidad a la que ha optado sin dejar de ser impuesta; y, otra de más profundidad, la concepción metafísica en la que se hace «revelación» en Zambrano, junto a un «saber de la experiencia» como teoría del conocimiento. Sin estas dos dimensiones, como nos señala Gómez Blesa, es difícil penetrar en la complejidad del significado del exilio vivido por la filósofa española. Exilio, por otra parte, que representa toda una fenomenología para llegar a comprender el humano exilio en el hombre moderno, en su averiguación por su misma universalidad humana, en su caminar hacia la conquista de su propia libertad; como hiciera en la incerteza del alba cuando nuestro Don Quijote saliera al camino en búsqueda de su verdadera patria.

## 4. CONCLUSIÓN

Hemos podido comprobar que la primera forma de compromiso en María Zambrano viene dada ya en los momentos previos a la proclamación de la República, tanto su implicación social y política, como por su esfuerzo intelectual por analizar las circunstancias sociales e ideológicas del momento, que requiere un claro posicionamiento por parte del intelectual. Es evidente la preocupación que tiene Zambrano por las necesidades de los más desprotegidos, obreros, campesinos y la mujer en su lucha por inscribirse en un nuevo estamento social, en estos años previos a la proclamación de la República. Se hace consciente de una realidad del país en el que la pobreza e injusticia crean el descontento y desarraigo social. Su actividad no sólo es política, sino en el ámbito universitario participa de forma activa en el mundo estudiantil, en el núcleo de la Federación Universitaria Española (FUE), grupo de fuerza contra la política del dictador Primo de Rivera.

La exigencia por la fidelidad al pueblo la hace tomar partido por los sectores de izquierda en defensa de la II República, que se proclama el 14 de abril de 1931, lo que significa un tiempo feliz para ella, uno de esperanza para los más desfavorecidos, así como una apertura cultural en un país básicamente agrario y con un índice alto de analfabetismo que había que combatir desde las esferas del poder de la República. María Zambrano participa en las Misiones Pedagógicas, toda una experiencia de educación popular en la que Zambrano se siente comprometida. De esa misma exigencia de fidelidad a las necesidades del pueblo le impulsa a responder al doctor Marañón; y, años más tarde, al mismo Ortega y Gasset, que representan una posición del liberalismo político español.

En una primera Carta, con fecha del 11 de febrero de 1930, Zambrano da cuenta a su maestro de no contemplar la República como alternativa. Para algunos autores, hemos visto, la influencia de la carta de Zambrano le hace a Ortega a escribir su «El error Berenguer», que concluye con su célebre *Delenda est Monarchia*, artículo aparecido en el *El Sol* el 3 de noviembre de 1930.

Los tiempos de la República se caracteriza por un fervor y compromiso político por parte de María Zambrano ante los conflictos que tuvieron lugar en pocos años, su actitud será la de hacer frente a las adversidades, de resistencia incluso a costa de la propia vida. Esta perspectiva incide en su reflexión sobre la actividad de los intelectuales que ha de sobrellevar en la sociedad y en la historia de España. Zambrano se cuestiona,

posteriormente, los motivos por los que la República se ha visto vencida y la consiguiente guerra civil, una situación prácticamente sin salida. En los *Intelectuales en el drama de España*, escrita entre los acontecimientos de 1936 a 1939, intenta de alguna forma dar explicación de los acontecimientos que marcaron para nuestro destino más reciente, y al mismo tiempo hacernos comprender la historia de España, cómo ha sido posible un fascismo que en un primer momento no tenía su origen en lo español y su tradición.

Analiza Zambrano, en *Los intelectuales en el drama de España*, la naturaleza del fascismo, en el que señala su falsa idea de la vida, bajo la desesperación impotente por hallar una salida se lanza al crimen y a la violencia. Esto sucede ante los cambios inevitables del siglo XX, cuando el pueblo más esperanzado apostaba por un sistema político democráticamente elegido. Varias son las conclusiones a la que llega Zambrano sobre qué es el fascismo:

- a) Pretende ser un comienzo, cuando en realidad no es más que una desesperación impotente en hallar una salida a una situación que en verdad es insostenible.
- b) Hay en el fascismo una negación a la vida, la misma que el idealismo europeo se niega a la realidad, y que le incapacita para el acto amoroso, y que al reconocerse nada más que a sí mismo y no reconocer más realidad que la suya propia, responde así con la violencia de la muerte. La incapacidad del fascista por la creación, por su auténtico vacío en el quehacer, le hace responder con violencia, incluso con la muerte, por su incapacidad en aceptar una verdad dada y por no saber reconocer aquello que le contradice.
- c) Existe, en consecuencia, una máscara de una actitud fascista que tratan de justificar el profundo desprecio por el intelectual, desprecio que en España ha tenido especial significación por aquellos más poderosos.
- d) La llegada del fascismo en España es producto de una traición de la España oficial, la cual se presenta con una falsedad histórica y que impide el crecimiento de una España viva con la que ella se identifica y quiere defender.
- e) Se produce el fascismo en un tiempo de crisis social y coyuntura económica determinada, pero el fascismo en concreto es producto de los propios fascistas, en el que podemos ver un prototipo de hombre fascista con sus características reconocibles. Nos advierte al mismo tiempo de los peligros que supone la

intransigencia, la inteligencia instrumental, la oscura y pesada palabra de la mentira que instrumentaliza el fascismo.

En los escritos de la guerra civil, Zambrano intenta profundizar el problema de España, conocer cuál es su tradición. Una de las conclusiones será el distanciamiento de la cultura del pueblo con las élites sociales y alude a las circunstancias por las que el hombre se ve sumergido por la crisis de la cultura occidental y la trágica repercusión de la guerra civil española. Llega a la determinación Zambrano de la necesidad de una nueva crítica de la razón humana ante las circunstancias catastróficas por las que atraviesa. Desde una razón armada y militante, reflexiona al mismo tiempo ante una posible nueva razón, un nuevo entendimiento, que confluye en una razón poética, primer momento en que Zambrano la señala en «*La Guerra de Antonio Machado*».

Es el momento, además, en que se aprecia el distanciamiento con respecto a su maestro Ortega y Gasset, iniciado en los acontecimientos por los sucesos por la revolución de octubre de 1934; por los cuales Zambrano obtiene una actitud aún más militante y de compromiso político que simpatiza con ideales cercanos al ideario comunista.

En los análisis hemos podido señalar un compromiso político razonado en Zambrano, teniendo en cuenta las circunstancias dramáticas vividas en la guerra civil, en contra de otras opiniones que determinan un carácter en Zambrano por un compromiso radical extremo. Concluimos en determinados parámetros en esta cuestión que podemos enumerar de forma breve en lo siguiente a fin de apoyar nuestra tesis:

- a) Zambrano aboga por el uso de las letras como combate, por la sabiduría como razón.
- b) Aparece su *razón militante*, una razón armada, de origen griego, contra la barbarie de la guerra que suponen una contrariedad humana.
- c) Señala una nueva razón que debe servir como guía en la misión del intelectual.
- d) El compromiso de Zambrano es por todo lo que representa la República, lo cumple con rigor desde una posición moral e intelectual.
- e) Zambrano no ejerció militancia alguna en ninguno de los partidos; antes la filosofía ocupa un lugar primordial en su experiencia vital. Podemos establecer una simpatía en Zambrano por el socialismo en general, lejos de identificarse con extremismos, le reconoce un valor ideológico, político y de dimensión humana.

e) Los escritos de la guerra civil suponen su inicial madurez hacia una etapa que será finalmente la de las primeras formulaciones explícitas de su razón poética.

En cuanto a su largo exilio, podemos destacar su importancia en la reflexión que nos ofrece María Zambrano, aunque son pocos los textos que dedicara con total profundidad a la cuestión. Sin embargo, son estos de gran hondura y profundidad en el análisis. Sus principales textos aparecen en algunos escritos, cartas, artículos, y por medio de algunas obras que se nos ofrece con intensa madurez. Con todo, podemos articular de Zambrano como una auténtica teórica del exilio, siendo pocos los autores que dedicaran a la cuestión estudios que reflejan un dramático acontecer histórico como el vivido por nuestra autora.

Podemos igualmente aquí señalar factores generales que sobresalen y le dan cierto carácter al exilio de María Zambrano. En primer lugar, su vida itinerante sin descanso posible. Sucesos dramáticos, en otro lugar, que guardan una imborrable memoria en Zambrano a lo largo de su trayectoria intelectual. En otro lugar destacado, el exilio como circunstancia definitoria para llegar a comprender su biografía, así como su pensamiento filosófico en la historia intelectual española contemporánea, que guarda relación con su visión del ser humano. Y, finalmente, el exilio como destino de vida en la filósofa, el cual estuvo siempre presente en su biografía.

Como se desarrolla estos datos o factores a lo largo de su producción intelectual, lo hemos podido desarrollar con breves análisis de sus textos principales indicados en el apartado. Pero podemos hacer una breve síntesis mediante un nuevo esquema a fin de clarificar puntos que nos parece relevantes en esta larga etapa en Zambrano:

a) En el exilio de Zambrano sucede un sentimiento de discontinuidad del ser en forma de conciencia, pues tiene su origen en un pasado familiar ya en destierro. Su existir, por tanto, puede ser considerado como un «fuera de lugar», en la que ella medita y reflexiona tempranamente.

b) Con esta raíz, la filosofía le sirve a Zambrano tanto como medio reflexivo, como un testimonio con su pensamiento con respecto a los terribles sucesos del siglo XX en España, y también en Europa, que los convierte en fundamento desde una perspectiva filosófica.

c) Su condición de exiliada será fundamental para su obra, en la cual recoge como principales armas la memoria, la palabra y la conciencia histórica en contra del



olvido. Por tanto, el exiliado es portador de una conciencia única, una voz y palabra a la que no le podemos negar si no queremos olvidar.

d) El exiliado no tiene una dimensión concreta, su inmensidad viene dada por un sentimiento de abandono que se convierte en sentimiento de desamparo, vacío en cuanto la imposibilidad de ser individuo en sociedad.

e) Hay una metafísica del exilio, que para Zambrano se presenta como «revelación» para una nueva teoría del conocimiento.

Con estos factores, podremos indagar en la palabra que se hace poesía a fin de hacer un nuevo pensar que debe ser razón. La palabra para Zambrano es la escritura en la cual el exiliado, y todo ser, refleja su abandono, y en este estado, hemos señalado en nuestro trabajo, que el ser se descubre en el universo. Sus principales obras que encierra este ideario, podríamos denominarlo como la filosofía del exilio, serán *Antígona*, *Los bienaventurados* y *Carta sobre el exilio*. En esta concepción del ser como abandono hemos postulado cierta analogía con la filosofía heideggeriana, que dejamos sin profundizar y que puede ser cuestión importante para un futuro trabajo.

Aunque Zambrano, es rica con otras analogías filosóficas. Lo trágico, por ejemplo, lo hemos visto en su concepción filosófica. La tragedia para Zambrano es nada menos que el «humano exilio» que hemos querido aquí desarrollar. Éste es fundamento para que la persona, como ser humano, pueda construirse un lugar, humanizarse y dar un carácter a su existencia. El exiliado, nace de la nada, y de la nada debe hacerse, construirse, conquistar la vida de nuevo, en contra de su inmensidad. Es necesario interiorizar ese espacio según Zambrano, que señala como fundamental para el no extravío, avivar nuestros sentidos para revelar la verdadera dimensión que representa el exilio. Zambrano coloca aquí una filosofía de la «revelación» como nueva teoría del conocimiento, al no existir en nuestra tradición una teoría como tal. Así el exiliado, es un ser revelado a sí mismo y el exilio aceptado por Zambrano como una dimensión esencial en la vida humana, aunque desea que no volviese a haber exiliados, sino que todos seamos seres humanos, que no se conociera el vocablo exilio.

Creemos dejar aquí abierta posibles líneas de trabajo en la filosofía zambranianiana: la revelación como teoría del conocimiento que propone Zambrano, por lo que supone de innovador en la filosofía occidental, junto a la interiorización del exilio en el ser en cuanto ser en el mundo en referencia a un posible *Dasein*, puesto que para Zambrano, el ser

humano radica en recorrer el camino escondido de sí mismo e inmerso en el desconocimiento, buscando sus equivalencias en la filosofía de Heidegger, Nietzsche, Kierkegaard, cuestión que ha estudiado la doctora Ana Bundgaard.

Por otra parte, en lo apuntado en el Anexo 2, *La soledad de María Zambrano* (véase al final del trabajo), sería de interés aportar nuevas luces al desconocimiento que durante largo tiempo permaneció de incógnito la obra de Zambrano. Nos hemos apoyado en trabajos sobre la cuestión en José Luis Mora García, gran conocedor de la recepción de la obra de María Zambrano; en Juan Carlos Rodríguez Álvarez, en relación a las relaciones personales de Zambrano en el exilio, además de algunos Seminarios que se han realizado desde 1983, época que comienza su reconocimiento a partir de lo dicho por J. L. Aranguren en su momento. Por lo general, no nos ha sido posible profundizar más en esta cuestión. Ha sido nuestra intención, eso sí, con lo apuntado en este anexo, aportar algo de claridad que sirviera de apoyo a lo propuesto en nuestro trabajo en referencia al camino intelectual emprendido por nuestra autora desde el drama español. Tres son las cuestiones de relevancia que pueden servirnos en esta cuestión y que hemos dejado reflejado en el citado texto:

- a) Un olvido que abraza de forma significativa a los exiliados perseguidos por el régimen franquista, en el que se encontraría María Zambrano.
- b) Una exclusión, desidia u olvido, al parecer, por los mismos discípulos de Ortega y Gasset por la figura de Zambrano, apuntado por Aranguren en su momento.
- c) La falta de una posición académica estable en el quehacer intelectual de Zambrano, bien por circunstancias trágicas que supone el drama español, bien por la singularidad del pensamiento de Zambrano, o efecto de la misma personalidad de la filósofa española, asuntos señalados por José Luís Mora García que hemos hecho servir como fuente.

Son estas las conclusiones que en su conjunto nos parecen fundamentales para llegar a un conocimiento en la personalidad de María Zambrano. En definitiva, lo decíamos ya en nuestra introducción, todo el pensamiento, obra y vida de Zambrano, supone un complejo lienzo que resulta a veces difícil de diferenciar; figura intelectual, por sí misma, inagotable en cuestiones filosóficas si se quiere; en síntesis, una filosofía por develar aquello que le permanece oculto al hombre, junto con el exilio como circunstancia lograda y revelación para tal fin.

## 5. ANEXOS

### Anexo 1. Breve cronología (1928-1939)

A fin de comprender y estudiar bien el progreso de la trayectoria intelectual de nuestra autora, podemos seguir aquí el criterio de dividir de forma básica su cronología en cuatro períodos de formación. Una **primera etapa** nos deberemos remitir a sus padres, sobre todo a la figura de Don Blas Zambrano. Una **segunda etapa** sería su formación intelectual en el cual el proceso de racionalización coincide con al nacimiento de la República, reflejado mayormente en su libro autobiográfico *Delirio y destino*. Una **tercera etapa** se correspondería con su experiencia intelectual en el conflicto de la guerra civil y su acción política de compromiso. Una **cuarta etapa** la de su largo exilio que se prolonga durante cuarenta y cinco largos años. Una **quinta etapa** sería su regreso a España en 1984, donde aún redacta, ayudada por Moreno Sanz, *De la aurora*, así como *El sueño creador*, por Fernando Muñoz. Dicta algunos artículos y aparece *Senderos* y concluye *Notas de un método*. Se le concede el premio Cervantes en 1988. Fallece el 6 de febrero de 1991. No obstante, los períodos cronológicos que aquí vamos a comprender de forma breve son su formación intelectual, pasando por la guerra civil y hasta el momento de iniciar su exilio, de 1928 a 1939.<sup>1</sup>

**1928.** Participa María Zambrano en la federación Universitaria Española (FUE), como fuerza de presión contra la dictadura de Primo de Rivera y desde ella se promueve el encuentro de intelectuales y políticos españoles que da como resultado la fundación de la Liga de Educación Social (LES). En este mismo año comienza a impartir docencia para estudiantes de bachillerato en el Instituto Escuela. Escribe en dos medios: *Libertad y El Liberal*, doce artículos de clara influencia de Scheler y Ortega. Muestra un sentido reformista del liberalismo. Escribe «Ciudad ausente»

**1929.** Aunque guarda reposo por una tuberculosis diagnosticada el año anterior, muestra actividad en colaboraciones con la FUE en redactar manifiestos y algunas cartas. En un año en el que se siente feliz cuando de nuevo sale a la calle, tiempo de promesas y abierto

---

<sup>1</sup> Para una investigación de los diferentes hechos históricos en la biografía completa de la autora: Seminario María Zambrano, <http://www.ub.edu/smzambrano/mzcronologia.html>. Véase también: María Zambrano, *Obras completas* (OO.CC.), Jesús Moreno Sanz (director), vol. VI, Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2014, 45-129. También inserta en María Zambrano, (1998), *Los intelectuales en el drama de España y escritos de la guerra civil*, Presentación de Jesús Moreno Sanz, Madrid: Trotta. Véase bibliografía.

al futuro. Hacia el otoño comienza su redacción de su primer libro: *Horizonte del liberalismo*. Surge la amistad con Jiménez de Asúa y Fernando de los Ríos.

**1930.** Caída de Primo de Rivera, el 20 de enero. Aparece el artículo de Ortega: «Organización de la decencia nacional», artículo que Zambrano le critica duramente mediante la carta emitida el 11 de febrero, retando a su maestro a posicionarse de forma clara a la exigencia de los tiempos y en la que le comunica que la Monarquía ha de ser eliminada. Colabora con Nueva España, grupo de carácter socialista y esperanza de un nuevo espíritu, el de 1930, en concordancia con «aquel tiempo feliz» con el que Zambrano se refiere. Es un año pues que se muestra creador, en un ambiente además de libertad, y en septiembre María Zambrano, hija de maestros y familia de clase media, publica su primer libro publicado, *Horizonte del liberalismo*, con el que recibe excelentes críticas, en el que aparece una profunda renovación por la transformación política, social y espiritual de la sociedad, germen que posteriormente irá creciendo su crítica de Occidente.

**1931.** Es nombrada profesora auxiliar de metafísica en la Universidad Central. Imparte clases también en la residencia de Señoritas. Comienza su tesis doctoral sobre Spinoza, que nunca terminará y de la que ha quedado el artículo «La salvación del individuo en Spinoza» de 1936. Participa en mítines de la coalición republicana y socialista. El 14 de abril asiste a la Puerta del Sol a la proclamación de la II República, momento que es recordado como un instante en que «España estaba libre del hechizo de los malos encantadores que le habían sustraído el alma», en su posterior libro *Delirio y destino* (1989: 228). Quedaba proclamada la República y con ella se abría la esperanza para los más humildes, pero también la amenaza para los más privilegiados. También recuerda Zambrano una premonición que refleja en otro artículo sobre la imagen de un hombre con camisa blanca y brazos abiertos al grito de: ¡Qué viva la República! Según ella era «un fragmento real de *Los fusilamientos* pintados por Goya, donde hay ese hombre vestido de blanco y con un grito que no se oye», aparece en *Las palabras del regreso* (2009:107).

**1932.** Un año de los más confusos, contradictorio y crítico en su vida. En política será decisivo. Sustituye a Zubiri como profesora de metafísica en la Universidad Central. Se siente vinculada a Ortega. Sin mucha actividad en la escritura y una de nuevo salud delicada su estado de ánimo es angustioso, según refleja en su tercera carta fechada el 28 de mayo a Ortega con cierta pasión: «Volvemos a pasar días de angustia; distinta angustia porque es distinta su causa y obra de distinta manera sobre nuestro ánimo». Angustia por

ella y su generación a la que se la antoja desorientada, en «delirio» y en desconfianza. Las esperanzas de una nueva España parecen ser que se desvanecen, quedan lejos, les «parece estar viviendo en un país abandonado» (Zambrano, 2011a: 217). Momento de un *grosso* error político: la firma del manifiesto del Frente Español (FE), por un Partido Nacional empujada por la sombra alargada de Ortega. Zambrano de inmediato reconoce su carácter fascista que el movimiento adquiere y ella misma por poderes disuelve. Las mismas siglas del movimiento se harán servir posteriormente para la Falange Española.

**1933.** Sale de la confusión y de la angustia del año anterior. Año de una verdadera inflexión que marca su camino hacia la escritura y comienzo a su filosofar peculiar, asimismo se abre por entero a su compromiso político que aboga hacia la democracia y la libertad del individuo. Participa en las Misiones Pedagógicas. Nace el pensamiento sobre la crisis occidental que deriva hacia la filosofía tan original en Zambrano. Está presente en círculos intelectuales y en revistas como la orteguiana *Revista de Occidente* y *Cruz y Raya* de Bergamín. García Lorca, Dámaso Alonso Juan Ramón Jiménez, Guillén son figuras que rodean su vida. Sin embargo, las elecciones del 19 de noviembre devuelven el poder a la derecha y se abre el período conocido por «bienio negro». Siente Zambrano la necesidad tal vez de retirarse como otros intelectuales de la izquierda.

**1934.** Se inicia la nueva filosofía, su lógica del ser y sentir «hacia un saber del alma». Siente la inquietud de la escritura cuando comienza a decir en su artículo *Por qué se escribe* que el «escribir es defender la soledad en que se está», aparecido en junio en *Revista de Occidente*. Es el germen de todas las temáticas esenciales de la obra Zambrano, es decir, desde la sensibilidad e inmersión entre el alma y la conciencia o psique, a la crisis cultural de Occidente y en lo que ella denomina el «sentir originario», que no es mas que aquel sentir que nace de la experiencia de todo ser humano. Su posición política es también clara que refleja de forma determinante en artículos e intervenciones públicas, posición en la que se muestra crítica con el liberalismo y el fascismo, el cual analiza en términos ideológicos y sociológicos como una experiencia de la catástrofe de la racionalidad moderna e idealismo. En consecuencia, dará como resultado la teorización por una nueva conciencia en el hombre y que culmina en los escritos de la guerra civil.

**1935.** Año de reflexión política y filosófica e intensas lecturas: Dostoyevsky, Kafka o Proust, por un lado; y Descartes, Kant, Husserl, Fichte y Hegel, por otro. Un grupo de jóvenes intelectuales —Bergamín, Serrano Plaja, Dieste, Maruja Mallo, Rosa Chacel,

entre otros—, y en ocasiones Neruda, Lorca o Cernuda, se reúnen en casa de María Zambrano. Este año no es prolífico en la publicación de escritos: «Un libro de ética. (Sobre ética general de R. del Prado) y «El año universitario», balance político de la situación universitaria española, que aparece en *El Almanaque Literario*, en conmemoración de los centenarios de Lope de Vega y el Romanticismo español.

**1936.** A inicios de año trabaja su tesis, pero solo se publicará como artículo «La salvación del individuo en Spinoza». También aparece, en Sol, «Ortega y Gasset universitario», intento de ofrecer un retrato de gran docencia académica de su maestro. Así para Zambrano, lo importante de sus lecciones magistrales es su palabra, lecciones universitarias —según Zambrano— que trascienden por su carácter científico y de rigor señalando al directamente al ser humano. Se suma al Manifiesto de la Alianza de Intelectuales para la defensa de la Cultura (AIDC), de cuya redacción pone de su mano. María Zambrano tiene 32 años cuando estalla la guerra civil el 18 de julio. Se une en matrimonio con Alfonso Rodríguez Aldave, secretario de la embajada española en Chile. Desde la AIDC se ofrece conseguir la firma de Ortega, Zambrano pacta con él para que estampe su firma en el manifiesto.

**1937.** A primeros de octubre, junto a su marido Alfonso Rodríguez Aldave en calidad de secretario de la Embajada española en Santiago de Chile, viajan a la capital chilena. Pasan por Cuba, La Habana, donde conoce a Lezama Lima, abriéndose una amistad perdurable entre ellos. Trabaja con intensidad desde Santiago por la causa republicana. Es cuando sale a luz por vez primera *Los intelectuales en el drama de España*, editado en la capital chilena por Panorama. Publica artículos en *Hora de España*, revista que será referente por la resistencia intelectual antifascista. Regresa con su marido aún a sabiendas que la guerra esta perdida. Su marido se incorpora al frente, mientras que Zambrano recalca en Valencia, donde se instala el gobierno provisional de la República, y desde donde trabaja para *Hora de España*, que pasa a formar parte de su Consejo de Redacción. Revista fundada por Rafael Dieste y Manuel Altolaguirre, aparece con cierta calidad en apariencia tipográfica, cuidado diseño e ilustrada por Gaya, reflejaba fielmente su pretensión intelectual de cierto nivel gráfico. Su primer número está fechado en enero de este año, lo que indica su preparación hacia finales de 1936. En ella aparecen distintos artículos de la autora, entre ellos hay que destacar «La guerra de Antonio Machado», en donde por vez primera se anuncia su «razón poética». Participa en el *II Congreso internacional de*

*escritores para la defensa de la Cultura*, celebrado del 4 al 17 de julio, en el que colabora en una ponencia conjunta con miembros de *Hora de España*.

**1938.** Se traslada a Barcelona a vivir con su familia a inicios de año. Publica en *La Vanguardia* en la que sale impreso «La nueva moral», «El materialismo español». Imparte curso en la Universidad de Barcelona, sobre el estoicismo, el pitagorismo y Plotino. De ahí es probable que saliera «Antonio Machado y Unamuno, precursores de Heidegger». Aparecen sus artículos centrales de la guerra: «Un camino español: Séneca o la resignación». El 26 de junio escribe desgarradora carta a Rosa Chacel en la que le da cuenta de su soledad, consciente del inicio de la diáspora de los intelectuales; aunque permanece en Barcelona, donde se siente ligada a la lucha por España, pero a ningún partido político concreto. En la misma carta refleja algunos de sus proyectos de escritura en la que aparece «Filosofía y Tragedia» (su posterior *Filosofía y poesía*) y «Misericordia», sobre la obra de Galdós, y un libro que posteriormente será *Pensamiento y poesía en la vida española*. Fallece su padre, Blas Zambrano. También acude a despedir a los brigadistas internacionales. En la imprenta queda impreso el número XXIII de *Hora de España*, de la cual jamás saldrá. En ella aparecen dos escritos suyos: «Las ediciones del Este» y «Pablo Neruda o el amor a la materia». El 23 de diciembre se inicia la ofensiva de las tropas nacionales contra Catalunya. La guerra parece perdida.

**1939.** El 28 de enero en compañía de su madre, su hermana y el marido de ésta, María Zambrano cruza la frontera francesa camino hacia su exilio. En otro grupo distinto, en ese mismo día, Antonio Machado cruza también la frontera en compañía de su propia madre, ambos mueren algunos días después, en Colliure, próximo a la frontera. Las últimas palabras escritas por el poeta andaluz consistía en un fragmento dedicado precisamente al padre de Zambrano, su *Mairena póstumo*, por su muerte reciente, destinados a ser publicado en el número XXIII de *Hora de España*, revista que se imprime en el mismo mes y queda encerrada dentro de la imprenta, no viendo la luz hasta el 1969. El matrimonio de María Zambrano parte días después a París, desde donde salen para México; mientras su madre y Araceli se quedan Francia. El compañero de Araceli, Manuel Núñez, será detenido días después por los nazis, y extraditado posteriormente por presiones de las autoridades franquistas, finalmente será fusilado en Madrid. Comienza la etapa del exilio en María Zambrano una vez llega a México: «Ahora su casa había desaparecido y “aquello”, su destino soñado, quedaba en suspenso, suspendido entre cielo y tierra o más allá», así lo refleja en “Hacia el Nuevo Mundo”, capítulo en *Delirio y destino* (1989: 235).

## Anexo 2. La soledad de María Zambrano

Decía Jesús Moreno que María Zambrano había sido el magisterio ausente que ha faltado en el pensamiento español de la segunda mitad del siglo XX. Dicho esto, agradecía luego, al profesor J. Luis L. Aranguren el haber sido el primero en destacar el pensamiento de María Zambrano. Esto fue así en un momento en que nadie, absolutamente nadie, de la Academia se dignaba hablar de María Zambrano. Esta reflexión fue recogida en mesa redonda en el Seminario sobre *El pensamiento de María Zambrano*, en la que intervinieron el mismo Jesús Moreno Sanz, J. Luis Aranguren, J. A. Ugalde y Antonio Marí, realizado en Almagro los últimos días de junio y primeros de julio de 1983, y recogidas sus ponencias en el libro con el mismo título.<sup>2</sup> Y es cierto que el maestro Aranguren fuera el primero en advertir, a través de diversos artículos de prensa, la relevancia del pensamiento de María Zambrano. Fue, precisamente en la *Revista de Occidente*, en su número 36, de 1966, que Aranguren destacaba de este modo a Zambrano:

Si los escritores españoles no fuésemos tan duros y tan indiferentes los unos para con los otros, si de verdad nos importase lo que los demás hacen por su valor objetivo y no para elogiarles porque son amigos nuestros o, al revés, para denostarles porque no pertenecen a nuestro grupo, hace tiempo que alguien habría estudiado, como se merece, la obra de María Zambrano (Aranguren, 1966: 207).

Podemos considerar esta fecha como el comienzo de un reconocimiento por la obra de María Zambrano en España. Fecha en la que se hace justicia mediante la pluma de Aranguren de esa indiferencia del mundo español por el auténtico valor de sus pensadores, y por primera vez se recuerda a María Zambrano en España desde que da comienzo su exilio del país que la vio nacer. Un olvido que abraza de forma significativa a los exiliados perseguidos por el régimen franquista; no obstante, hemos de señalar que esa condición no tiene por qué ser una justificación, aunque sea parcial, de ese olvido (Savignano, 2008: 251). Ya indicamos en nuestra introducción el silencio imperante que se había abatido sobre la figura de María Zambrano durante años, prácticamente todo su exilio. Hasta su regreso a España no se la reconoce oficialmente como es debido con

---

<sup>2</sup> Papeles de Almagro. *El pensamiento de María Zambrano*, Textos de F. Savater, J. Moreno, A. Amorós, A. Marí, F. Muñoz, E. Cioran, A. Colinas, J. Castillo, J. L. Aranguren. Y *El Camino recibido*, de María Zambrano, Madrid: Grupo Cultural Zero, 1983.



motivo de la concesión del premio Miguel de Cervantes en 1988, premio por la que se le reconocía si no su trayectoria filosófica en sí misma, sí a su escritura, por ser esta de una original profundidad y personal expresión. Nos extrañaba, decíamos en la introducción, el silencio entre los círculos universitarios, entre los que fueron sus colegas como José Gaos, al decir de José Carlos Rodríguez Álvarez, que en sus *Confesiones profesionales*, siendo una autobiografía filosófica, no aparece nombrada nuestra filósofa. Cosa extraña por considerarse el libro citado como un itinerario de vida, la de un profesor filósofo que se cruza con la vida de Zambrano ya en Madrid y durante algunos años en el exilio en México comparten la misma tarea de la docencia (Rodríguez, 2012: 66). Sí lo hace posteriormente en una carta escrita para María Zambrano, fechada, según el artículo de Rodríguez Álvarez señala, en abril de 1949. En ella responde a una pregunta que Zambrano realiza sobre una afirmación del propio autor acerca del carácter sistemático de la filosofía de Ortega en sus escritos últimos. José Gaos —prosigue el citado artículo—, le responde que los papeles los ha perdido y no recuerda lo dicho. Es interesante el párrafo que transcribe seguidamente este autor en su artículo, pues se aprecia en su respuesta un reconocimiento profesional hacia la pensadora:

«Además —le indica Gaos— ¿para qué quiere usted decir otras cosas que las que piense usted misma, tan excepcionalmente «pensadora» y tan conocedora de Ortega y de su obra como quien más?»<sup>3</sup>

Sorprendente cuanto menos, después de esta gratitud profesional, como decimos. Aunque habría que añadir que ambos filósofos, Gaos y Zambrano, son de desarrollo y formación distintas, aunque en origen los dos son discípulos orteguianos. Pero, además, de conceptos diferentes en cuanto a sus respectivos exilios. Tenemos un interesante trabajo de Eduardo González Di Pierro tratando justamente este tema que ofreció en el *Seminario sobre la vida y la obra de María Zambrano*, en Barcelona, en mayo de 1996 y 1997. En tal exposición, dice Di Peirro, que mientras que para José Gaos el exilio no supuso una amargura, sino que se identificó y echó raíces en una tierra que no era la suya

---

<sup>3</sup> GAOS, J. (ed.1999). *Obras completas*, vol. XIX, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 313. Una referencia a este dato podemos encontrarlo en Carlos Pereda, «Fieles en la ruptura. Discípulos en el exilio: Zambrano, Gaos», en VV. AA. (2006). *El Madrid de José Ortega y Gasset*, Sociedad Estatal de conmemoraciones culturales / Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 297-309. Citado en Juan Carlos Rodríguez Álvarez (2012).

propia, identificándose con México, convirtiéndose por él mismo llamado un «transterrado». Mientras, que para Zambrano, existe un sentimiento de abandono —como hemos comprobado en nuestro apartado sobre su exilio—, lo que caracteriza a la tragedia humana (González di Pierro, 1998). Diferencias que deben tenerse en cuenta para un balance final.

No faltan autores que opinan que la ausencia de la figura de Zambrano se debe a que es una pensadora disidente, por su heterodoxa filosofía. Si retomamos de nuevo a Rodríguez Álvarez, podemos constatar el significado de disidencia —según él mismo refleja—, de no ruptura. Una distancia no tiene por que significar una total separación con los planteamientos iniciales (Rodríguez, 2012: 67). Este tema de la disidencia es investigado por Ana Bundgaard e Ignacio Eguizábal.<sup>4</sup>

Pero lo que nos interesa en este anexo es dar claridad al olvido sufrido por la figura de María Zambrano. Si retomamos de nuevo lo dicho en el Seminario sobre *El pensamiento de María Zambrano* que señalamos al inicio, es Aranguren de nuevo el que apostilla en su intervención en Mesa Redonda que María Zambrano, no solamente fue alumna de Ortega y Gasset, sino que fue discípula, y siempre, tal y como hemos podido ver en nuestro trabajo en el epígrafe 2.5, correspondiente sobre las *Tres cartas de Ortega*, siempre, decíamos, reconoció como su maestro. Y, sin embargo, María Zambrano se vio excluida, al parecer, de los mismos discípulos de la escuela del pensamiento fundada por Ortega, la denominada Escuela de Madrid. Para Aranguren, mucho más que una conspiración de silencio lo que hubo fue una desidia o desinterés por el pensamiento de María Zambrano, por parte de sus mismos colegas (Savater, *et.al.* 1983). Muchos de los pensadores a los que se refería entonces Aranguren como sus colegas, eran discípulos del mismo Ortega y Gasset, como García Morente, José Gaos, Xavier Zubiri, y muchos de estos pensadores, como María Zambrano, fueron a parar al exilio, acontecimiento importante en cuanto al destino que tuvo que sufrir parte del pensamiento español por su gran peso significativo dentro de nuestra historia como drama.<sup>5</sup>

---

<sup>4</sup> BUNDGAARD, A. (2000). *Más allá de la filosofía, sobre el pensamiento filosófico-místico de María Zambrano*, Madrid, Editorial Trotta. J. Ignacio Eguizábal (1999). *La huida de Perséfone. María Zambrano y el conflicto de la temporalidad*, Madrid, Biblioteca Nueva. También en: EGUIZÁBAL, J. I. (2002). *El exilio y el reino*, Murcia, Huerga y Fierro Editores. Citado en Juan Carlos Rodríguez Álvarez (2012).

<sup>5</sup> Para un profundo estudio y memoria del exilio intelectual español véanse las obras: DÍAZ., E. (1974). *Notas para una historia del pensamiento español actual (1936-1973)*, Madrid: Cuadernos para el Diálogo.

En efecto, es necesario recordar el exilio como acontecimiento destructor, pero también como afecto de creación importante fuera de las fronteras de nuestro país, sobre todo por el significado que tuvo en tierras americanas. Pero si vamos a nuestro país, que es lo que nos interesa, en la España franquista es José Gaos que gozó de cierta relativa presencia a partir de un artículo escrito —otra vez— por Aranguren, *La evolución espiritual de los intelectuales españoles en la emigración*,<sup>6</sup> en el que defendía una comunicación intelectual entre los intelectuales españoles exiliados y los presentes entonces en el país, lo que se ofrecía como una mayor presencia en el entorno académico español de la denominada «España peregrina». Claro que hubo intentos de contacto. Según José Luis Mora García, no faltaron en absoluto entre filósofos españoles a quienes la guerra civil fue situando en distintas latitudes; pero la situación de la cultura en España era otra muy distinta y aunque se recordara a los filósofos exiliados, sus lecturas o su producción, es claro que la vigencia de su obra quedó interrumpida en la vida académica (Mora, 2010). Podemos recordar las palabras de María Zambrano en su *Carta sobre el exilio*, cuando se hace sentir su silencio y olvido:

Para ellos el exiliado ha dejado de existir ya, vuelva o no vuelva. Si le conceden un instante de atención ha de ser para extrañarse sin más de que siga habiendo exiliados. Y si un brote de simpatía se da en sus ánimos, por el motivo que sea, desemboca en decir: ¿Qué hacen, qué están haciendo, qué han hecho en todos estos años? (Zambrano, 2014: 9).

Pero continuando aquí con nuestra reflexión habría que preguntarse, por tanto, por lo ocurrido con María Zambrano: ¿Por qué María Zambrano ha sido una figura en el olvido durante largo tiempo en el exilio y apenas redescubierta hacia el último cuarto del pasado siglo XX, prácticamente con su regreso a España?

Para Aranguren era claro que lo ocurrido en la época con el pensamiento de Ortega, figura intelectual que se vería injustamente atacada por una acomodada escolástica en España, tuvo algo que ver, para borrar de la memoria a sus discípulos, todos ellos heterodoxos. Y las heterodoxias, es bien sabido —prosigue Aranguren—, no son muy bien

---

La obra colectiva en seis volúmenes, dirigida por ABELLÁN, J. L., *El exilio español de 1936*, Madrid: Taurus, 1976-1978.

<sup>6</sup> *Cuadernos Hispanoamericanos*, 38, 1953, 123-157.

recibidas en España; aún más el propio estilo heterodoxo de María Zambrano (Savater, *et.al.* 1983: 128).

De modo que tenemos dos cuestiones que pueden de alguna forma explicar esa desidia y omisión de la figura de Zambrano: en primer lugar, el exilio, largo, que supone una longitud en el tiempo considerable, de cuarenta y cinco años, documentado en 28 viajes a lo largo de su vida, como hemos podido ver en el correspondiente apartado,<sup>7</sup> por lo que representa una inestabilidad por asentar una base de ejercicio intelectual, a nuestro parecer. En segundo lugar, por ser una discípula heterodoxa de Ortega y Gasset, que supone siempre un difícil recibimiento en España por lo innovador, novedoso estilo el que supone el pensamiento de María Zambrano en el ámbito de la filosofía española, que procede en gran medida del idealismo alemán que culmina en Heidegger, con el cual guarda similitudes, como hemos señalado. Pero aún tendríamos que abordar otra cuestión, pues lo expuesto no explica aún el distanciamiento por parte de las personas que más la conocieron, que son las que más debieron, de alguna manera, cuidar y estimar el pensamiento de la filósofa española, tal como reflexionaba el mismo Aranguren.

Al decir de Mercedes Gómez Blesa, la filosofía de Zambrano, por ser precisamente tan original y sólida, es quizá la que hoy suscita mayor interés fuera de nuestras fronteras, interés que no es de extrañar, cuando se trata de una de las reflexiones más radicales de la tradición metafísica; su pensamiento puede ser entendido como un esfuerzo de la filosofía misma por renacer aquellas cuestiones que estuvieron veladas u ocultas a lo largo de su historia (Gómez Blesa, 2009). Entonces, debemos explicarnos esa laguna por largo tiempo transcurrido que representa su olvido, silencio, mejor dicho, un total desconocimiento de su obra. Para resolver este asunto, a fin de apoyar las dos cuestiones que hemos expuesto, esto es el exilio y su heterodoxa filosofía, podemos recurrir de nuevo a José Luis Mora García, en esta ocasión cuando exponía en el Congreso celebrado en Vélez-Málaga en 2004, la cuestión misma de *La recepción del pensamiento de María Zambrano*.

En efecto, según Mora García, estarían las circunstancias trágicas de la guerra y su posterior exilio, al que hemos hecho mención; pero, como muy bien indica este autor, que agudizaron en la joven filósofa una singularidad en su pensamiento, que no se explica sin tener en cuenta que María Zambrano apenas pudo tener una posición académica

---

<sup>7</sup> Véase nota 6, en apartado 3. *El humano exilio en María Zambrano*.

estable (Mora, 2005: 188). Difícil explicar si se debió a circunstancias propias de la filosofía o bien por efecto de su propia personalidad, que entendía su profesionalidad como algo autónomo, sin leyes por las que regirse y por libre, por decirlo así. Tenemos una carta que dirige a Lezama Lima, que deja clara esta posición:

«No tema que me ponga en plan de catedrática en las conferencias... iré a dar lo mejor que tengo, lo más verdadero... iré a hablar como a mí misma. No soy catedrático, es decir, no me doblegué a nada oficial allá en mi tierra y Usted no sabe todo lo que eso trae, pero allá cada cual con su destino o con su empleo».<sup>8</sup>

Difícil hablar de recepción de obra —dice Mora García—, con ese «no me doblegué». Después, estaría la propia filosofía de Zambrano, que hemos ya comentado. Pero a parte de su heterodoxo pensamiento, podemos ahora añadir, a su crítica de la crisis de la cultura de Occidente, las dificultades que tiene el conocimiento de la tradición española de la que ha adolecido la comunidad filosófica, que contribuyó —según aquí apostilla Mora García— a su difícil encasillamiento y de la que la comunidad filosófica siempre ha carecido: Cervantes, Galdós como ejemplos (Mora, 2005: 190). Hay que resaltar aquí una peculiaridad en la recuperación del legado de Zambrano, que ha sido posible gracias a la labor de escritores o personalidades del ámbito más bien de la estética, la poesía, de la pintura o la música, que la propia filosofía académica (Mora, 2010). Para nosotros mismos, la filosofía española, incluso todo lo español, ha sido considerado entre nosotros como producto de un segundo orden, siempre ha supuesto más atractivo lo foráneo: Nietzsche, Heidegger, Jaspers, etc. Cuando en muchas ocasiones hemos hablado de filosofía española, lo hemos hecho siempre teniendo como referencia a la filosofía europea. Pero tanto Zambrano como Gaos o Zubiri, fueron engendros de la filosofía española llevados sus discipulados por otro de los más grandes filósofos que hemos dado hasta hoy: Ortega y Gasset. Se quejaba Zambrano, precisamente, de la necesidad de la tradición para hacer universal el pensamiento en carta escrita en 1967 a José Luis Abellán:

«Es simplemente atroz que las nuevas generaciones tengan que emparentarse con Heidegger, Sartre, Jaspers... Comprenderá Vd. que este lamento no quiere expresar un

---

<sup>8</sup> Recogida en *El centavo*, 223, Morelia, 1998, 22. Fue publicada en *Albur de La Habana*, 1992. Citado en José Luis Mora García (2005: 188).

sentimiento nacionalista, ni casticista. El pensamiento es universal. Mas a esa universalidad se llega naturalmente desde una tradición».<sup>9</sup>

Tal vez ese apego por la tradición de lo español sea característica adquirida por el exilio español, explicación por ese anhelo que podríamos señalar por encontrarse ese quehacer profesional de los implicados lejos de España. Lo señala, precisamente, José Luis Abellán, en *El pensamiento español*, como característica general entre otras: el reencuentro con los valores culturales españoles, influencia orteguiana en todos ellos y una despolitización por las circunstancias adversas del exilio (Abellán, 1977: 432). Es en otro trabajo de José Luis Mora García, donde se refleja el corte producido por la transmisión del conocimiento maestro-discípulos, que hubo que esperar a reconstruirlo ya a través de la obra escrita que empezó a llegar de forma escalonada por los años sesenta. No será hasta los años ochenta, en la España democrática y aún así con una fuerte disparidad en el orden de la escritura y lectura, en la que se comience a tener un conocimiento de la cultura filosófica del exilio (Mora, 2010). Pero esto ya es otra la cuestión, que queda aquí abierta para futuros trabajos. Hoy, María Zambrano ha dejado de estar en la soledad en la que se encontraba su obra al comienzo incluso de nuestra democracia.

---

<sup>9</sup> La Pièce, 27 de febrero, 1967. Citado en Sánchez-Gey, J. (2018). *El significado de la filosofía de María Zambrano en la historia del pensamiento*.

## BIBLIOGRAFÍA

- ABELLÁN, J. L. (1977). *El pensamiento español. De Séneca a Zubiri*, Madrid: Aula Abierta, Uned.
- , (1998). *El exilio filosófico en América. Los transterrados de 1939*, México: Fondo de Cultura Económica.
- , (2001). *El exilio como constante y como categoría*, Madrid: Biblioteca Nueva.
- , (2014). *María Zambrano: Una pensadora de nuestro tiempo*, Barcelona: Anthropos.
- ARANGUREN, J. L. (1966). «Los sueños de María Zambrano», *Revista de Occidente*, 36, 207-212.
- , (2010). *Filosofía y vida intelectual. Textos fundamentales*, "Escritos autobiográficos", Ed. Carlos Gómez, UNED, Madrid: Trotta.
- BARRIENTOS, J. (2010). «El rostro de la experiencia de la vida desde la marea zambrana», *Éndoxa: series filosóficas*, 25, Madrid: Uned.
- BOZA, M.; SÁNCHEZ, M. A. (2000). «Las bibliotecas en las Misiones Pedagógicas», *Boletín de la Asociación Andaluza de Bibliotecarios*, 74, marzo, 41-51.
- BUNDGAARD, A. (2000). *Más allá de la filosofía: sobre el pensamiento filosófico-místico de María Zambrano*, Madrid: Trotta.
- , (2009). *Un compromiso apasionado. María Zambrano: una intelectual al servicio del pueblo (1928-1939)*, Madrid: Trotta.
- , (2011). «Ser, palabra y arte: el pensar originario de Martin Heidegger y María Zambrano», *Aurora*, 12, 7-11.
- CASTILLO, J. (1987), «Cronología de María Zambrano», *Anthropos* 70-71, *María Zambrano pensadora de la aurora*, 74-81.
- EGIDO, A. (ed.). (2017). *La segunda república y su proyección internacional*, Madrid: Libros de la Catarata.
- ELIZALDE, M. I. (2012), «Significados de exilio en María Zambrano», *Bajo Palabra. Revista de Filosofía*, II Época, 7, 485-494.
- GADAMER, H-G. (1993). *El problema de la conciencia histórica*, Madrid: Tecnos.
- GÓMEZ BLESA, M. (2009) «Introducción», *Zambrano. Las palabras del regreso*, Madrid: Cátedra.
- GONZÁLEZ DI PIERRO, E. (1998). «El exilio y el transtierro. Visión filosófica de la expatriación en María Zambrano y José Gaos», en *Claves de la razón poética. María Zambrano: un pensamiento en el orden del tiempo*, Carmen Revilla (editora), Madrid: Trotta.
- GRAHAM, H. (2009). *Breve historia de la guerra civil*, Madrid: Austral.

HERRERA GUILLÉN, R. (2012). «El hogar de la intemperie. Reflexiones sobre el exilio», en *Ensayos sobre la historia del pensamiento español: homenaje a José Luis Abellán*, Murcia: Editum, Universidad de Murcia.

JULIÀ, S. (2004). *Historia de las dos Españas*, Madrid: Taurus.

LALCONA, J. F. (1974). *El idealismo político de Ortega y Gasset*, Madrid: Cuadernos para el Diálogo.

LEYTE, A. (2005). *Heidegger*, Madrid: Alianza.

MAÑÁ, G.; GARCÍA, R.; MONFERRER, L.; ESTEVE, L. A. (1997). *La voz de los naufragos. La narrativa republicana entre 1936 y 1939*, Madrid: Ediciones de la Torre.

MARICHAL, J. (1995). *El secreto de España. Ensayos de historia intelectual y política*, Madrid: Taurus.

MARSET, J. C. (2004). *María Zambrano. I. Los años de formación*, Sevilla: Fundación José Manuel Lara

MILLÁN, A. (2004). “María Zambrano y la hermenéutica del exilio”, en AAVV, “María Zambrano, la hora de la penumbra”, *República de las letras*, 84-85, 2º Semestre, 81.

MORA GARCÍA, J. L. (2004). «Filosofía y política en el pensamiento de María Zambrano (1930-1950)», *Actas del Congreso Internacional del Centenario de María Zambrano: II. Crisis cultural y compromiso civil en María Zambrano*, Madrid 2004, Fundación María Zambrano.

—, (2005). «La recepción del pensamiento de María Zambrano», *Actas del Congreso Internacional del Centenario de María Zambrano: I. Crisis y Metamorfosis de la Razón en María Zambrano*, Vélez-Málaga 2004, Fundación María Zambrano.

—, (2010). «La recepción del pensamiento filosófico del exilio en España. Una aproximación», *Revista Internacional de Filosofía*, 50, 77-104.

MORENO SANZ, J. (1996). «La política desde su envés histórico-vital: historia trágica de la esperanza y sus utopías», Introducción en: ZAMBRANO, M., *Horizonte del liberalismo*, Madrid: Morata.

—, (1998). «De la razón armada a la razón misericordiosa», en María Zambrano, *Los intelectuales en el drama de España y escritos de la guerra civil*, Madrid: Trotta.

ORTEGA MUÑOZ, J. F. (2004). «España, sueño y verdad. Reflexiones de María Zambrano sobre España», *Actas del Congreso Internacional del Centenario de María Zambrano: II. Crisis cultural y compromiso civil en María Zambrano*, Madrid. Fundación María Zambrano, Vélez-Málaga.

—, (2014). Introducción, *María Zambrano. El exilio como patria*, Barcelona: Anthropos.

PERMUY LEYVA, M. (2010). *La cosmovisión de María Zambrano desde un enfoque filosófico integrador y cultural*, Madrid: Verbum.



PINO CAMPOS, L. M. (2012) «El magisterio de Ortega en María Zambrano. Las cartas a Pablo de Andrés Cobos», *Aurora*, 13, 60-72.

PRESTON, P. (2017). *La guerra civil española*, Barcelona: Debolsillo.

REVILLA, C. (Ed.) (1998). *Claves de la razón poética. María Zambrano: un pensamiento en el orden del tiempo*, Madrid: Trotta.

RODRÍGUEZ ÁLVAREZ, J. C. (2012). «Ortega y Zambrano; maestro y discípula: presencia, silencio, distancias». *Papeles salmantinos de educación* (Facultad de Educación, Universidad Pontificia de Salamanca), 12, 65-101.

SAÏD, E. (2005). *Reflexiones sobre el exilio y otros ensayos literarios y culturales*. Madrid: Debate.

SÁNCHEZ CUERVO, A. (2004). «María Zambrano: el exilio como destino y vocación», *Actas del Congreso Internacional del Centenario de María Zambrano: II. Crisis cultural y compromiso civil en María Zambrano*, Madrid 2004, Fundación María Zambrano.

—, (2017). «Dos interpretaciones del fascismo: Ortega y Gasset y María Zambrano», *Bajo palabra. Revista de filosofía*, II Época, 13, 61-75.

SÁNCHEZ VÁZQUEZ, A. (2004). «El compromiso político-intelectual de María Zambrano», *Actas del Congreso Internacional del Centenario de María Zambrano: II. Crisis cultural y compromiso civil en María Zambrano*, Madrid 2004, Fundación María Zambrano, Vélez-Málaga.

SÁNCHEZ-GEY, J. (2004). «Hacia un nuevo liberalismo: razón ética», *Actas del Congreso Internacional del Centenario de María Zambrano: II. Crisis cultural y compromiso civil en María Zambrano*, Madrid. Fundación María Zambrano, Vélez-Málaga.

—, (2005). «La idea de España y Europa en la obra de María Zambrano», *Pensamiento y palabra: en recuerdo de María Zambrano (1904-1991)*, José Luis Mora García; Juan M. Moreno Yuste (Eds.), Valladolid: Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Turismo.

SAVATER, F., (et. al.). (1983). *Papeles de Almagro. El pensamiento de María Zambrano*, Madrid: Zero.

SAVIGNANO, A. (2008). *Panorama de la filosofía española del siglo XX*, Comares, Granada, 2008.

SOTO, D. (2010). «Historia y violencia: Walter Benjamin y María Zambrano», *Thémata. Revista de Filosofía*. Número 43, 2010, 410-434.

TEJADA, R. (2011). «Introducción», *María Zambrano. Escritos sobre Ortega*, Madrid: Trotta.

TÉMIME, É.; BRODER, A.; CHASTAGNARET, G. (1982). *Historia de la España contemporánea. Desde 1808 hasta nuestros días*, Barcelona: Ariel.

TIANA, A. (2016). *Las misiones pedagógicas. Educación popular en la Segunda República*, Madrid: Los libros de la Catarata.

TRAPIELLO, A. (2017). *Las armas y las letras. literatura y guerra civil (1936-1939)*, Barcelona: Austral.

TRUEBA MIRA, V. (2015). «Introducción», en *La tumba de Antígona y otros textos sobre el personaje trágico*, Madrid: Cátedra.

TUÑÓN DE LARA, M. (1973). *Medio siglo de cultura española (1885-1936)*, Madrid: Tecnos.

ZARDOYA, C. (1984). «María Zambrano en *Hora de España*», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 413, 81-94.

### **Obras de María Zambrano:**

ZAMBRANO, M. (1973). *El hombre y lo divino*, México: FCE.

—, (1989). *Delirio y destino (Los veinte años de una española)*, Madrid: Mondadori.

—, (1990). *Los bienaventurados*, Madrid: Siruela.

—, (1994). *España, sueño y verdad*, Madrid: Siruela.

—, (1996). *Horizonte del liberalismo* (edición y estudio introductorio a cargo de Jesús Moreno Sanz), Madrid: Morata.

—, (1998). *Los intelectuales en el drama de España y escritos de la guerra civil*, (Presentación de Jesús Moreno Sanz), Madrid: Trotta.

—, (2009). *Palabras del regreso*, (edición de Mercedes Gómez Blesa), Madrid: Cátedra.

—, (2011a). *Escritos sobre Ortega*, (edición, introducción y notas de Ricardo Tejada), Madrid: Editorial Trotta.

—, (2011b). *Notas de un método*, Madrid: Tecnos.

—, (2012). *La tumba de Antígona y otros textos sobre el personaje trágico* (Edición e introducción de Virginia Trueba Mira), Madrid: Cátedra, Letras Hispánicas.

—, (2014). *El exilio como patria* (Edición, introducción y notas de Juan Fernando Ortega Muñoz), Madrid: Anthropos.

—, (2015). *Obras Completas* (6 volúmenes), Jesús Moreno Sanz (director), Fundación María Zambrano, Barcelona: Galaxia Gutenberg.